

Universidad Nacional de San Martín
Escuela de Humanidades

Tesis para obtener el título de Magíster en Historia Conceptual

Título de la tesis: “El populismo, las ciencias sociales y el velasquismo en Ecuador: una aproximación histórico-conceptual”



Tesista: Eduardo Rossini Buitrón Portilla

Directora: Marina Farinetti

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Tabla de contenido

INTRODUCCIÓN.....	3
CAPÍTULO 1: AGUSTÍN CUEVA: ENTRE EL CAMPO INTELECTUAL, LAS CIENCIAS SOCIALES Y EL POPULISMO.....	12
1.1. <i>La pregunta por la identidad: Entre el Tzantzismo, el colonialismo y la crítica literaria</i>	12
1.2 <i>El proceso de modernización y la institucionalización de las Ciencias Sociales en Ecuador ...</i>	26
1.3. <i>La Sociología Crítica Marxista y el Populismo</i>	34
CAPÍTULO 2: POPULISMO: HISTORIA Y CRÍTICA DEL CONCEPTO EN ECUADOR	42
2.1. <i>El populismo velasquista en El Proceso de Dominación política</i>	42
2.2. <i>El populismo en el Ensayo de Interpretación del Velasquismo</i>	55
2.3. <i>La crítica al mito del populismo velasquista</i>	68
CAPÍTULO 3: LA CONSTRUCCIÓN SOCIOLÓGICA DEL CONCEPTO DE POPULISMO EN ECUADOR.....	85
3.1. <i>Una sociología de los intelectuales</i>	86
3.2. <i>Cueva: entorno a lo político en el debate intelectual</i>	87
3.3. <i>Quintero: ¿empirismo, subjetivismo o investigación empírica?</i>	89
3.4. <i>El velasquismo es un caudillismo</i>	93
3.6. <i>Cuvi: ¿Caudillismo o populismo?</i>	98
3.7. <i>Hurtado: populismo y carisma</i>	101
3.8. <i>Menéndez Carrión: el clientelismo político</i>	102
3.11. <i>Crítica de la crítica del populismo</i>	104
3. 9. <i>Robles: populismo ruso, marxismo y carisma en la sociología de Max Weber</i>	113
3.10. <i>Crítica de Cueva al populismo de Laclau</i>	118
3.12. <i>Entre una categoría analítica y concepto histórico político fundamental</i>	124
CONCLUSIONES	134
BIBLIOGRAFÍA	140

Introducción

El tema de esta tesis nació de un cuestionamiento de tipo existencial. Al cursar la maestría y buscar un tema de tesis me topé por coincidencia con un artículo que se titulaba *Agustín Cueva casi un desconocido* en el que se relataba que la figura y la obra de Agustín Cueva habían caído en el olvido en Ecuador¹. Esto me llevó a cuestionar, indagar y descubrir que conocía muy poco sobre la historia y el pensamiento ecuatorianos. Al cursar una maestría en historia conceptual donde se discute y cuestiona la forma de pensar la historia -a través de los conceptos y las categorías que moldean nuestra comprensión del presente- decidí volver la mirada al pasado y redescubrir la sociología y las ciencias sociales en el Ecuador.

Llegué a la maestría atraído por la filosofía política huyendo de la sociología que había sido mi formación en el pregrado, pero una vez que estuve cursando, me vi atraído por, uno de los temas de discusión en la historia conceptual, la génesis de las ciencias sociales. A través del libro de Karsenti (2017) *De una filosofía a otra* redescubrí la sociología y las ciencias sociales puestas en diálogo con la filosofía política. Esto me llevó a volver sobre el pensamiento sociológico ecuatoriano, ir a sus génesis y descubrir que la figura y la obra de Agustín Cueva habían sido central en la institucionalización y desarrollo de las ciencias sociales en Ecuador, y que sobre todo hubo un tema muy polémico en su obra sociológica que fue el populismo.

Esta tesis plantea reabrir la discusión que hubo entre dos intelectuales en el Ecuador en los años ochenta con relación al fenómeno velasquista. El objetivo es replantear en clave histórico-conceptual la discusión que se dio en torno al libro del sociólogo ecuatoriano Agustín Cueva titulado *El proceso de dominación política en el Ecuador (1972)*. En este libro Cueva introdujo entre comillas el término “populismo”, con la intención de comprender la emergencia de la figura de José María Velasco Ibarra y del fenómeno que él acaudilló: el velasquismo. La figura y liderazgo de Velasco Ibarra habían surgido durante la crisis del modelo oligárquico en Ecuador en los años treinta y representaban para Cueva el surgimiento del fenómeno populista. Pero en 1980 el sociólogo ecuatoriano Rafael Quintero publica su libro *El mito del populismo* con la intención de hacer una crítica al uso erróneo que habría hecho Cueva del concepto de populismo para interpretar sociológicamente el fenómeno velasquista.

¹ <https://revistamundodiners.com/agustin-cueva-casi-un-desconocido/>

En esta tesis se reconstruye la discusión sobre populismo y velasquismo que marcó al campo intelectual sociológico ecuatoriano en los años ochenta. Se rastrea el surgimiento de la sociología ecuatoriana en los años setenta que estuvo marcado por la influencia y el trabajo de crítica literaria y de sociología política desarrollado por Agustín Cueva. La publicación de su primer libro *Entre la ira y la esperanza* (1967); y posteriormente *El proceso de dominación política en el Ecuador* (1972); y *El desarrollo del capitalismo en América Latina* (1977) le habían dado a Cueva un merecido prestigio intelectual. Pero en la década de los ochenta una camada de nuevos sociólogos y politólogos decide desmarcarse de la influencia que la obra de Cueva había tenido en el desarrollo de las ciencias sociales en el Ecuador. Encabezados por Rafael Quintero parten con el intento de desarrollar e institucionalizar un tipo de sociología de que se aleje del ensayismo, y fundar una nueva sociología de tipo “científica-empírica, no subjetiva que dé cuenta de la complejidad de los procesos históricos” (Quintero, 1997, pág. 45).

A partir del ensayo de Cueva sobre el velasquismo y la publicación del libro de Quintero aparecen distintos textos e investigaciones de varios autores que se proponen interpretar o explicar el fenómeno velasquista. Así, surge un debate y una polémica en torno a la validez del concepto de populismo para la comprensión del fenómeno velasquista, y a su vez para la comprensión de la dominación política ecuatoriana.

En esta tesis se retoman las problemáticas de distintos autores que en las décadas de los setenta y ochenta estudiaron el fenómeno velasquista. En este recorrido encontramos el libro de Pablo Cuví, *Velasco Ibarra: el último caudillo de la oligarquía* en relación a la problemática del caudillismo y el populismo; el libro de Osvaldo Hurtado, *El poder político en el Ecuador* sobre el populismo y el carisma; el libro de Amparo Menéndez-Carrión, *La conquista del Voto: De Velasco a Roldós* sobre el clientelismo político y los sectores marginales; el artículo de Marcos Robles, *Alucinaciones sobre el populismo* donde se aborda la problemática del populismo ruso, el marxismo y el carisma en la sociología de Weber; y al artículo de Juan Manguashca y Lisa North *Los Orígenes y significados del velasquismo* sobre las ambigüedades teóricas y empíricas en torno al estudio del velasquismo. Todas estas investigaciones desde distintos enfoques giran en torno a la pregunta de si el velasquismo ¿fue o no un populismo? Así, esta tesis busca recuperar la centralidad del concepto de populismo en el campo sociológico ecuatoriano, que se constituyó en un diálogo/desacuerdo (*mésentente*) entre Cueva y Quintero, y a su vez comprender que: “Las

ciencias sociales ecuatorianas se han desarrollado, en parte, debatiendo apasionadamente sobre los orígenes y significados del velasquismo” (De la Torre, 1993, pág. 10).

La disputa en torno a la comprensión del fenómeno velasquista nace del interés por comprender el surgimiento y el significado de esta experiencia política que marcó la historia política moderna del Ecuador en el siglo XX. Entre los años 1932-1972 Velasco Ibarra fue cinco veces presidente del Ecuador, pero solo pudo terminar uno de sus mandatos, fue derrocado cuatro veces y en tres de sus presidencias se declaró dictador.²

El velasquismo aparece durante el ciclo de los populismos clásicos latinoamericanos junto con el peronismo en la Argentina, el cardenismo en México y el varguismo en Brasil. Los populismos clásicos representaron una etapa fundamental de la historia política latinoamericana, y estuvieron relacionados con el “nacionalismo económico, el antimperialismo, desarrollismo, industrialización, urbanización, migraciones internas, emancipación económica, política externa independiente y otros. Esos son los hechos sociales, políticos y económicos que componen la problemática del populismo latinoamericano” (Germani, Di Tella, & Ianni, 1973, págs. 9-10).

El velasquismo en Ecuador tiene las características de un hecho social total retomando el concepto de Marcel Mauss³ (Karsenti, 2009). A su vez, el velasquismo como movimiento político transformó la vida política ecuatoriana. “Su papel más importante fue incorporar al sistema político a sectores hasta entonces excluidos del mismo. En efecto, Velasco Ibarra inauguró un nuevo estilo, que incluía a votantes y no votantes: la política de masas” (De la Torre, 1993, pág. 11).

² Velasco Ibarra comenzó su vida política en 1932 cuando fue elegido diputado por la provincia de Pichincha y posteriormente elegido presidente constitucional con el apoyo del Partido Conservador en 1933. Gobernó el Ecuador en cinco ocasiones. La primera (1934-1935) duró apenas 7 meses y fue derrocada después de disolver el congreso y declararse dictador. La segunda (1944-1947) Velasco vuelve al poder por una insurrección popular denominada “La gloriosa” que derrocó al presidente liberal radical Arroyo del Río como producto del conflicto territorial entre Perú y Ecuador. Velasco terminó derrocado una vez que disolvió el congreso y se declaró dictador. La tercera (1952-1956) fue la única en la que pudo culminar su mandato. La cuarta (1960-1961) Velasco fue derrocado por las Fuerzas Armadas a partir de protestas estudiantiles. La quinta (1968-1972), en la que Velasco de nuevo disuelve el congreso y se declara dictador termina con un golpe de estado efectuado por los militares. Velasco vivió gran parte de su vida en Buenos Aires y murió en Quito en 1979.

³ Mauss redefine el objeto sociológico y pasa del hecho social durkheimiano al hecho social total: “El descubrimiento del don, en tanto zócalo de lo social, solo ha sido posible siguiendo al hecho social total como criterio que concilia lo concreto y lo completo. Por este motivo, el hecho social total es, simultáneamente, una abertura hacia el conocimiento de nivel “arcaico” de la sociabilidad humana y una prueba inestable para emprender un proyecto de ciencia social que unifique los saberes sobre la existencia concreta de los hombres y las sociedades” (Wilks, 2009, pág. 17).

La figura de Velasco Ibarra había surgido porque los partidos políticos tradicionales en Ecuador (el liberal y el conservador) no eran capaces de responder a las demandas de las masas populares que a principios del siglo XX hacían su aparición en la escena política ecuatoriana. Su figura viene a llenar un vacío político derivado de la crisis de la dominación oligárquica en el Ecuador. Los partidos de izquierda marxistas y socialistas europeizados estaban preocupados por la organización de un proletariado casi inexistente en Ecuador, y los viejos partidos conservador y liberal quedaron reducidos a los círculos de sus partidarios y adherentes. Velasco Ibarra con un nuevo estilo político movilizó y atrajo a las masas populares. El propio Velasco consideraba que no sólo representaba, sino que también personificaba, al nuevo partido de las “muchedumbres despiertas, exaltadas, fervorosas... que han roto con los dogmas de los partidos históricos y que quieren algo nuevo en el rumbo político y gubernativo” (Velasco Ibarra, en Norris, 2005:230). En palabras de Carlos de la Torre: “Velasco Ibarra transformó la política de notables en la política de masas” (De la Torre, 2005, pág. 35). Así, el velasquismo fue el inicio del populismo, y de la modernidad política en el Ecuador, ya que Velasco Ibarra permitió la movilización y la participación de las masas populares en la vida política.⁴

Así pues, planteamos en esta tesis que el populismo tiene un doble carácter como categoría analítica en las ciencias sociales y como concepto histórico. En la polémica dentro del campo sociológico ecuatoriano entre Cueva y Quintero encontramos el problema de pensar la historia en un contexto en el que aparece, reaparece, y resurge el velasquismo en distintos momentos como síntoma político de la crisis (Cueva, 1995). Ahí surge la tensión entre una categoría analítica y un concepto histórico.

Desde la historia conceptual se analiza la historicidad del concepto del populismo. Mientras que desde las ciencias sociales se construye una categoría analítica que en general no se ocupa de

⁴ En torno al concepto de masas cabe mencionar que el propio Velasco Ibarra hacía uso de ese concepto, ya que había leído la obra de Ortega y Gasset *La rebelión de las masas* y *La psicología de las multitudes* de Gustave Le Bon. Planteaba que el fenómeno de las masas descrito por estos autores no era limitado a Europa. Menciona Robert Norris, el biógrafo de Velasco Ibarra que: “Mucho antes de iniciarse en la política, Velasco estudiaba la teoría de la psicología de las masas. Sus primeros conocimientos se basaban en los escritos del psicólogo francés, Gustave Le Bon, cuyas obras se conocían en Quito antes de 1920. En su libro *Democracia y constitucionalismo* (1929), Velasco hizo referencia a *Las leyes psicológicas de la evolución de los pueblos* y en un curso de “Sociología Americana” que dictaría en 1943, demostraría su familiaridad con *La psicología de las multitudes (Psychologie des foules)*” (Norris, 2005, págs. 99-100). Velasco Ibarra se veía así mismo, no como un caudillo, sino como un conductor de masas, que debe encauzarlas y guiarlas para prevenir los actos de la temida “irracionalidad de las masas” descritos por Le Bon (De la Torre, 2005).

su carga de historicidad. Para analizar este doble carácter del populismo en esta tesis conjugamos la sociología del conocimiento o de los intelectuales y la historia conceptual en una articulación teórico-metodológica que nos permite abordar el estudio del concepto de populismo en Ecuador.

La interrogación, siguiendo los planteamientos de Koselleck (2009), busca establecer hasta qué punto el populismo puede ser considerado un concepto, que condensa lingüísticamente dentro de sí un entramado de experiencias y significados sociopolíticos. Pensar al populismo como un concepto político moderno nos permite indagar en la manera en cómo un concepto se establece como índice y factor del cambio histórico-político, y como se conjuga con una categoría analítica construida desde las ciencias sociales.

El término populismo fue acuñado a partir de dos experiencias que surgieron a finales del siglo XIX, el *narodnichestvo* de la Rusia de 1870 y el movimiento agrario norteamericano de 1891. Luego el término volvió a aparecer en el siglo XX en América Latina a partir de las experiencias nacional-populares que surgieron en el continente. Pero hoy en día el término “populismo” se usa para calificar y descalificar a todos los movimientos políticos que no calzan dentro de los esquemas de la ciencia política y de la democracia liberal.

La problemática de la presente tesis gira en torno al concepto de populismo en Ecuador, que en la actualidad ha adquirido especial relevancia en las discusiones políticas y académicas. Este concepto al ser objeto de múltiples proyecciones se ha sobresaturado de referencias e interpretaciones. Lo que se busca en esta tesis desde el enfoque histórico-conceptual es indagar y problematizar la construcción del concepto de populismo en el caso ecuatoriano rastreando su génesis, lógica y aporías.

Retomamos el postulado de Carl Schmitt (1991) de que todos los conceptos políticos son polémicos. La polémica está inscrita en la constitución misma de los conceptos políticos, ya que: “se formulan con vistas a un antagonismo concreto, están vinculados a una situación concreta cuya consecuencia última es una agrupación según amigos y enemigos” (Schmitt, 1991, pág. 60). Todos los conceptos políticos son objeto de disputa, por lo que, el populismo al inscribirse dentro de una disputa y una polémica se lo concibe como un concepto político. Esto a su vez nos sitúa en el debate sobre lo político y sobre la relación entre saber y política que se inscribe en la tensión entre conceptos políticos y categorías analíticas. Los conceptos políticos tienen sentido dentro de una situación concreta y dentro de las disputas en las que intervienen conceptos como: “Estado”,

“república”, “sociedad” o “clases”. No son “abstracciones vacías y fantasmales”, sino que toman sentido dentro las disputas políticas en las que intervienen para otorgarles o negarles uno u otro sentido (Biset, 2010).

Para indagar críticamente un concepto político debemos asumir que los conceptos están históricamente condicionados. Así, podemos rastrear su génesis, su lógica y hallar las huellas de su aporía. La historia conceptual nos plantea: “No la enunciación de una elección de método, sino, más bien, el desarrollo de la idea de la crucialidad de lo moderno, de la lógica de incorporación del contrato social, de la máquina de pensamiento de Hobbes y de la fábrica disciplinar del sujeto para la configuración del circuito de la imaginación política referida a la experiencia del Estado” (Chignola & Duso, 2009, pág. 35).

La historia conceptual busca en la férrea construcción de los conceptos políticos modernos algunas aporías fundamentales, algunas contradicciones, que no nos permiten reposar en las soluciones que la ciencia política moderna nos ofrece (Duso, 2009, pág. 195). La forma política moderna tiende a liquidar el problema del gobierno, de la justicia, y de la dominación (*Herrschaft*). La sociología política de Max Weber trae de vuelta el problema del poder y la dominación.⁵ Este que se manifiesta en el populismo a través del elemento carismático que conjuga en una “dialéctica que se da entre la racionalidad formal, con el tipo de poder que parece encarnarla principalmente, y los elementos subjetivos y de fe que son intrínsecos al carisma (Duso, 2016, pág. 15). En la modernidad hay un cambio semántico en la palabra *Herrschaft* “que se convierte en una categoría científica, con la cual, a partir de Weber se busca entender los más diversos fenómenos” (Duso, 2009, pág. 203).

A partir de la sociología y la historia Weber desarrolló los tipos ideales puros de dominación (legal, tradicional y carismática) como categorías analíticas para comprender las relaciones de poder en las sociedades a lo largo de la historia. Koselleck (2012), por su parte,

⁵ Tal como lo señala Duso (2009): “Por lo que respecta al uso político del término, la tendencia es la de purificarlo del elemento de dominio que parece contener a través de la justificación racional, según la cual no sólo el poder debe tener como fin el bien y el interés de todos, sino que debe también, de alguna manera, coincidir con el poder de todos. Piénsese en el efecto de reducción o eliminación del dominio y de la sumisión que se identifica normalmente en aquella forma que aparece como el cumplimiento del concepto de poder legítimo, es decir, la democracia, no obstante, la propia etimología del término está caracterizada por el elemento del poder: poder del pueblo, precisamente; pero, en cuanto poder del pueblo sobre el pueblo, parece que el poder pierde su naturaleza de mando, de obligación y de dominio” (pág. 213)

aborda el estudio de los conceptos políticos y sociales a través de la historia conceptual. El enfoque histórico conceptual resalta la importancia de considerar el contexto histórico en la interpretación de los conceptos. El análisis conjunto de los tipos de dominación de Weber y la historia conceptual de Koselleck puede enriquecer nuestra comprensión de las relaciones conceptuales y cómo se construyen y utilizan categorías analíticas en diferentes contextos históricos.

La historia conceptual se basa en la distinción entre historia social e historia de los conceptos. A su vez esta distinción no es reducible la una a la otra, sino que existe una tensión o desfase entre los conceptos y la experiencia. “La misma surge porque en toda sociedad los conceptos son aquello que da unidad a las acciones políticas, no existe sociedad sin una elaboración conceptual de sus acciones; pero, a la vez, esa sociedad no es idéntica a los conceptos que genera, existe un desfase entre conceptos y sociedad” (Biset, 2010, pág. 125).

Hay una tensión entre el orden conceptual y el orden político, y la imposibilidad de la plena coincidencia entre conceptos y experiencia, que es constitutiva de la modernidad. “Entre el concepto y el estado de cosas existe más bien una tensión que tan pronto se supera como irrumpe de nuevo o parece irresoluble. Continuamente se puede advertir un hiato entre las situaciones sociales y el uso lingüístico que tiende a ellas o que las trasciende” (Koselleck, 1993, pág. 119). En esta tesis partimos del postulado de que la tensión de la modernidad entre los conceptos y la experiencia busca ser superada mediante la irrupción de las ciencias sociales; que siguiendo a Bruno Karsenti (2017), estas aparecen en la modernidad como una torsión de los conceptos políticos modernos. “Son las ciencias sociales, sin ninguna duda, las que encarnaron ese género de práctica teórica, de pensamiento inmanente a lo real de la situación” (Karsenti, 2017, pág. 17). La historia conceptual nos muestra la génesis de las ciencias sociales como el giro epistemológico de los conceptos elaborados por la filosofía política moderna.

Desde la historia conceptual ha habido varios acercamientos al estudio del populismo. Entre los estudios más destacados podemos citar el de Claudio Ingerflom sobre la génesis del populismo ruso. El estudio de Ingerflom (2021) es muy importante para situar el espacio político que tiene el populismo en la modernidad. Otro estudio es el de José Luis Villacañas, quien en su libro *Populismo* (2016) plantea que el populismo es una manifestación de la modernidad y nos muestra la red conceptual que lo articula como concepto político. Por último, cabe mencionar el reciente libro de Rosanvallon (2020) *El siglo del populismo*. En base a su propuesta de una historia

conceptual de lo político abstrae las experiencias populistas para la construcción de un tipo-ideal y plantea que el populismo sería una ideología ascendente en el siglo XXI (Rosanvallon, 2020).⁶

La tesis se plantea como objetivo rastrear el surgimiento del populismo en Ecuador como un problema histórico-conceptual y sociológico en las ciencias sociales ecuatorianas. Este enfoque nos permite acercarnos al estudio, a la vez, de un concepto y de una categoría fundamental que ha marcado la reflexión en el campo de las ciencias sociales en Ecuador, y en específico de la sociología que ha estado atravesada por el problema del populismo. Para de esta manera responder a la pregunta de investigación: ¿De qué particular manera se anudan en Ecuador la construcción del concepto de populismo con la génesis de las ciencias sociales? De aquí se desprende la hipótesis de que: El desacuerdo sobre el populismo en Ecuador se expresa en una doble forma polémica. Por una parte, la polémica en torno al velasquismo desplegada en el campo de las ciencias sociales protagonizada por Cueva y Quintero y, por otra parte, la forma aporética de un concepto político que organiza las tensiones de una estructura socio-histórica de un tipo de modernidad dependiente y periférica constituida con la crisis de la dominación oligárquica y la emergencia de la política de masas desde la tercera década del siglo XX en Ecuador.

La presente tesis se divide en tres capítulos; el primer capítulo reconstruye el campo intelectual en el que aparece la obra de Agustín Cueva y en el que se institucionalizan las ciencias sociales en el Ecuador. En este capítulo se rastrea la génesis del concepto de populismo en Ecuador y se la encuentra en la obra de Cueva. El segundo capítulo reconstruye el uso conceptual que hace Cueva de la categoría populismo para su interpretación sociológica del velasquismo, y cómo sitúa al populismo velasquista como un fenómeno nuevo anclado al proceso de dominación política en el Ecuador. Además, se reconstruye la crítica de Quintero a la interpretación sociológica del velasquismo de Cueva, y se exponen los elementos de su crítica al uso erróneo que se habría hecho de la categoría de populismo para estudiar de forma “científica” al velasquismo. Por último, en el tercer capítulo se reconstruye el debate que Cueva y Quintero tuvieron en el *III Encuentro de realidad histórica y económica del Ecuador* (Cuenca 1980), donde Quintero arremete en contra de Cueva y de su trabajo sociológico, para mostrar los elementos de la disputa y la polémica en el

⁶ El populismo en el libro de Rosanvallon intenta reunir en un solo concepto todas las experiencias populistas. Siguiendo el enunciado de Koselleck en relación al concepto de revolución, podemos plantear que el populismo se ha vuelto un «concepto metahistórico», desprendiéndose completamente de su origen natural y tendiendo ahora a ordenar históricamente las experiencias populistas correspondientes (Koselleck, 1993).

debate conceptual en torno al velasquismo y el populismo. Así, se reconstruyen las tensiones y los enfrentamientos dentro del campo intelectual ecuatoriano en torno al populismo; para mostrar las aporías del concepto, y el cruce, y la tensión entre categorías analíticas y conceptos histórico políticos. El tercer capítulo de esta tesis se enfoca en el análisis del velasquismo desde la perspectiva de las ciencias sociales y en la construcción sociológica del populismo como categoría analítica. En este sentido, se explorarán las diversas aproximaciones que han sido utilizadas para comprender y problematizar el fenómeno del velasquismo en el Ecuador, y acercarnos desde el enfoque histórico-conceptual a la polémica sobre el populismo.

La indagación teórica-metodológica desde la histórica conceptual en torno al problema del populismo y las ciencias sociales en Ecuador permite mostrar los cambios semánticos en los conceptos que se introducen en los debates, que son a su vez indicadores de cambios sociopolíticos, y por otro lado factores de nuevas configuraciones y alteraciones profundas en los horizontes de sentido. En este momento de alteración irrumpen las ciencias sociales y la problemática sobre el populismo como respuesta a la crisis de sentido que viven las sociedades periféricas latinoamericanas, en su proceso de transición a la modernidad política. A su vez, la crítica y la práctica que articulan a las ciencias sociales dejan en manifiesto las profundas tensiones, conflictos y contradicciones que atraviesan a las sociedades periféricas, y que lejos de limitarse a describir la realidad, intentan ser un proyecto de transformación social y política.

Nos servimos del enfoque histórico-conceptual en esta tesis para abrir la discusión entre Cueva y Quintero sobre el concepto de populismo en Ecuador en la década de los ochenta. La conceptualización que introduce Cueva con relación al fenómeno velasquista liga esta experiencia al concepto de populismo que aparece como un indicador del cambio sociopolítico en las formas de dominación tradicionales, que dan paso a una nueva forma de dominación carismática ligada a la figura caudillista y demagógica de Velasco Ibarra, que aparece siguiendo a Cueva como el profeta del naciente subproletariado urbano-marginal.

Capítulo 1: Agustín Cueva: Entre el campo intelectual, las ciencias sociales y el populismo

Cuando Agustín Cueva regresó al país con su flamante cartón de sociólogo, la gente se preguntaba para qué, pues, en estos tiempos, alguien se va a París a estudiar astrología.

Pablo Cuvi

1.1. La pregunta por la identidad: Entre el Tzantzismo, el colonialismo y la crítica literaria

El estudio del campo intelectual y de las Ciencias Sociales en Ecuador nos retrotrae a los años sesenta y setenta, momento en el que se comenzó a configurar un campo en torno a una práctica intelectual ligada al accionar político-militante. Los intelectuales ecuatorianos durante la década de los sesenta estuvieron fuertemente influenciados por dos sucesos: el primero la Revolución Cubana, que será el acontecimiento político que marcó a toda una generación de intelectuales latinoamericanos, y el segundo la figura intelectual de Jean-Paul Sartre, que en esa época se asumió como el gran intelectual de su tiempo. Por esos años surgió una novedosa y creativa recepción que intelectuales y escritores ecuatorianos mantuvieron con el pensamiento y la obra de Sartre durante esas décadas. La clave de lectura de su obra será la literatura comprometida, la soberanía del escritor y la ética del compromiso y la libertad. A su vez, la obra más representativa será el libro de Sartre *¿Qué es la literatura?* en el cual los intelectuales, artistas y escritores ecuatorianos de la época encontraron una fuente de inspiración y creación de un saber y un arte comprometido (Ortega Caicedo, 2007).

La influencia que tuvo la figura de Sartre y el movimiento existencialista en el campo cultural-intelectual ecuatoriano por esos años es la clave para comprender la política del compromiso, que se asumirá como el principio guía del accionar del artista, el escritor y del intelectual, que buscan que su arte y pensamiento están al servicio de las “causas de su tiempo”. Durante los años sesenta, el campo intelectual ecuatoriano estará centrado en el campo cultural literario, influenciado por el imperativo del compromiso del intelectual con su tiempo, y con las causas revolucionarias y emancipatorias que surgían en el Tercer Mundo. Agustín Cueva denominará a estos tiempos: “tiempos de la literatura comprometida”, del *engagement* sartreano (Cueva, 1986).

La problemática literaria constituyó el punto de articulación del campo intelectual ecuatoriano en la década de los sesenta. Las temáticas del indio, el mestizaje, el colonialismo, la cultura nacional y lo popular tuvieron principal relevancia para los intelectuales que reflexionan

sobre su sociedad, y sobre lo que significa ser un intelectual en un país con una cultura colonizada y enajenada, que vive en un perpetuo conflicto por el continuo intento de imponer un orden social colonizado y la imposibilidad de reconocer y construir una cultura propia.⁷

Por estos años surgió la figura intelectual más relevante que Ecuador tendrá entre las décadas de los setenta y ochenta, el sociólogo Agustín Cueva, que publicó su primera obra *Entre la ira y la esperanza* (1967) un texto de análisis y crítica literaria donde se abordaba la problemática de la cultura nacional y el mestizaje. En el texto, “Agustín Cueva se remonta a la época de la Colonia para trazar los orígenes de una cultura nacional que, en vez de ser el producto de vivencias propias del pueblo ecuatoriano, se fundan en valores y conceptos de un mundo europeo y blanco” (Handelsman, 1987, pág. 19). La temática central del libro es la cultura artificial e inauténtica que asume el mestizo como identidad histórico-social, y la cultura colonial, que vive aún en nosotros, en nuestro mundo social y cultural.

Lo que mueve a Agustín Cueva en la redacción de este texto es una motivación existencial, que cuestiona y se pregunta sobre su identidad individual y colectiva, poniendo en duda la cultura, la sociedad y la historia de donde proviene su ser social, su *habitus*, de incorporación de un esquema generador de “disposiciones” de actuar, pensar y sentir asociado a prácticas y representaciones, que estructuran una “visión de mundo” (Bourdieu, 1991). Así, en su primera obra, Cueva cuestiona la “visión de mundo” de la cultura dominante blanco-mestiza de la sociedad ecuatoriana, teniendo como principales influencias para la escritura de *Entre la ira y la esperanza*:

entre otras, la obra de Jean-Paul Sartre *¿Qué es la literatura?*; los escritos por entonces “redescubiertos” de Georg Lukács, en especial su *Teoría de la novela*; Los imaginativos primeros libros de Roland Barthes, sobre todo *El grado cero de la escritura* y *Mitologías*; y, aunque creo que jamás lo he citado y ni siquiera mencionado, la obra antropológica de Claude Lévi-Strauss, que siempre ejerció una verdadera fascinación sobre mí (*El pensamiento Salvaje* y ciertos pasajes de *Tristes Trópicos*, por ejemplo) (Cueva, 1986, pág. 8).

Esta primera obra de Agustín Cueva, como él lo afirma, no es verdaderamente marxista, ni tampoco en rigor un trabajo sociológico, es un texto de experimentación entre la estética, la crítica

⁷ A fines de los años sesenta Agustín Cueva escribió una obra de teatro sobre la figura de fray Gaspar de Villaroel. El conflicto que Agustín indagaba en esta obra era el del intelectual en un país colonizado. Según narra la obra: A su llegada a España, Villaroel pretendía en vano que lo consideran un escritor español en el exilio y no un americano. En esa imagen, Cueva realizaba una mordaz caricatura de los intelectuales ecuatorianos de la época que intentan pensar en inglés. Agustín Cueva era el intelectual opuesto a fray Gaspar de Villaroel, él pensaba desde su lenguaje, su cultura y sociedad (Moreano, 2015).

literaria y la sociología, pero que muestra el surgimiento de una nueva forma de reflexión crítica sobre la sociedad y la cultura en Ecuador. A su vez, por estos años Cueva se iría perfilando como una figura intelectual relevante, y su obra a su vez comenzará a articular una centralidad en torno a su figura y reflexión en la configuración del campo intelectual ecuatoriano.

La figura de Agustín Cueva surge entre el campo cultural e intelectual en Ecuador. Para comprender su surgimiento es necesario remontarse al legado de su padre, Agustín Cueva Sáenz quien había sido el fundador de la primera cátedra de Sociología que fue impartida en la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad Central del Ecuador en 1915.⁸ Su hijo Agustín Cueva Dávila siguió el legado intelectual de su padre, estudió Derecho (no existía aún la carrera de Sociología por eso años en Ecuador) y se recibió como Abogado en la Universidad Central y en los primeros años de la década de los sesenta viajó a Francia a estudiar Sociología en la *École des Hautes Études Sociales* en París.

En 1964 regresó de Francia, tras haber obtenido un diplomado en Sociología. Cueva regresa con la convicción de que su trabajo intelectual debe impulsar la transformación revolucionaria de la sociedad, este impulso lo vinculó con el clima de un movimiento político-cultural que nació en Ecuador por aquel tiempo llamado: el Tzantzismo.⁹ Este movimiento expresaría el rechazo social al gobierno militar que existía en Ecuador por esos años y cuajó con la rebeldía iconoclasta que Cueva mantenía frente al proyecto nacional y cultural de las élites.¹⁰ El movimiento representaba una rebelión de jóvenes e intelectuales hacia la herencia y el tradicionalismo de una política y una cultura caduca, conservadora y católica impuesta desde el tiempo de la colonia. El surgimiento de este movimiento: “significaba solamente que estábamos

⁸ Agustín Cueva Sáenz fue abogado, intelectual y político, unos de los precursores de la sociología en Ecuador, influenciado tempranamente por la sociología francesa de Comte, Tarde y Durkheim y miembro de la sociedad jurídica-literaria de Quito fue diputado por la provincia de Loja adscrito al Partido Liberal desde donde impulsó una tendencia de avanzada colectivista-socialista que se planteaba la posibilidad de superar el liberalismo-individualista. Además, fue presidente de la Asamblea Constituyente de 1928 en el gobierno de Isidro Ayora.

⁹ El movimiento tzántzico que surgió en los años sesenta en Ecuador adoptó el nombre de una práctica ritual de los shuaras, una de las etnias de la amazonia ecuatoriana, del ritual de la tzantzza, que consiste en reducir las cabezas de sus enemigos y coserles la boca para quitarles todo su poder.

¹⁰ Fernando Tinajero (2012) señala que: El grupo *Tzántzico* hizo su primera aparición pública en 1962. Para 1964 su actitud de ruptura ya había producido algunas repercusiones en el ámbito de la cultura, no solo en Quito sino también en otras ciudades del país. Agustín Cueva nunca fue un *tzántzico*; pero siempre miró con simpatía esa actitud rebelde, calificada por él como «tierna e insolente». Acerca de ese período, véase el ensayo de Tinajero «los años de la fiebre», en el libro homónimo editado por Ulises Estrella. Además, puede consultarse el libro de Susana Freire García, *Tzantzismo: tierno e insolente*.

viviendo tiempos de rebeldía general, cuyas manifestaciones se extendían en el mundo por todos los ámbitos de la sociedad, traspasaron fronteras, y provocan un clima de permanente exaltación con sus inolvidables utopías” (Tinajero, 2012, pág. 14). Los Tzántzicos surgían en la época como un movimiento-contra cultural, caracterizado por:

Las tesis y actitudes parricidas, el carácter subversivo del movimiento, el afán de experimentación formal, la predilección por la poesía oral, el happening y el teatro agitacional, el deseo de nacionalizar la cultura en el reencuentro con sus raíces auténticamente propias y tradicionales, el esfuerzo por replantear la relación entre el pueblo y los intelectuales, e identificar la voz del poeta con la de su gente, son elementos fundamentales que estuvieron ligados a la demanda de compromiso del escritor inspirada en las tesis sartreanas (Ortega Caicedo, 2007, pág. 33).

Estos jóvenes rebeldes e intelectuales levantaban su voz de protesta, no solo en contra de la cultura conservadora y colonial que habían impuesto las elites, sino también contra una izquierda conservadora que no entendía las tareas del intelectual y el ejercicio de la militancia política para la construcción de una “auténtica cultura nacional y popular”. El parricidio consistía en matar y sepultar a sus padres, que habían sido parte de una izquierda conservadora que apoyó al velasquismo en «La Gloriosa del 44» y que militaban en los distintos partidos de izquierda (comunista y socialista) y que habían fracasado en su revolución.¹¹ El compromiso para los Tzántzicos no es con el partido, sino con el hecho de generar la capacidad de cuestionamiento de la realidad, a través de la estética y el arte, llevando el arte a la calle, sacándola de los claustros en los que se encuentra, para construir junto con los sectores populares la revolución¹²

De esta misma manera, los Tzántzicos significaron una reacción crítica al proyecto cultural que en el Ecuador se implementó a partir de la revolución de mayo de 1944, con la denominada «Gloriosa», que llevó por segunda vez al poder a Velasco Ibarra acompañado por una contundente manifestación popular. Durante el segundo velasquismo (1944-1947) se creó la Casa de la Cultura

¹¹ *La Gloriosa* fue el movimiento político insurreccional que en mayo de 1944 conformó la Alianza Democrática Ecuatoriana (alianza entre conservadores, liberales y socialistas) encabezado por Velasco Ibarra y derrocó al gobierno liberal-radical del presidente Arroyo del Río. Durante este acontecimiento Velasco Ibarra volvía de su exilio al Ecuador aclamado por el pueblo como nadie lo había sido hasta entonces y encabezaba una revolución que se plasmó en su célebre frase: "Ustedes no me pueden dar una revolución en el mundo que haya sido tan original como ésta, en la que se den la mano el fraile y el comunista" (Velasco Ibarra, en Cueva 1988: 57).

¹² La reducción de cabezas fue el símbolo exacto para describir el significado del parricidio, la desaparición de lo formalizado, de lo absorbido, de lo que ya se ha dado y consagrado. Reducir las cabezas fue una práctica de la cultura Shuar para aprisionar el alma del guerrero contrario. La reducción de los tzántzicos fue la metáfora exacta para aprisionar lo viejo y producir lo nuevo, la búsqueda de nuevas representaciones, lecturas, artes, lo auténtico, “Había que reducir cabezas demasiado engrandecidas, para ponerlas en su sitio” (García Freire, 2008).

Ecuatoriana dirigida por Benjamín Carrión, con el objetivo de superar la crisis de la “nación ecuatoriana” como referente simbólico que se vivía por esos años.¹³ Se implementó un proyecto político-cultural, bajo el lema de Carrión: “Volver a tener patria” y su teoría de “la pequeña gran nación”, con el intento de fundamentar la ficción de la “nación mestiza” no sólo como una entidad estatal, sino como una identidad social integradora, de la que los intelectuales debían ser sus promotores. Así pues, como lo señala Rafael Polo:

Con la instauración de la Casa de la Cultura se propone, al mismo tiempo, un modelo de nación a edificarse y se da una tarea específica para los intelectuales, en momentos de intensa institucionalización de las prácticas culturales: rehacer el orden simbólico nacional. Su presencia cultural más significativa e importancia responde a las tareas normalizadoras de las prácticas intelectuales. Refundar la «patria» fue un modo distinto de instituir un resurgimiento nacionalista que actúe como compensación al concepto de nación que se vi no a los suelos en el momento de la guerra frente al Perú en 1941 y durante el gobierno de Arroyo del Río (Polo, 2002, pág. 32).

En el libro *Los intelectuales y la narrativa mestiza en el Ecuador* (2002) Rafael Polo establece que hay dos momentos constitutivos del campo intelectual en Ecuador. El primero es con «La Gloriosa del 44» y el proyecto nacional-cultural que surge con la creación de la Casa de la Cultura Ecuatoriana dirigida por Benjamín Carrión. Este sería para Polo el momento fundacional del campo intelectual en Ecuador, ya que se liga una práctica intelectual y artística con la estatalidad que instituye un escenario normativo-institucional, de carácter estatal y nacional. Y el segundo momento se remite al surgimiento del Movimiento Tzántzico en los años sesenta que significó una ruptura con la hegemonía del proyecto político-cultural dirigido desde el Estado-nación, que buscaba afirmar una ficción fundadora e integrar a las distintas regiones del territorio nacional en la idea de una «patria» y una «cultura mestiza integradora».

El movimiento tzántzico es un momento crítico-reflexivo que parte de la vinculación entre la política y la estética, en un punto donde se resignifica el espacio social y cultural, y a su vez el quehacer del artista y del intelectual. El movimiento estaba articulado por una generación de poetas, teatreros, ensayistas y narradores que postulaban la posibilidad de reescribir la historia y resignificar la cultura nacional. Desde este espacio estético-político abierto por artistas e

¹³ Como lo señala Rafael Polo: “No solo fue la «gloriosa» el encuentro del «fraile con el comunista», como manifestó en una frase «célebre» Velasco Ibarra, sino que, de modo análogo, se dio en la Casa de la Cultura el encuentro entre el arqueólogo Jacinto Jijón y Caamaño (conservador), Benjamín Carrión y Juan Isaac Lovato (socialistas), Juan Cueva Jaramillo, Pío Jaramillo Alvarado, etc. La misma tarea política se impuso en la institución: salvar a la patria de su deshonra, evitar su destrucción” (Polo, 2002, pág. 33).

intelectuales se busca realizar lo que Bourdieu llama una «revolución simbólica»¹⁴ que logre alterar el orden del sentido, y que transforme nuestras categorías de percepción y representación del mundo, que instituyen la relación entre las palabras, los conceptos y la historia.

Todo este clima político-intelectual de la época y la vinculación de Agustín Cueva en este proceso dieron lugar a una inclinación espontánea en su pensamiento, que no desapareció jamás, y que lo llevó a iniciar su labor político-intelectual en el horizonte de la crítica, juntamente con las Ciencias Sociales y la Sociología marxista que surgió posteriormente a partir de su obra. De modo que, este movimiento resultó ser clave en la rearticulación del campo intelectual ecuatoriano, que abrió un horizonte de sentido proyectado al futuro:

Para los tzántzicos la perspectiva sobre el mundo cambia, articulados además a un movimiento latinoamericano que también mira la posibilidad de un horizonte revolucionario; podría decirse que no era tiempo para ser espectador de la historia, había la imperiosa necesidad de ser protagonistas, sujetos constructores de la misma. La posibilidad de realizar el tránsito de individuos a sujetos revolucionarios estaba en su capacidad de generar rupturas y crear canales de expresión que irrumpían en una opinión pública beata y conservadora (Quevedo, 2015, pág. 21).

Romper con el pasado colonial, asesinar a los padres, reducir las cabezas y crear una “nueva, verdadera y auténtica cultura nacional y popular”, fueron las consignas de la generación de jóvenes intelectuales que formaron parte del movimiento tzántzico. El movimiento conjugaba un radicalismo intelectual y político (en una negación total y crítica radical de lo existente) en la búsqueda de lo auténticamente propio, aspiración enunciada como ‘cultura popular’, articulada al compromiso político con el pueblo (Ortega Caicedo, 2007).

Los intelectuales de esta generación resignifican el espacio social y cultural en el Ecuador, conjugando en sus lecturas a los surrealistas y los existencialistas franceses, con el realismo social literario de la «generación del treinta» en Ecuador (De la Cuadra, Gil Gilbert, Gallegos Lara, Aguilera Malta, Paredes Diezcanseco lo que fue el grupo de Guayaquil, y además, Jorge Icaza y la literatura indigenista que abordaron desde la literatura las condiciones de vida de los montubios,

¹⁴ Sobre la “revolución simbólica” puede verse el curso de Bourdieu dedicado a la obra de Edouard Manet, donde analiza cómo la pintura expresionista de Manet opera en el campo artístico-intelectual francés del siglo XIX una “revolución simbólica” que subvierte las estructuras cognitivas y sociales.

los cholos, los indios, los jornales, los artesanos y los obreros)¹⁵ y el marxismo. De esta forma, se recuperó al arte y a la literatura como instrumentos de intervención social y denuncia, y a su vez esto significó el reencuentro con el compromiso de transformación política y cultural. Sobre el realismo social de la «generación del treinta», Agustín Cueva nos plantea lo siguiente:

El realismo de los años treinta no puede explicarse, pues, en función de una tradición previa que, como se vio, es magra, casi inexistente, ni por ninguna “lógica interna” más general de las letras nacionales. Como se diría en la jerga de hoy, esa corriente no se origina cabalmente en la “serie discursiva” llamada literatura, sino que se constituye en la encrucijada de varias “series”, entre las que destacan las del nuevo discurso sociológico y, sobre todo, político (Cueva, 2009, pág. 91).

En la década de los treinta en un contexto de democratización de la sociedad, había surgido un movimiento intelectual y literario de descubrimiento y creación de una “cultura auténticamente nacional y popular”.¹⁶ Este movimiento había integrado en un proceso de totalización las distintas fuerzas sociales e históricas que luchaban por ser aceptadas y reconocidas en el horizonte de lo “nacional y popular”. Así pues, como lo señala Moreano:

Solo entonces, la conciencia dominante realizó su interiorización nacional, el descubrimiento vivo de su movimiento real y profundo: la existencia social, las vivencias, las formas, las imágenes, el habla del pueblo. La pintura indigenista y la literatura social fueron los grandes movimientos de la fundación cultural del Ecuador (Moreano, 1980, pág. 28).

El movimiento intelectual y literario de los años treinta significó la fundación cultural del Ecuador y la interiorización de lo popular en nuestro ser nacional. “Esto ocurrió pues a pesar de las clases dominantes y gracias a la presencia de una *intelligentsia* surgida de las nuevas capas medias, estrechamente ligadas con los sectores populares” (Cueva, 2009, pág. 95). Esta “auténtica

¹⁵ El icono del realismo social literario de la generación del treinta es el conjunto de relatos escritos por Demetrio Aguilera Malta, Joaquín Gallegos Lara y Enroque Gill Gilbert (quien pertenecieron a la sociedad literaria conocida como el grupo de Guayaquil) reunidos en el libro titulado: *Los que se van*. Se señala sobre este movimiento literario que: “El realismo social fue una manera no aristocrática de mirarnos, de identificarnos como somos y cuántos somos, es decir, fue un movimiento cultural que hizo posible la emergencia «antes impensable de una cultura nacional-popular»; la «generación del treinta»; significó, con su nombre equívoco, como pueblo y como grupo letrado, el ingreso a la modernidad cultural” (Polo, 2002, pág. 33). Además, la famosa novela de Jorge Icaza *Huasipungo* que fue el icono de la literatura indigenista en Ecuador.

¹⁶ Sobre la literatura y el movimiento intelectual y literario de los años treinta que surgió en Ecuador, véase los artículos de Agustín Cueva, *Literatura y sociedad en Ecuador: 1920-1960*, en *Literatura y conciencia histórica en América Latina*, Quito, Planeta, 1993, pp. 109-141. Y *La literatura ecuatoriana*, en *Lecturas y rupturas, Diez ensayos sociológicos sobre la literatura en Ecuador*, Quito, Planeta, 1992, pp. 21-68.

cultura nacional y popular” que surgía de entre estas capas y sectores medios y populares, se encontraba en enfrentamiento con una cultura dominante aristocrática-oligárquica, anacrónica y en decadencia. En ese momento la cultura nacional en ciernes venía a ser expresada a través de lo popular. Todo ello, significó el surgimiento de una nueva visión de la historia, la sociedad en general y de sus múltiples conflictos (Cueva, 2009). Posteriormente, como los señala Agustín Cueva dos causas llevaron al declive de este movimiento intelectual y literario:

En primer lugar, la guerra de 1941 con el Perú, que traumatizó a nuestra nación, paralizándola en el momento inicial: además de pérdida, fue una guerra fratricida que no merecía épica alguna. En segundo lugar, está la “revolución” de 1944, que por un lado fue el grado más alto de movilización de masas alcanzado en aquel periodo, pero por otro, y como lo ha observado Alejandro Moreno, fue una “revolución” extremadamente pobre en contenidos políticos: “democracia parlamentaria, libertades formales; la reforma agraria y la soberanía nacional apenas fueron esbozadas”. Y es que el movimiento de 1944 se alimentó sobre todo del “espíritu de redención frente a la derrota del 41”, “espíritu” que Velasco Ibarra supo, como siempre, capitalizar, encarnar y finalmente desvirtuar (Cueva, 2009, pág. 111).

Producto de todo esto fue la creación de la Casa de la Cultura Ecuatoriana (1944), a través de la cual se institucionaliza y posteriormente burocratiza todo el proceso y movimiento intelectual, cultural, político y literario anterior. El proyecto de la Casa de la Cultura encabezado por Benjamín Carrión representaba en palabras de Cueva un “mito compensatorio de la humillación del 41”¹⁷, y tenía la intención de salvar a la patria, a través de su redención cultural. Pero este discurso de redención sonaba tanto más hueco, cuanto que la cultura combativa y fundacional de los años treinta comenzaba a diluirse (Cueva, 2009, págs. 111-112).

Durante los años sesenta surge un malestar entre los jóvenes escritores e intelectuales ante el retroceso cultural que vivía el Ecuador. Agustín Cueva participa junto con los Tzántzicos de la oposición a la labor del entonces presidente de la Casa de la Cultura; Benjamín Carrión, y participa en la “toma de la Casa de la Cultura” en 1966, hecho que fue la expresión simbólica del descontento

¹⁷ En 1941 estalló el conflicto territorial armado entre Ecuador y Perú durante el gobierno del Liberal radical Carlos Arroyo del Río, que terminó con la firma del tratado de Río de Janeiro en 1942, donde Ecuador cedió al Perú la parte del territorio que había estado en disputa desde el periodo de la independencia. Esto significó para el Ecuador una crisis de la nación como comunidad imaginada. En este contexto Benjamín Carrión proclamó la necesidad de “volver a tener patria”, creando en ese acto de enunciación “un mito compensatorio”.

ante la conducción de dicha institución. Alejandro Moreno recalca el malestar que existía en ese momento:

A veces uno se siente tentado de pensar en un retorno a la conciencia colonial o sarmientista: la repetición del eco del discurso de la cultura europea, la valoración de los productos literarios y artísticos por su valor de cambio con los productos europeos, una suerte de comercio exterior de la cultura ecuatoriana, en el cual el “patriotismo” se refleja en contabilizar saldos favorables similares a los que deseábamos obtener por nuestro banano (Moreano, 1980, pág. 30).

En consecuencia, los tzántzicos deciden romper con la práctica intelectual que se había institucionalizado con la fundación de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Desligándose de la figura del intelectual que había pasado de la participación en la esfera pública a través de los partidos de izquierda, a la participación y legitimación de la institucionalidad estatal. Es así cómo se recuperó el potencial transgresor de la práctica intelectual, y la crítica como ruptura del orden simbólico instituido por la representación del Estado-nacional. Así pues:

Cuando emergen los tzántzicos en los primeros años de la década del sesenta (1962-65) lo hacen con la vitalidad y la fuerza iconoclasta, cuestionan la idea de «patria» en la búsqueda la «auténtica cultura nacional», como decían ellos, para sacudir el marasmo. En su crítica al concepto anterior de nación, este movimiento cultural impugnador y contestatario propuso una nueva manera de entender la función del intelectual y de sus tareas, y ofreció una propuesta de cultura nacional opuesta a la elaborada por la Casa de la Cultura, especialmente la de Benjamín Carrión y su «teoría de la pequeña nación». Fue un cuestionamiento radical al espacio normativo-institucional de la práctica intelectual; pero, sin embargo, trunco (Polo, 2002, pág. 36).

A este periodo de reconfiguración del campo intelectual ecuatoriano se lo denomina: El Momento Tzántzico. Es el paso de la crítica literaria al ensayo con la Sociología crítica, que se efectúa en el tránsito de los años sesenta a los setenta y que es decisivo en el surgimiento de la reflexión crítica de las Ciencias Sociales en el Ecuador.¹⁸ Este paso está orientado en parte a un discurso crítico-reflexivo del advenimiento de la modernidad y, por otra parte, al deseo de revolución, que abre un horizonte de expectativa proyectado a un futuro de emancipación. Surgen en este momento los objetos de la crítica, donde en definitiva se reconstruye el campo de lo

¹⁸ Sobre el momento tzántzico y el surgimiento de la sociología crítica en Ecuador puede verse los trabajos de Historia Intelectual de Rafael Polo, *Los intelectuales y la narrativa mestiza en el Ecuador*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar sede Ecuador, Corporación Editora Nacional, 2002. Y *La crítica y sus objetos: historia intelectual de la crítica en Ecuador (1960-1990)*, Quito, FLACSO-Ecuador 2012.

pensable, el espacio de experiencia de los objetos que han hecho posible y de su lenguaje conceptual, que proyecta en un espacio de experiencia, un horizonte de expectativa que traza un pasado, un presente y un futuro (Koselleck, 1993). En palabras de Polo: “A este momento de ruptura lo hemos llamado el momento tzántzico donde se cuestiona un orden de lo visible y de lo pensable que abrió las condiciones de emergencia para el apareamiento de nuevos objetos del saber para la crítica” (Polo, 2012, pág. 69).

El momento Tzántzico estableció un nuevo espacio de producción cultural e intelectual, y reconfiguró la relación entre el intelectual, el Estado y la sociedad. A su vez resignificó la relación del intelectual con la política, con lo cual se dio paso a la posibilidad de otra narrativa histórica en búsqueda de una auténtica “cultura nacional y popular” dentro de la historia ecuatoriana. Este fue un momento de ruptura con la narrativa nacional que afirmaba la “ficción mestiza” como refundadora del Estado-nacional ecuatoriano.

Así pues, este contexto fue delineando el discurso crítico que articuló al campo intelectual ecuatoriano de los años sesenta. En estos años los primeros ensayos de Agustín Cueva surgían y cobraban relevancia como crítica ideológica del mestizaje y de la “inautenticidad de la cultura blanco-mestiza” que Cueva encuentra expresada en la colonia como un pasado-presente que ha marcado la construcción de lo nacional en la República por parte de las élites. Su denuncia es hacia la mistificación contenida en la idea del “mestizaje” como sincretismo armonioso e igualitario de culturas y “razas”, siendo que en verdad se trata de un proceso caracterizado por la asimetría y las contradicciones de clase, de culturas entendidas como universos simbólicos (Cueva, 1986). Su crítica en tal contexto expresa que:

El campo intelectual de los años 60 mostraría cómo la construcción de lo que se había denominado cultura nacional, no era más que la expresión de la élite afirmada por la institucionalidad cultural representada en la CCE y fundamentado en el discurso del mestizaje. La crítica a la inautenticidad de la cultura nacional mestiza sería la parte central de la reflexión de Cueva, al observar que la construcción de lo nacional, a lo largo de nuestro proceso histórico y rastreado en la producción literaria (desde la Colonia, pasando incluso por partes de la obra de Espejo, Montalvo y en lo que Cueva denominaría como los tres momentos de la conciencia feudal: Juan León Mera, La generación decapitada y Gonzalo Zaldumbide) no deja más que sendos vacíos y olvidados por parte de la intelectualidad ecuatoriana, que hasta mediados del siglo XX prefirió pasar por alto el cuestionamiento a las bases de la nación imaginada por las élites regionales (Quevedo, 2015, pág. 47).

En los tres escritos más representativas de Agustín Cueva durante la primera etapa de su pensamiento *Mito y verdad de la cultura mestiza* (1965); *La encrucijada de la cultura ecuatoriana* (1965); y *Entre la ira y la esperanza* (1967) se establece un encuentro entre la crítica literaria que articula esta primera etapa de su pensamiento y las Ciencias Sociales, a su vez este encuentro va dando forma a lo que Rafael Polo denomina la subjetividad militante (Polo, 2012). En todo este contexto y clima de época se fue formando el pensamiento y la figura intelectual de Agustín Cueva, teniendo como principal preocupación la cultura, la sociedad y la historicidad que ha marcado a la narrativa literaria y artística en el Ecuador.¹⁹

La crítica a la cultura nacional en Cueva se sintetiza en que las élites regionales de la costa y de la sierra en Ecuador, apuntaron siempre a proyectos nacionales y culturales que tenían como referente lo europeo y a la “alta cultura”, que era adquirida y reproducida por las élites como forma de distinción social, articulando prácticas culturales de segregación étnica y racial. Esta “alta cultura” venía a ser asimilada y reproducida por el mestizo y la ideología del mestizaje constituyendo una autonegación íntima y radical de su ser, inserta en su sentido común y en las prácticas que dan el horizonte de sentido a su mundo social y cultural.²⁰

En este sentido, para Agustín Cueva existe lo que podemos denominar una paradoja en la identidad cultural ecuatoriana y latinoamericana, ya que: «nuestra cultura no es indígena porque, desde la Conquista los aborígenes americanos dejaron de ser sujetos de la historia, para devenir en objetos de esta: como tales, mal podían imponer su sello a la cultura y en realidad no lo han hecho. Pero la del Ecuador tampoco es europea, en la medida en que la del Viejo Mundo no llega a ser completamente asimilada por nosotros» (Cueva, 1965). La no asimilación de la diferencia y la del

¹⁹ También debemos mencionar que en aquella década Cueva integró los Coloquios sobre arte y literatura que se realizaban en el Café 77 de Quito (cuartel general de los Tzántzicos). Allí confluyen artistas e intelectuales para debatir sobre diversos dilemas culturales que, como señala Fernando Tinajero, con agilidad derivan hacia acaloradas discusiones políticas. A su vez, Cueva participó de la Asociación de Escritores y Artistas Jóvenes del Ecuador, llegando a ser su primer presidente en 1965 (Tinajero 2012, 13-14, en Tzeiman, 2017:109).

²⁰ Cabe señalar que no se debe tomar a las élites como homogéneas. Las élites regionales tanto de la sierra como de la costa tuvieron en Ecuador intereses y proyectos nacionales distintos. Las élites oligárquicas de la costa han estado ligadas al comercio y la agroexportación, mientras las élites aristocráticas de la sierra han estado ligadas al régimen de hacienda y al mercado local, pero cabe señalar que las dos, al menos hasta la primera mitad del siglo XX, tenían como referente de distinción cultural a la “alta cultura europea”, y se caracterizaron por adquirir una lógica de reproducción endogámica, que articulaba prácticas culturales excluyentes que segregaba étnica y racialmente a la población. Sobre esto puede verse el ensayo de Agustín Cueva, *Mitos y Verdades de la cultura mestiza*.

mestizaje como una ideología de la dominación, son problemáticas centrales que Cueva aborda en su reflexión sobre la cultura nacional, el mestizaje, el arte y la literatura.

Así, la actitud de Cueva en la primera etapa de su pensamiento es la denuncia al colonialismo mental de la sociedad ecuatoriana, y el rechazo a la “alta cultura” europea como referente simbólico, que las élites habían impuesto en la sociedad. Esto es para él la afirmación del otro negado, lo que está en constante lucha por afirmar una “auténtica cultura nacional y popular”. De modo que, Cueva y los Tzántzicos representaban una ruptura con la vieja tradición intelectual que tenía a Europa como su referente y la articulación del intelectual crítico como referente del horizonte revolucionario que había surgido en América Latina en la década del sesenta. Rafael Polo lo expresa de esta manera:

Desde la perspectiva de una escritura de la historia del pensamiento en el Ecuador, las décadas que van del sesenta a la primera mitad de los años ochenta, se inscriben en una situación reflexiva romántica. Ésta atraviesa la producción ensayística, articulada en torno a la noción de crítica y al deseo de una transformación radical de la sociedad ecuatoriana (Polo, 2012, pág. 20).

En este período de tránsito y reconfiguración del campo intelectual, las revistas que surgen por esos años (*Pucuna, La Bufanda del Sol e Indoamérica*) juegan un papel determinante en la difusión del trabajo de la joven intelectualidad crítica emergente, que tiene en estas revistas un arma de lucha cultural e intelectual (Quevedo, 2015). En la revista *Indoamérica* aparecerán los primeros trabajos de Agustín Cueva, sobre la cultura nacional, y sus primeras exploraciones sobre el proceso político ecuatoriano.²¹ “En las páginas de esta revista tomaron forma sus primeras intuiciones sobre la ideología del mestizaje y el populismo, entendido como un epifenómeno del modo de ser de la dominación en América Latina” (Tinajero, 2012, pág. 15). A la revista *Indoamérica* la conformaron y dirigieron Fernando Tinajero, Agustín Cueva y Françoise Perus, la aparición de la revista se relata que fue «una versión ecuatoriana de *Los tiempos modernos*», que dirigía Sartre, aunque no lo fue en realidad; pero pudo haber llegado a ser algo parecido si las circunstancias le hubiesen permitido prolongar su vida (Tinajero, 2012).

²¹ Los ensayos publicados por Agustín Cueva en la revista *Indoamérica* fueron los siguientes: «la encrucijada de la cultura ecuatoriana», N° 1, enero-febrero de 1965, pp. 6-14; «reflexiones sobre la novela indigenista», N° 2, marzo-abril de 1965, pp. 117-122; «mito y verdad de la cultura mestiza», N° 4-5, julio-diciembre de 1965, pp. 288-302; «más allá de las palabras. Introducción a la mitología velasquista», N° 7-8, enero-mayo de 1967, pp. 36-69.

Por su parte, *Pucuna* fue la revista oficial del movimiento tzántzico, que se publicó de manera irregular con un total de nueve números de 1962 a 1968. En la revista se publican ensayos literarios y creaciones poéticas de los miembros del movimiento, con la intención de oponerse a la publicación oficial del periódico de la Casa de la Cultura: *Letras del Ecuador*. La revista tenía una finalidad político-militante y se difundió en los actos artísticos que organizaba el movimiento en las universidades y los sindicatos. Por su parte *La Bufanda del Sol* nació como la revista oficial del Frente Cultural²², su aparición en 1968 tuvo la intención de continuar con el legado de ruptura del movimiento tzántzico, para así llegar a ser la «vanguardia cultural de la revolución» (Polo, 2002). De modo que, las revistas que surgieron durante esta época:

Pucuna, La Bufanda del Sol e Indoamérica conjugan el manifiesto y el editorial como una forma de combatir y disputar el sentido de la cultura, de ahí la importancia de estas revistas donde el manifiesto juega un papel fundamental; la disputa de la esfera de la opinión pública no había sido realizada por aquella vieja intelectualidad liberal (Benjamin Carrión, Oswaldo Guayasamín) que buscaba la consagración y el reconocimiento oficial. La participación de Cueva es diferenciada en cada una de las revistas mencionadas, sin embargo, a la que más tiempo dedicó, junto con Fernando Tinajero, fue a *Indoamérica*, en la cual destacan ensayos relacionados con el mestizaje, el parricidio y el problema nacional (Quevedo, 2015, pág. 27).

La proyección de cultura nacional en el mestizaje será cuestionada por Cueva y los tzántzicos ya que, desde la crítica ideológica, el discurso oficial del Estado-nacional en tanto ideología del mestizaje como identidad cultural nacional, ha ocultado la continuidad, (el pasado-presente) de la colonia en la república, el carácter dependiente y el subdesarrollo del país, que representan la existencia de una “cultura inauténtica, alienada y colonial”. Por lo que, la apuesta política es la de construir “una auténtica cultura nacional y popular”, que abra el espacio de experiencia, a un horizonte de expectativa revolucionario de transformación radical de la sociedad, que ponga fin a la larga sucesión de colonialismos, caudillismos y demagogias (Estrella, 1965).

En este sentido, la tarea de los intelectuales de los sesenta era reescribir la historia como una forma de liberación y emancipación del pasado-presente colonial, mostrando los orígenes de

²² En 1968, los antiguos tzántzicos y otros jóvenes intelectuales formaron el Frente Cultural, que da continuidad, durante la siguiente década, a debates anteriores en torno a la cultura nacional, la trascendencia del compromiso y el rol del intelectual en la gran tarea revolucionaria, en abierta pugna con las políticas desarrollistas instauradas por un estado militarizado (Alicia Ortega Caicedo, 2007).

una cultura nacional, que fue construida por las élites blanco-mestizas, basada en elementos europeizantes, que no habían logran asentarse en la sociedad, y así romper con su construcción semántica e ideológica, que fue articulada a partir de 1944 alrededor del mito del mestizaje cultural como sustrato de la nación. Esto a su vez proyecta el horizonte revolucionario de transformación que abre la posibilidad de repensar el pasado, para justificar las acciones políticas del presente y proyectar el futuro. Así, el intelectual debe convertir a la historia en un instrumento de crítica, y de denuncia que permita proyectar en el presente un horizonte futuro de transformación revolucionaria radical de la sociedad.

Es en este marco histórico-social y conceptual, que surge la obra crítica, y la crítica literaria y cultural ecuatoriana, en el que la obra de Agustín Cueva tiene su expresión en el enlace entre labor intelectual, crítica, política y revolución, así emerge poco a poco su pensamiento individualmente diferenciado (Mannheim, 1987). Por lo que, en esta ligazón es posible ir rastreando cómo la indagación intelectual de Cueva está matizada de valores y de un impulso colectivo, que se manifiesta en su pensamiento y que plantea una nueva visión sobre la sociedad ecuatoriana, que la articulará en las distintas problemáticas que desarrollará en su posterior indagación sociológica-política, mostrando que:

la atención colocada por Agustín Cueva en la historia y la vida nacional, así como también en el carácter singular de las clases populares en el plano de la nación. Si se observa detenidamente los ensayos que componen el volumen *Lecturas y rupturas* (en especial el segundo y el tercero de ellos, escritos ambos en la segunda mitad de la década de 1960), encontramos allí un prelude de la periodización histórica que se desarrollará a modo de análisis sociopolítico en su segundo libro, *El proceso de dominación política en Ecuador*, escrito y publicado en los primeros años de la década de 1970. Sostenemos, por lo tanto, que existe una continuidad entre los trabajos dedicados a la cultura ecuatoriana y la mirada que, desde la sociología política, Cueva desplegará cuando intente estudiar los procesos políticos vertebrales en la historia de Ecuador. Así mismo estos estudios en el campo de la cultura se trasladarán a la comprensión de la forma específica en que se constituyen los sujetos políticos en el plano nacional, contemplando especialmente en ella el grito andino contra la humillación y la explotación que expresaran Icaza y Guayasamín en sus respectivas obras artísticas (Tzeiman, 2017, págs. 111-112).

Por lo que, más allá de su aporte a la crítica literaria ecuatoriana, desde una primera aproximación sociológica, Agustín Cueva, como precisa el filósofo quiteño Fernando Tinajero, tuvo el mérito intelectual «de sintetizar el pensamiento propio de todo un movimiento cultural de

los años sesenta, que se caracterizaron por ser años de impugnación, de crítica y de cuestionamiento radical a todo lo establecido; él logró mostrar que la Colonia seguía en pie en el país» (Tinajero, 2012). El aporte de Cueva en esta primera etapa de su pensamiento fue el de mostrar desde su indagación intelectual, que el pasado colonial de la república sigue impregnando el presente, y que la tarea intelectual era la crítica y la denuncia de la mentalidad colonial alienante, de una sociedad sin forma y con una cultura inauténtica. Así, en torno a la primera etapa de su pensamiento y su primera obra Agustín Cueva relata lo que se vivía por aquellos años juntamente con el impulso de una voluntad colectiva y el espíritu de época que impregnaban su obra y su modo de pensamiento:

La ambición abarcante, globalizante y cuestionadora de *Entre la ira y la esperanza*, no obedece sin embargo a mis solas inclinaciones personales ni a la exclusiva influencia de los autores y lecturas que he mencionado, en gran medida para saldar una vieja deuda con el pensamiento europeo. Quiero recalcar, en aras del equilibrio, que el libro fue escrito íntegramente en Ecuador y en su mayor parte al calor de los debates que se daban en el entonces famoso “Café 77”, en los foros universitarios y sindicales o en revistas como *Pucuna e Indoamérica*, que a su vez se hacían eco de todo el pensamiento renovador y revolucionario de América Latina y el Tercer Mundo en general (Cueva A., 1986).

En consecuencia, lo distintivo de esta época, que conjuga el movimiento Tzántzico y la primera etapa del pensamiento de Agustín Cueva, es la pregunta por la identidad y la reflexión sobre la literatura, el colonialismo y la cultura nacional, que a su vez abre la posibilidad de pensar una narrativa histórica en torno al conflicto político, social y cultural que marca a la sociedad ecuatoriana. Este momento de reconfiguración del campo intelectual prefigura el campo de las Ciencias Sociales, que posteriormente en la década de los setenta se desarrolló alrededor de la Sociología crítica marxista. En este sentido, es pertinente comprender el marco histórico-social en el que surgen las ideas, los conceptos y los debates que darán forma a las Ciencias Sociales en Ecuador en su vinculación con los procesos históricos, la política, la crítica ideológica y la militancia revolucionaria.

1.2 El proceso de modernización y la institucionalización de las Ciencias Sociales en Ecuador

La emergencia de las Ciencias Sociales durante la década de los sesenta, en Ecuador, se dio en el marco de un acelerado proceso de modernización económica y social que vivió Ecuador entre las décadas del cincuenta y del setenta. En este marco histórico-social confluyen distintos estratos de

tiempo en una nueva temporalidad, que con las Ciencias Sociales configura una nueva narrativa histórica. En América Latina por esos años se enfrentan proyectos de Estados desarrollistas que buscaban la modernización, con un horizonte de expectativas de cambios revolucionarios, que movilizaba a los intelectuales junto a distintos sectores populares que buscaban la reivindicación de sus demandas sociales, que habían sido integradas a la política en medio de procesos conflictivos que dieron paso al surgimiento de movimientos nacional-populares en toda América Latina.

Las Ciencias Sociales emergieron en Ecuador durante el proceso de modernización institucional y social que se vivió a inicios de la segunda mitad del siglo XX. Este proceso conllevaba cambios sociales, culturales y políticos que se expresaron de varias formas en la estructura social. Durante la década de los cincuenta el país vive un boom económico que traerá consigo la modernización de las relaciones económicas aún precapitalistas durante la primera mitad del siglo XX. La estructura económica del Ecuador estaba articulada en torno al régimen de hacienda, que había sido heredado de la colonia. Por esos años, las elites de la costa inician el proceso de modernización económica con el boom de las exportaciones de banano y café, que traerá una relativa estabilidad institucional durante la década de los cincuenta. Pero a principios de la década de los sesenta se vive una aguda crisis económica, a causa del descenso de los precios del banano y el café en los mercados internacionales, lo que traerá la quiebra de la estabilidad política que el país había vivido desde 1948 (Cueva, 1990). El inicio de la modernización económica trae cambios cruciales en el agro con los procesos de reforma agraria (1964-1973) que conllevan la descomposición del régimen de hacienda, afirmando un rápido desarrollo capitalista. En la década de los sesenta un modelo de Estado desarrollista se implementa en el Ecuador produciendo un precario y periférico desarrollo industrial-urbano.

En estos años tanto las elites serranas, como las de la costa promueven modelos de modernización económica. Las elites serranas con el intento de implementar y seguir el modelo de sustitución de importaciones (ISI) promovido por la CEPAL en América Latina durante las décadas del cincuenta y sesenta, y las elites de la costa con un modelo agroexportador que promueve la inserción dependiente y periférica dentro del mercado mundial. De este modo, la modernización económica fue el impulso para la modernización institucional y social que vivirá Ecuador entre las décadas del cincuenta y setenta, que culminará con la nacionalización del

petróleo en la dictadura “nacionalista y revolucionaria” (1972-1976) del General Rodríguez Lara (Polo, 2012).

Así, el surgimiento de las Ciencias Sociales se da en un momento de transformación de la sociedad ecuatoriana, en el que el viejo régimen de hacienda se va desarticulando y se da paso a una modernización dependiente y periférica. La sociedad vivirá cambios estructurales que se manifestaron con transformaciones en el agro que conllevan la descomposición de la vieja clase terrateniente serrana, dando paso al surgimiento de una precaria burguesía, que, con un proyecto desarrollista, intentará asentar las bases de la administración estatal en las prácticas de planificación (economía, educación y urbanismo), y, con un precario desarrollo urbano-industrial, traerá un crecimiento desigual de las clases medias en las grandes ciudades Quito y Guayaquil.

Pero a su vez ese “mundo de la hacienda”, y sus formas de clasificación, distinción y jerarquías-simbólicas, no desaparecerá del imaginario cotidiano, donde se mantienen en vigencia las formas de clasificación raciales y estamentales de matriz colonial (Polo, 2012). Pero a su vez, este será un momento de transformación en el que confluyen y se mezclan distintos estratos de tiempo: coloniales, republicanos y modernos, que trastoca las narrativas tradicionales y permite la articulación de una nueva narrativa de la representación social y política de la sociedad, en su transformación y su historicidad, que a su vez es la base de las condiciones sociales de posibilidad de emergencia de las Ciencias Sociales.

En este contexto, el crecimiento de las clases medias en Ecuador ligado al proceso de modernización económica, que trae una ampliación estatal y burocrática, es clave para comprender los cambios en el orden del pensamiento dentro de la sociedad ecuatoriana.²³ Si seguimos los postulados de Mannheim en el libro *Ideología y Utopía*, este crecimiento de las clases medias significa una intensificación de la movilidad social, que destruye la ilusión que prevalece en una sociedad estática, donde el pensamiento permanece inmutable (Mannheim, 1987). La movilidad horizontal y vertical dentro de una sociedad permite el surgimiento de una multiplicidad de modos de pensar, que pone en duda la validez de los mecanismos tradicionales del poder y la dominación oligárquica. En este sentido como lo plantea Mannheim la movilidad vertical es factor decisivo

²³ Las clases medias en Ecuador surgen con la revolución liberal de 1895 y su desarrollo está ligado al crecimiento del aparato institucional estatal y la burocracia. Las reformas liberales hacen que surge una capa de pequeños propietarios y trabajadores de profesiones “liberales” que irán constituyendo a las clases medias.

para que las personas se vuelvan escépticas y experimente incertidumbre respecto a su propia idea de mundo (Mannheim, 1987).

Por lo que, esta movilidad trae un cuestionamiento a las prácticas, *habitus* e imaginarios naturalizados dominantes en la sociedad ecuatoriana y parte integrante del discurso de la nación, pese a que no significó su disolución ya que persisten *habitus* raciales de matriz colonial (Polo, 2012). Pero el cambio en el imaginario se opera cuando se alcanza la etapa en que comienzan a comunicarse los distintos estratos y clases sociales en un mismo espacio, estableciéndose una circulación social (Mannheim, 1987). El vertiginoso crecimiento urbano producto de la migración campesina e indígena a la ciudad que trae consigo la modernización constituye el encuentro de las distintas clases, “razas”, etnias y estamentos en un mismo espacio social donde confluyen, en conflicto y tensión las distintas partes de la sociedad en un todo. En suma, siguiendo a Mannheim:

El momento más importante de la intercomunicación es cuando las formas de pensamiento y de experiencia que hasta entonces se habían desarrollado con independencia unas de otras, convergen en un único estado de conciencia que empuja al espíritu a describir la incompatibilidad de las discrepantes concepciones de mundo (Mannheim, 1987, pág. 7).

Así, en medio de todo este contexto de modernización entre los años 1963 y 1973 la educación media y universitaria se masifica y aumenta el ingreso de estudiantes a la universidad en el Ecuador.²⁴ En 1961 surgió el primer intento de institucionalización de las Ciencias Sociales con la creación de la Escuela de Ciencias Políticas dentro de la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad Central del Ecuador. Este primer intento está marcado por la intención de formar una “élite” formada en “derecho público administrativo” que complemente la formación de los abogados. La justificación por la cual se creó dicha escuela fue: “destacar la necesidad de entrenar académicamente a los administradores del Estado y proporcionar los cuadros técnico-administrativos que el Estado requiere”. Esta escuela de Ciencias Políticas nació para formar profesionales técnicos que aporten en el fortalecimiento de las instituciones administrativas estatales en un contexto de modernización del Estado (Moreano, 1984). Y de igual forma para 1963, con la intervención de la junta militar y el auspicio del gobierno estadounidense en convenio con la Universidad de Pittsburg, se fundó la Escuela de Antropología y Sociología con el mismo

²⁴ De acuerdo con los datos del Ministerio de Educación, durante la década del cincuenta, en la Universidad Central la matrícula se incrementa en el orden del 55%; y entre 1963 y 1973 el número de estudiantes universitarios se incrementa 8,7 veces (de 4.091 a 34.797). Como apunte lateral, esta tendencia coincide con el final del carácter elitista del acceso a la universidad estatal en América Latina (Trindade, 2003: 165-168).

propósito de responder a la necesidad de la intervención técnica del Estado en espacios urbanos y rurales.²⁵

Estos primeros intentos de institucionalización estarán marcados por el intervencionismo estatal, por lo que la práctica de las Ciencias Sociales estará orientada y condicionada a responder a las necesidades de un Estado que requeriría una ciencia social a su disposición, para la modernización y el ordenamiento técnico-administrativo y económico de la sociedad. Sobre esto Álvaro Campuzano, en su trabajo *Sociología y misión pública de la universidad en el Ecuador*, argumenta que:

En contraste con este orden de cosas, si en las sociedades industrializadas la Sociología aparece como una ciencia de la modernidad, o bien que surge y se ocupa de las transformaciones auspiciadas por el nacimiento de estados y del capitalismo modernos, en el Ecuador de inicios del siglo XX, al igual que en los otros países latinoamericanos, la Sociología aparece más bien como una ciencia para la modernidad –o dicho más precisamente, para una cierta modernidad. Quiero decir que en un contexto histórico en el que la sociedad no ha vivido nada cercano a una revolución industrial, y donde, si bien existen las estructuras formales del estado liberal, las instituciones político-sociales permanecen en esencia tradicionales, la Sociología surge no ya como una disciplina que interpreta determinadas transformaciones en curso, sino más bien como un saber académico que propugna y legitima determinadas transformaciones, y no otras, a llevarse a cabo en la sociedad (Campuzano, 2005, pág. 405).

De manera que, las Ciencias Sociales en Ecuador y en América Latina nacen como un saber para -en servicio de- y no sobre la modernidad como en el contexto europeo donde las Ciencias Sociales surgen en una coyuntura particular atravesada por lo que fue el cisma de la Revolución Francesa y la Revolución Industrial. Las Ciencias Sociales fueron pensadas en sus inicios como una respuesta intelectual y política a las crisis de las sociedades europeas, que se expresaron con

²⁵ “En Ecuador la primera cátedra de Sociología se creó en 1915 y el primer catedrático fue Agustín Cueva Sáenz. En los años siguientes a la creación de la cátedra, no existe ninguna evidencia institucional de que la Sociología haya alcanzado alguna relevancia al interior de la Facultad de Jurisprudencia. De acuerdo al programa de estudio de la materia elaborado por el profesor Ángel Modesto Paredes en 1936 la sociología era una especie de introducción a las ciencias sociales estructurada en ocho capítulos: la Ciencia Social Humana (Sociología), los datos de la cosmología para las construcciones sociológicas, la Geografía humana y la Sociología, enseñanzas de la Biología, la Antropología, la Historia, la Filosofía de la Historia y la Sociología, los procesos psicológicos y las energías sociales, los móviles de la asociación y las energías sociales (Paredes, 1936). Para 1943 el pensum había diferido la materia estaba estructurada en XVIII capítulos, pero el contenido de la materia versaba sobre lo que puede denominarse Sociología general: antecedentes, definición, precursores, fundadores, método, fenómenos sociales, etc. (Bossano, 1943). Tal como ocurrió en el resto del continente, en el país la cátedra de Sociología constituía más bien una introducción a las Ciencias Sociales, más que una rama de especialización” (Sarzoza, 2016, pág. 62).

la convulsión social y política engendrada por la Revolución Francesa y la descomposición del orden teológico-político de las sociedades tradicionales (Karsenti, 2017).

En las sociedades latinoamericanas la implantación del proyecto emancipatorio de la modernidad tiene sus aporías y tensiones internas y externas al proyecto moderno. La génesis de las Ciencias Sociales en Ecuador muestra las tensiones y las aporías constitutivas de un dominante progresismo conservador impulsado por las elites: «un proyecto cultural-político con pretensiones de implantar desde arriba, desde la “alta cultura” universitaria, una versión de modernidad desvirtuada y retrógrada» y un residual liberalismo radical.²⁶ Así pues, las Ciencias Sociales posteriormente en Ecuador y América Latina se desarrollarán:

En medio de un entorno político violento (aunque, por supuesto, en nada cercano a la barbarie efectuada por las coetáneas dictaduras de corte fascista en el Cono Sur) que devela la cruda dominación apalancada por el amable discurso del desarrollismo estado-céntrico, durante las décadas de 1960 y 1970 las áreas de Ciencias Sociales y humanidades, primero en la Universidad Central y posteriormente en la Universidad Católica, aparecen como nichos de resistencia (Campuzano, 2005, pág. 430).

Durante los primeros intentos de institucionalización de las Ciencias Sociales en los años sesenta surgió, desde la lectura que presenta Agustín Cueva sobre el origen de las Ciencias Sociales en Ecuador, una “ciencia social burguesa” ligada al proyecto desarrollista de la oligarquía nacional, que en alianza con el imperialismo norteamericano buscaba implementar un modelo de formación funcional a los intereses modernizadores del capitalismo en las sociedades periféricas (Cueva, 1976). La formación sociológica que se impartirá con este proyecto será desde un enfoque estructural-funcionalista, influenciado por la antropología anglosajona que predominaba y se impartía en los centros académicos por esos años.²⁷

²⁶ “En las inmediaciones de este juego de tensiones entre el dominante progresismo conservador y el residual liberalismo radical, surge el primer intento sistemático por constituir a la sociología como una disciplina académica en la Universidad Central. Angel Modesto Paredes se toma en serio el proyecto de Émile Durkheim, y realiza por cuenta propia una extensa disquisición teórica, más bien críptica por su oscura utilización de la jerga de la sociología, en la que construye sus postulados en abierto debate con el llamado padre de la sociología académica, así como con Comte, Spencer y Worms (positivista norteamericano del siglo XIX)”. Sobre la historia de la Sociología y el proyecto cultural-político de una modernidad retrógrada en Ecuador véase: Álvaro Campuzano Arteta, *Sociología y misión pública de la universidad en el Ecuador: una crónica sobre educación y modernidad en América Latina*. En P. Gentili, B. Levy, & (Comp), *Espacio público y privatización del conocimiento*, Buenos Aires, CLACSO, 2005.

²⁷ Álvaro Campuzano a propósito de este tema plantea que: “El rechazo inmediato a esta corriente, aun hasta nuestros días entre varios profesores y alumnos, se convierte desde entonces en sentido común. Lo que subrayo aquí es que en esta coyuntura el estructural-funcionalismo es descartado por razones directa e inmediatamente políticas, escasamente mediadas por la reflexión teórica. Vale decir, antes que las críticas al conservadurismo latente en la tradición Parsons-

En este recorrido, para 1967 con el fin de la Junta Militar en Ecuador se dará un segundo momento de institucionalización de las Ciencias Sociales. En este año se creará la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas, en la Universidad Central, fusionando la Escuela de Antropología y Sociología creada en la Dictadura Militar y la Escuela de Ciencias Políticas. Se señala que desde la creación de la escuela hasta 1970 se vive un momento de “eclecticismo” ya que dos proyectos sociológicos se hallan en pugna. «Por un lado, la escuela se mantenía como espacio ideológico de la burguesía lo cual, a su parecer, se ve reflejado en el pensum de estudios, cuya orientación era claramente positivista; de otro lado, el pensamiento marxista ingresó en la escuela a disputar ese espacio de formación intelectual a la burguesía» (Sarzoza, 2016, pág. 55).

La pugna se resolverá desplazando el espacio de formación intelectual orgánica de los abogados de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, para que la corriente marxista predominante de la época tome las aulas de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas, dando paso al momento de la “Sociología Comprometida” (Moreano, 1984). Se puede argumentar que, en el segundo momento de institucionalización de las Ciencias Sociales, se inician su proceso de autonomización que parte con la búsqueda de una matriz epistemológica propia que le permita distanciarse del saber jurídico y constituir un campo propio de saber y de reflexión sobre lo social. La corriente teórica y epistemológica será el marxismo que en los años setenta marcó el rumbo del quehacer sociológico en América Latina. Así, las Ciencias Sociales durante esos años se irán caracterizando por un esfuerzo en captar y orientar el devenir histórico y los fundamentos del desarrollo capitalista en las sociedades periféricas:

se desarrolló la teoría de la dependencia, se reinterpretó el marxismo, surgieron nuevas concepciones sobre el desarrollo del capitalismo y del imperialismo, se analizaron los procesos de descolonización de África y Asia y las nuevas formas de colonización, etc. En este contexto la escuela de Sociología sirvió como un medio de enlace con el movimiento intelectual internacional, e impulsó la creación de institutos e investigaciones sociales abocadas a nuevos temas (Sarzoza, 2016, pág. 56).

De modo que, la Universidad Central del Ecuador a fines de los años sesenta aparecerá como un espacio abierto, que será ocupado por la joven intelectualidad de izquierda que se mudaba a las

Merton realizadas por C. Wright Mills o, aun dentro de la misma tradición funcionalista, por los teóricos del conflicto como Ralph Darendorf, el factor de mayor peso para su rechazo es la asociación automáticamente establecida entre aquella tradición de pensamiento con la dictadura nacional y con el imperialismo cultural estadounidense” (Campuzano, 2005, pág. 443).

aulas de la nueva Escuela de Sociología y Ciencias Políticas. Durante esos años las cátedras que se dictan en la Escuela se convirtieron en un vínculo de los intelectuales con la militancia política. “A partir de entonces, se registran experiencias políticas y se consolidan formulaciones teóricas afines con concepciones clásicas del marxismo sobre la revolución socialista” (Campuzano, 2005, págs. 443-444). El interés de los intelectuales de izquierda que ingresaban a las aulas de la Escuela estuvo orientado por tratar de conjugar la reflexión intelectual, con la militancia política y buscar la manera de organizar políticamente al “proletariado urbano”.

En la ponencia presentada en el primer Congreso de Escuelas y Facultades de Sociología del Ecuador en 1976, Agustín Cueva (*Notas sobre el desarrollo de la Sociología ecuatoriana*) plantea que la Sociología está marcada por la relación dialéctica entre la burguesía y el proletariado, ya que las dos clases en disputa requieren de intelectuales orgánicos. Por lo que se presenta para Cueva, siguiendo la idea de Althusser de la lucha de clases en la teoría, dos formas de sociología que estarían en enfrentamiento: una al servicio de las clases dominantes (sociología burguesa) y otra al servicio de los dominados (sociología de izquierda). De esta disputa se desprenden dos formas de pensamiento, una de corte democrático-burgués que tiende al desarrollo, y otra de corte socialista que recoge el malestar de los sectores medios y la defensa de los intereses de los sectores obreros y populares (Sarzoza, 2016). Esta lectura marca otra forma de concebir las Ciencias Sociales en su práctica teórica y política.

Nace entonces dentro de las aulas un interés por ahondar en una reflexión teórica dentro del marxismo, una lectura de sus clásicos Marx, Engels y Lenin, bajo la orientación de la escuela francesa del marxismo estructuralista desarrollado por Althusser y Poulantzas. Las áreas de estudio en torno a la que se organizaría la escuela fueron: “por un lado, materialismo histórico, economía política, métodos y técnicas de la investigación social; y por el otro, problemática nacional, luego denominada problemática latinoamericana y ecuatoriana, e historia del pensamiento social” (Campuzano, 2005, pág. 445). Estaba en juego en ese momento no solo la conformación de un centro académico, sino la de un núcleo articulador de prácticas intelectuales y políticas. Con esta inclinación, entre finales de los sesenta y principios de los setenta se consolidaron dentro del campo intelectual dos jóvenes figuras intelectuales: Agustín Cueva y Fernando Velasco.²⁸

²⁸ Junto al Joven Agustín Cueva, Fernando Velasco (el conejo) que murió de manera prematura en un accidente de tránsito constituirán una nueva intelectualidad, que junta su reflexión intelectual con la militancia, conjugando la

A su vez, Agustín Cueva tendrá un rol protagónico en la creación de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la que será su director y catedrático, hasta la clausura de la Universidad Central del Ecuador en 1970, durante el quinto velasquismo. La universidad en Ecuador durante la década del setenta fue objeto de constantes arremetidas militares por lo que varios intelectuales críticos que habían llegado a ser catedráticos universitarios tendrán que abandonar su cátedra. Entre ellos, Agustín Cueva, quien viajó a Chile a principios de los setenta y posteriormente se radicó en México donde se convirtió en catedrático de la UNAM.²⁹

Así pues, se podría plantear que pese a todos estos intentos de institucionalización no llega a haber una especialización disciplinaria de la sociología, sino más bien una ciencia social que se mueve al ritmo de los procesos y las transformaciones políticas y sociales. Es decir, surgen las Ciencias Sociales en permanente contraposición a las visiones y los proyectos modernizantes de las élites, con procesos de reescritura de la historia a través de una revisión de la cultura, el arte y la literatura unida al análisis sociológico de la realidad ecuatoriana y latinoamericanas. La obra de Agustín Cueva y su impulso crítico desde el marxismo mostrará claramente las tensiones, los conflictos y las contradicciones existentes en el marco histórico-social y político en el cual emergen las Ciencias Sociales en Ecuador y América Latina.

1.3. La Sociología Crítica Marxista y el Populismo

Este marco histórico-social y conceptual será el del viraje a una Sociología crítica marxista en el naciente campo de las Ciencias Sociales en el Ecuador. La figura de Agustín Cueva se consolida en la academia, y su preocupación intelectual pasa, del análisis de la cultura y la crítica literaria, a la indagación histórica y sociopolítica de la realidad ecuatoriana y latinoamericana. Durante su segunda estancia en París, entre 1966 y 1967, Cueva inició nuevas líneas de reflexión en su trabajo, que se verán plasmadas en la redacción de su primer escrito de sociología política (influenciado por distintos autores, entre ellos Marx, Barthes, Levi-Strauss y Aron) titulado: *Más allá de las*

figura del intelectual comprometido, con la exigencia de la reflexión teórica y crítica. Se rememora que por esos años: “entonces la vida se repartía entre un tiempo para trabajar en un sindicato, trabajar en los sectores campesinos y leer y discutir” (Campuzano, 2005). Sobre la figura intelectual de Fernando Velasco puede verse el libro: *El legado intelectual y político de Fernando Velasco Abad*, Quito, FLACSO-Ecuador, 2014.

²⁹ Agustín Cueva fue profesor y director de la Escuela de Sociología de Quito, Ecuador, entre 1967 y 1970, y profesor de Teoría Literaria en la Universidad de Concepción, Chile, entre 1970 y 1972. A partir de 1973 y hasta 1992 fue catedrático de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales e investigador del Centro de Estudios Latinoamericanos de la UNAM, de México. De 1980 a 1986 fue profesor de la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Economía de la UNAM (Moreano, 2015).

palabras: introducción a la mitología velasquista (1967). Como anécdota con relación a su indagación sociológica durante sus años en París, Cueva relata curiosamente que:

Jamás me deslumbré, por ejemplo, con las clases o los libros de un Georges Gurvitch, y tampoco llegaron a interesarme realmente la metodología o los análisis concretos de otro de mis maestros, el sociólogo de la política Maurice Duverger, quien temática e ideológicamente podría parecer más próximo de mis preocupaciones. Por la época en que publiqué mi primer trabajo de «sociología política» (*Más allá de las palabras: introducción a la mitología velasquista*), de hecho, lo que hice fue leer y releer a Barthes y Lévi-Strauss, apasionándome luego por el *18 Brumario*, de Marx, pero paradójicamente a partir de la relectura de *Tristes trópicos*. En contraste, jamás me pasó por la cabeza la idea de inspirarme en Duverger y, menos todavía, la de aprovechar técnicas de investigación como las de Paul Lazarsfeld –para citar otro ejemplo– cuyo curso en la Sorbona recibí como una verdadera tortura que fui incapaz de resistir por más de dos semanas. De mis profesores de París, él único que de veras me interesaba (polémicamente) y al que nunca dejé de leer fue Raymond Aron, ese pensador de derecha y especie de anti-Sartre que ya a comienzos de los años sesenta era considerado más como un «publicista» (o periodista) que como un sociólogo, juicio de intención peyorativa al que él respondía comentando que algunos de sus colegas investigaban de manera cada vez más rigurosa y con métodos más sofisticados problemas cada día menos importantes (Cueva, 1986, págs. 8-9).

Tempranamente en su formación Cueva adhiere al marxismo como una opción ético-política, manteniendo esa posición y convicción férrea hasta su muerte. Cueva afirma a propósito de su adhesión al marxismo: “Diría incluso que mi proceso de adición al marxismo obedeció, en proporciones probablemente equiparables, tanto a una opción ético-política como a la fascinación por la única Ciencia Social (el materialismo histórico) que jamás pierde de vista la totalidad del hombre y de su historia, que aspira siempre a reconstruir” (Cueva, 1986, pág. 9).

La obra de Agustín Cueva resulta peculiar, de manera especial si se retoma las influencias en su obra. La primera gran influencia en Cueva fue Jean-Paul Sartre, que representaba, para los intelectuales, el compromiso político. Pero a su vez Cueva confiesa que la obra de Claude Lévi-Strauss ejerció una verdadera fascinación en él. Esto resulta peculiar del campo intelectual francés de los años sesenta, en el que Cueva se formaba en París. Según relata Bourdieu (2007) desde su experiencia intelectual, la obra de Lévi-Strauss había significado para toda una generación una manera nueva de concebir la actividad intelectual, opuesta de manera absolutamente dialéctica a la del intelectual “total”, vuelto hacia la política, representado por Sartre. Pero la influencia de

estas dos figuras intelectuales (Sartre - Lévi-Strauss) representó todo un reto para los jóvenes intelectuales de la época inclinados a las Ciencias Sociales, tal como Bourdieu lo relata:

Esta confrontación ejemplar sin duda ha contribuido no poco a estimular, en muchos de aquellos que se orientaron en ese momento hacia las Ciencias Sociales, la ambición de reconciliar las intenciones teóricas y las intenciones prácticas, la vocación científica y la vocación ética, o política, tan a menudo desdobladas, en una modalidad más humilde y más responsable de realizar su tarea de investigadores, suerte de oficio militante, tan alejado de la ciencia pura como de la profecía ejemplar (Bourdieu, 2007, pág. 10).

Si se junta la influencia que el campo intelectual francés de los años sesenta, atravesado por el estructuralismo, tiene en Cueva con su posición ético-política marxista, es posible dar cuenta de que en su obra hay claramente un intento por llevar a cabo la reconciliación entre la intención práctica-política y la intención científica. Este perfil intelectual influyó a los jóvenes intelectuales de Francia de aquellos años, tal como el propio Bourdieu afirma en relación a su pensamiento; de cómo este contexto intelectual y emocional influye en sus primeros trabajos en Sociología dedicados a Argelia en el momento que había estallado la lucha por la liberación y la independencia del dominio colonial francés.³⁰ En este sentido, se podría pensar en cierta “afinidad electiva” (tomado el término de Weber)³¹ entre Bourdieu y Cueva (manteniendo la debida distancia), ya que por los años en los que Cueva llegó a París a estudiar en la *École* surgió dicha tensión en él.

Así, en la obra de Cueva esta tensión intelectual y el intento de reconciliación entre la intención práctica-política y la científica se manifestó en el conflicto que ponía al ensayo de interpretación, que caracterizó a las Ciencias Sociales latinoamericanas durante el siglo XX, en pugna con la emergencia de las Ciencias Sociales como disciplinas científicas. Cueva mediante la

³⁰ Bourdieu relata que trabajar en Argelia en la lucha por su independencia, en un análisis científico de la sociedad argelina, era intentar comprender y hacer comprender los fundamentos y los objetivos reales de esa lucha, en contra del racismo y el colonialismo europeo. Esta inclinación política en Bourdieu se juntó en esos años con el interés en la obra antropológica de Claude Lévi-Strauss, que representaba una suerte de humanismo científico, que expresaba una especie de entusiasmo metacientífico por la ciencia, que influyó en él, y lo llevó desde el estructuralismo, buscando salir del etnocentrismo que predominaba en los estudios sobre los mitos y los ritos, al estudio etnológico del ritual kabila, (Bourdieu, 2007).

³¹ La expresión «afinidad electiva» (*Wahlverwandschaft*) tiene una larga historia que es bien anterior a los escritos de Max Weber. Se trata de un recurso complejo que va de la alquimia a la literatura romántica (Goethe) y de esta a las Ciencias Sociales. Weber sólo utiliza el concepto tres veces en *La Ética protestante*, pero el aparece también en otros escritos, generalmente en el campo de la sociología de las religiones. Weber no lo define, pero podríamos proponer la definición siguiente, a partir del uso weberiano de la expresión: la afinidad electiva es el proceso por el cual dos formas culturales – religiosas, intelectuales, políticas o económicas – entran, partiendo de ciertas analogías significativas, o afinidades de sentido, en una relación de atracción e influencia recíprocas, selección mutua, convergencia activa y refuerzo mutuo.

triple influencia de Marx, Sartre y Levi-Strauss logra establecer un género político-científico-literario: el ensayo de interpretación, que en confluencia con la Sociología crítica marxista latinoamericana, permitía unificar el análisis político-científico, con la reflexión sobre el campo literario y cultural. Esta práctica fue el intento de articular la dimensión sociopolítica y socioeconómica a la dimensión cultural del capitalismo y del imperialismo, y se contrapuso a una concepción científicista de las Ciencias Sociales, ligada al empirismo. En consecuencia, el pensamiento de Agustín Cueva se fue desplegando como lo plantea Moreano:

En la primera fase, Agustín vivió un doble tránsito: del ensayo literario y social a la investigación sociológica; de una formación clásica —Max Weber, Durkheim— al marxismo. Las obras fundamentales de Cueva en esa fase fueron *Entre la ira y la esperanza* y *El proceso de dominación política en el Ecuador*, que incluía un imaginativo análisis de Velasco Ibarra (Moreano, 2015, pág. 10).

De forma paralela al desarrollo institucional durante los años sesenta se da el tránsito de la crítica literaria al campo de las Ciencias Sociales. Se transita de la preocupación por la cultura nacional y el colonialismo cultural, a la problemática de los nuevos procesos políticos y sociales en Ecuador y América Latina durante la década de los setenta. En este tránsito la figura de Agustín Cueva fue adquiriendo especial importancia en la constitución de la Sociología como campo de saber. En estos años aparecerán los textos: *El proceso de dominación política en el Ecuador* (1972); *El desarrollo del capitalismo en América Latina* (1977); *Teoría social y procesos políticos en América Latina* (1979). Pero hay que señalar que Cueva nunca dejó de lado sus reflexiones y la preocupación por la literatura y la cultura, como construcción ideológica y conciencia crítica de la sociedad, ligando a la literatura siempre con su función política (Quevedo, 2015). Por estos años aparecieron también los siguientes textos: *Sobre nuestra ambigüedad cultural* (1974); *Lecturas y rupturas: diez ensayos sociológicos sobre la literatura ecuatoriana* (1976). Sobre la relación entre Sociología y Literatura en la obra de Cueva, señala Moreano:

La complejidad del contenido se expresa en la complejidad de la forma: el discurso aséptico de la Sociología es finalmente dominado y vencido por la Literatura. Si bien el afán expositivo y la legitimación por la vía de la objetividad están presentes, la capacidad crítica crea una atmósfera de pasión y de enorme fuerza expresiva. Imágenes fuertes, metáforas, símiles y paradojas y una punzante ironía, tejen un lenguaje literario de gran riqueza. Agustín Cueva se mantiene en la gran tradición de los ensayistas latinoamericanos y ecuatorianos. Y a la vez, abre el espacio para la reflexión de las Ciencias Sociales en la vertiente de un análisis crítico del poder y sus formas (Moreano, 2015, pág. 12).

El pensamiento de Cueva se desarrollaba en el seno del proceso complejo y conflictivo de modernización-reacción y temporalización que se vivía en Ecuador por esos años. Tanto en los contenidos teóricos y políticos, como en la forma: en el paso, tenso y conflictivo del ensayo al discurso sociológico (Moreano, 2015). Como se desarrolló en el punto anterior, Cueva conjugó su formación literaria, que la desarrolló durante los años sesenta en su vinculación con el movimiento literario y político que surgió en Ecuador (el tzantzismo), con su formación en Sociología que realizó en París durante la misma década.

El segundo libro de Cueva: *El proceso de dominación política en el Ecuador* (1972) consolida el prestigio del entonces joven escritor e intelectual y abre el campo de discusión de las Ciencias Sociales en el Ecuador en torno a la Sociología crítica marxista. Así, el trabajo intelectual de Cueva atraviesa a lo largo de toda su trayectoria distintos ámbitos, la Literatura, la Sociología, la Historia y la Política, y estableció propiamente su trabajo en el campo de las Ciencias Sociales.

Agustín Cueva es el intelectual que introduce el concepto y abrirá el debate sobre el populismo en el Ecuador, con su libro *El proceso de dominación política en el Ecuador*. Este libro genera gran debate y discusión, en especial, la polémica sobre el velasquismo y populismo con Rafael Quintero en los años ochenta. El libro está dividido en dos partes. La primera es un recorrido de la historia política del Ecuador del siglo XX. La segunda parte consta de su novedoso ensayo: *El velasquismo: un ensayo de interpretación*, donde se realiza una interpretación sociológica e histórica del velasquismo y de la figura mítica-simbólica de Velasco Ibarra.

Con este libro, Agustín Cueva abre el campo de las Ciencias Sociales y despliega todo un análisis de interpretación sociológica, política e histórica que lo lleva de la línea clásica sociológica (Durkheim, Weber) a Marx y el marxismo.³² Su lectura de la sociología se encontraba dentro del enfoque sociológico marxista-leninista de la izquierda latinoamericana de los años setenta. Plasmó en sus análisis las distintas aproximaciones teóricas y políticas que podemos encontrar en su trabajo intelectual:

Por otra parte, esa formación clásica empató con el marxismo de ciertas formaciones de la izquierda latinoamericana. Así, las tesis del dualismo estructural para definir a las

³² Fernando Tinajero nos señala que Alejandro Moreano anota que Cueva llegó al marxismo desde la Sociología clásica representada por Durkheim y Weber. Cueva no menciona a estos autores, pero es evidente que ellos también dejaron huella en su formación intelectual. Cfr. a Moreano, «Estudio introductorio» en *Agustín Cueva. Pensamiento fundamental*, Quito, Corporación Editora nacional / Universidad andina Simón Bolívar, 2007 (Tinajero, 2012).

economías y sociedades latinoamericanas, que provenían de la Sociología clásica, se transfiguraron en las tesis de los partidos comunistas de América Latina, que caracterizaban a los países latinoamericanos bajo la conceptualización de economías y sociedades semifeudales y semicoloniales. A la vez, la metodología weberiana, utilizada para el análisis del “carisma” de Velasco Ibarra, se inscribió en un análisis de los procesos de dominación política del Ecuador a partir de las determinaciones estructurales y de la lucha de clases. El producto fue un texto que abrió nuevos paradigmas a la comprensión del Ecuador contemporáneo (Moreano, 2015, pág. 13).

La intención de Cueva era mostrar y poner de manifiesto, con la sociología crítica marxista, los conflictos y las luchas que constituyen a la sociedad ecuatoriana, y a las sociedades latinoamericanas. De ese modo, busca comprender el anclaje del capitalismo periférico y sus tareas de acumulación originaria, que avanzan sobre todas las formas económicas, sociales y culturales (Cueva, 2009). La obra de Cueva avanza en la comprensión del desarrollo del capitalismo en América Latina, su movimiento, su estructura y sus leyes; plasmando conceptual y teóricamente los distintos conflictos y experiencias que viven las sociedades latinoamericanas en su proceso de transición a una modernidad capitalista dependiente y periférica.

Posteriormente en los años setenta Agustín Cueva alcanzó el reconocimiento internacional especialmente con la publicación de su libro *El desarrollo del capitalismo en América Latina* (1977) con el cual ganó el premio al mejor ensayo de la editorial Siglo XXI. Este libro le permitió a Cueva entrar y posicionar su obra dentro de los principales debates de las Ciencias Sociales en América Latina, y a su vez, consolidar en los setenta su reflexión sociológica crítica marxista.³³ En esta línea, la obra de Cueva en los setenta realizó un desplazamiento epistemológico de la teoría de la dependencia a la teoría de los modos de producción y las formaciones económico-sociales, que las tesis althusserianas y de los comunistas italianos —Della Volpe, Luporini— habían gestado en el pensamiento social latinoamericano (Moreano, 2015). A su vez, en el mismo desplazamiento la obra de Agustín Cueva mostraba las tensiones posteriores de su pensamiento:

En cuanto a la forma, los textos mantuvieron las dotes de escritor de Agustín Cueva. Sin embargo, la rica y diversa relación entre literatura, teoría social y discurso político que

³³ Sobre el libro de Agustín Cueva, Alejandro Moreano comenta: "El subtítulo de la obra nos da la clave de su sentido: *Ensayo de interpretación histórica*. No se trata de un texto teórico —a la manera de la *Dialéctica de la dependencia* de Ruy Mauro Marini— sino histórico, y ofrece una visión panorámica de la historia latinoamericana desde la Independencia, pretendiendo en todo momento partir de las contradicciones internas de las sociedades latinoamericanas —sin desconocer, por supuesto, el peso del imperialismo sobre las mismas— para explicar su desarrollo, diferencias, mutaciones y crisis" (Moreano, 2015, pág. 15).

gobernó la escritura de *Entre la ira y la esperanza* dio paso a una tensa relación entre ciencia social y política. Los criterios de validez del discurso se modificaron. La literatura fue la primera en abandonar la escena. Luego, la política, con una tenue nostalgia. Con su extrema lucidez, Cueva condenó la pretensión de muchos cientificistas sociales de la época —Dos Santos, Marini y otros— de criticar, orientar o, peor aún, dirigir a los partidos y fuerzas de izquierda. Al final del texto, Agustín Cueva se sitúa entre los sociólogos que reconocen su incapacidad para dirigir procesos políticos —tarea de los partidos revolucionarios—, pues sólo pueden analizarlos a posteriori (Moreano, 2015, págs. 15-16).

La obra de Cueva se desenvuelve en una tensión constante entre, por un lado, la adopción del corpus conceptual marxista, acompañada por una defensa acérrima de ese armazón teórico para el análisis de los fenómenos sociales; y por el otro lado, la continua vocación de que el bagaje categorial marxista se acople a la realidad ecuatoriana y latinoamericana (Tzeiman, 2017). La teoría para Cueva está obligada a dar cuenta de la especificidad que tiene la realidad latinoamericana; con los conceptos y las categorías se debe buscar la manera de dar cuenta de la especificidad de la historia de América latina (Cueva, 1979).

De esta manera, si bien la obra de Cueva se mantuvo en una “ortodoxia” con respecto a no cuestionar los principios fundamentales del marxismo, su lectura permite pensar una nueva praxis política y social en Ecuador y en América Latina (Tinajero, 2012). Y se puede afirmar que la impronta y el aporte de Cueva a las Ciencias Sociales está en su interpretación novedosa de la realidad ecuatoriana y latinoamericana, con la que logró juntar a las Ciencias Sociales, el pensamiento crítico marxista y una posición ético-política de izquierda. De este modo, afirmando desde su pensamiento la necesidad de una crítica que emerge desde la realidad concreta, la problematiza, interroga y desmonta las certezas previamente construidas y solo desde allí regresa a la teoría (Herrera, 2018).

En suma, las Ciencias Sociales se han ido constituyendo, en Ecuador, alrededor de las obras: “Ecuador, *subdesarrollo y dependencia* de Fernando Velasco, Ecuador, *pasado y presente* del cual fue coautor-, y *El proceso de dominación política en el Ecuador* de Cueva, que fueron los textos fundadores del moderno pensamiento social ecuatoriano” (Moreano, 2015, pág. 17). Cueva a su vez se convirtió en la figura intelectual más relevante en el campo intelectual ecuatoriano durante la segunda mitad del siglo XX y su obra marcó a toda una generación de sociólogos que asumieron el compromiso político del intelectual, juntamente con la reflexión teórico-crítica de las formas del poder y la dominación.

Cueva hace una construcción teórica del velasquismo y en su teorización de este fenómeno político aparece el concepto de populismo como una categoría analítica de la sociología política. La génesis del concepto de populismo en el Ecuador se encuentra ligada al surgimiento de una Sociología crítica marxista que intenta dar respuesta a la comprensión de las distintas experiencias que Ecuador y América Latina atravesaban entre las décadas del setenta, y ochenta, y abarcar una comprensión global de los procesos históricos, políticos, económicos, sociales y culturales que se ven atravesados por la experiencia de modernización de las sociedades periféricas por esos años. Desde el enfoque histórico-conceptual vemos como el populismo aparece en Ecuador como un concepto político y una categoría analítica, ligado a la experiencia del velasquismo. La obra y la figura intelectual de Cueva es clave al momento de comprender la génesis del concepto y la categoría de populismo en las Ciencias Sociales en Ecuador, como un ensayo de interpretación (una sociología unida a la literatura, a la antropología y sobre todo a la política) mediante un “manejo creativo” del marxismo (Tinajero, 2012). Este es el estrato semántico originario del concepto político de populismo en Ecuador. A su vez la emergencia del concepto de populismo está anclado en la obra de Cueva al análisis de “lo político y de las contradicciones de clase como dinamizadores de la historia en América Latina” (Tzeiman, 2017, pág. 12).

De forma continua, el populismo como concepto irrumpe en el debate de las Ciencias Sociales para dar cuenta de las nuevas formas de poder que surgen en las modernidades periféricas latinoamericanas, que aparecen tras la crisis de las formas tradicionales del poder y

la dominación oligárquica. El populismo representa toda una manera de construir conceptualmente la transición que viven los países latinoamericanos, a la forma política moderna, en la que el populismo surge en las Ciencias Sociales como un problema conceptual, teórico y empírico.

El campo intelectual en Ecuador tiene su punto de eclosión durante la década de los ochenta en el que surgirá una fuerte disputa-polémica en torno a comprender la experiencia velasquista como un populismo. Esto marca toda una reconstrucción del significado y la necesidad social de las Ciencias Sociales en Ecuador, en un contexto en el que la crítica marxista tiene primacía epistemológica y ético-política para los intelectuales, que asumen la tarea de develar las formas que el poder y la dominación asumen en las modernidades periféricas.

Capítulo 2: Populismo: historia y crítica del concepto en Ecuador

Pero inexplicablemente ninguno se había tomado la molestia de analizar rigurosamente el movimiento político más importante de una etapa de crisis: el velasquismo. Los pocos trabajos de interés sobre el tema se movían entre “entre la ira y la esperanza” de la intelectualidad pequeño-burguesa. En ese contexto Cueva escribió “El velasquismo un: Ensayo de interpretación”.

Pablo Cuvi

Una vez que se abre el campo de las ciencias sociales en Ecuador el velasquismo se convierte en el objeto de investigación de varios sociólogos que buscan comprender esta experiencia política. Agustín Cueva es el fundador de los estudios sociológicos sobre el velasquismo en el Ecuador a partir de su *Ensayo de interpretación del velasquismo* de 1967. Posteriormente varios sociólogos ecuatorianos comienzan a estudiar la problemática del velasquismo siguiendo los planteamientos teóricos de Cueva; entre ellos podemos encontrar a Esteban Campo, *El populismo en el Ecuador* de 1975, Pablo Cuvi, *Velasco Ibarra el último caudillo de la oligarquía* de 1977, Lautaro Ojeda, *Mecanismos y articulaciones del caudillismo velasquista* de 1971 y Eloy Morán, *Estudio sociológico de Velasco Ibarra* de 1976. También algunos autores extranjeros abordaron la problemática del velasquismo como L.N. Norris con *José María Velasco Ibarra. A charismatic Figure in Ecuadorean Politics, (1934-1961)* Tesis de Ph. D, U.N.M de 1969; Georg Mainer con *José María Velasco Ibarra. A case study of “personalismo” and the skillful management of political alienation in Ecuador*, University at Edwardsville de 1974. En 1980 se publica el libro de Rafael Quintero *El mito del populismo* que abre una comprensión distinta de la experiencia velasquista e introduce un enfoque metodológico novedoso desde la teoría marxista que viene a cuestionar la interpretación y el modelo teórico predominante propuesto por Cueva. Así surgirá una polémica entre Cueva y Quintero en torno al populismo y el velasquismo.

2.1. El populismo velasquista en *El Proceso de Dominación política*

La palabra y el concepto de populismo en la literatura sociológica ecuatoriana aparecen por primera vez en este libro de Agustín Cueva. Realiza un análisis de la historia política del Ecuador, que incluye un recorrido desde la Revolución Liberal hasta la década de los 80 y en su recorrido va analizando las distintas etapas políticas y regímenes de gobierno que han marcado al Ecuador en su historia republicana. En el prólogo de la última edición que Cueva publicó en 1988, comentó que su libro “vino a llenar un vacío existente en la literatura histórico sociológica de la región” (Cueva, 1990, pág. 7). Ya que: “El Ecuador es probablemente el país menos entendido y analizado

de América latina”, en marcado contraste incluso, con Perú y Colombia “países andinos sobre los cuales existe mucha más literatura disponible” (Cueva, 1990, pág. 7-8).

En su libro se encuentra un análisis histórico de las luchas por el poder político en el Ecuador. Cueva abordó así la herencia del siglo XIX y recorrió las distintas etapas políticas y económicas que el Ecuador ha ido viviendo a lo largo del siglo XX, y a su vez desplegó las distintas formas de dominación política que el Ecuador ha experimentado. Así, es en el primer párrafo del capítulo I que es el punto de partida para el hilo conductor de la argumentación:

Inmediatamente después de la independencia del Ecuador, el pueblo supo hallar la frase justa para calificar la etapa iniciada con nuestra emancipación de España. Último día del despotismo y primero de lo mismo, se dijo, y el ingenio popular no se equivocaba, en la medida que tal acontecimiento no iba a significar, para las clases explotadas otra cosa que la sustitución del funcionario metropolitano por el encomendero criollo en varios órdenes de la vida nacional. Y así tenía que ser, puesto que la independencia ecuatoriana no fue producto de una auténtica revolución popular, sino tan sólo de una exitosa insurrección de los marqueses criollos contra la Corona, que mal podía generar un proceso de descolonización interna comparable a los llevados a cabo por los actuales movimientos de liberación del tercer mundo (Cueva, 1990, pág. 13).

Para Cueva, si bien la emancipación de la corona española no significó el surgimiento de una sociedad radicalmente distinta, sí fue el punto de partida para las transformaciones durante las primeras décadas de vida republicana, que dieron lugar a profundas brechas en la sociedad tradicional (Cueva, 1990). La estructura estamental que dejó la colonia se fue resquebrajando, y esto dio paso al surgimiento de nuevos fenómenos políticos y nuevas formas de dominación que Cueva buscó conceptualizar.

Durante la segunda mitad del siglo XIX se registraron marcados antagonismos entre las clases dominantes (ya en el sentido moderno) concentradas en las principales regiones del Ecuador: las de la Sierra con una economía y un comercio interno ligado a la producción agrícola y textil, y las de la Costa ligadas al comercio exterior, con las exportaciones de cacao, sal, madera y otros artículos. El resultado fue el marcado antagonismo entre una aristocracia-terrateniente de origen colonial anclada en la Sierra y una emergente burguesía-oligárquica anclada en la Costa.

La proyección de la Región Costa al mercado externo por el volumen de ventas de cacao que crecieron durante el siglo XIX significó la transformación de una economía basada

fundamentalmente en la agricultura de consumo doméstico a una economía cimentada en la agricultura de exportación. De modo que:

En efecto, en la costa, al mismo tiempo en que se desarrollaba una burguesía integrada por propietarios de plantaciones, grandes comerciantes y banqueros, y un núcleo pequeño burgués constituido por comerciantes de mediana escala, adquirirían también fisonomía propia los grupos campesinos compuestos ya no por siervos como en la Sierra, sino por asalariados agrícolas o trabajadores por cuenta propia (entre estos “montubios” reclutó sus huestes el caudillo liberal Eloy Alfaro), y aparecieron los primeros grupos subproletarios, surgidos en torno a las actividades portuarias de Guayaquil (Cueva, 1990, pág. 17-18).

A decir de Cueva, la hegemonía política durante el siglo XIX estuvo en manos de los terratenientes andinos que habían heredado la estructura económica, política e ideológica de la Colonia. Pero a principios del siglo XX esta estructura comenzó a resquebrajarse producto del conflicto existente entre la burguesía-oligárquica (que surgió de la agricultura de exportación con la que se comenzó a implementar un modo de producción capitalista en la región costeña), y la aristocracia terrateniente. De modo que, la región Costa se constituía en el siglo XX como el centro económico del Ecuador; sin embargo, a nivel político e ideológico en el país continuaban predominando las formas económicas, políticas e ideológicas correspondientes al modo de producción semifeudal. “Nos referimos al control del Estado por los terratenientes serranos y al predominio de su ideología conservadora-clerical” (Cueva, 1990, pág. 18).

A finales del siglo XIX y durante las primeras décadas del siglo XX estalló en el Ecuador la lucha por el poder político entre las clases dominantes de las dos regiones (Costa y Sierra). Esta lucha se manifestó en el antagonismo entre grupos conservadores afincados en la Sierra y grupos liberales afincados en la Costa. A su vez:

Tal lucha, que alcanzó su clímax en el último decenio del siglo pasado tuvo un primer desenlace con la revolución liberal de 1895, la cual, pese a no haber transformado sustancialmente la infraestructura económica del Ecuador, constituyó un verdadero hito histórico en la medida en que, al transferir el control del Estado a la burguesía agroexportadora, modificó significativamente las relaciones de poder (Cueva, 1990, pág. 18).

La Revolución Liberal de 1895 significó la conformación de un nuevo contexto político que, de acuerdo a Cueva, fue el marco que sirvió para el desarrollo histórico del Ecuador contemporáneo. La Revolución Liberal quebró la hegemonía política de los conservadores y el

clero e implantó la educación laica, gratuita y teóricamente universal. Es así como surgieron nuevos actores en el campo de lo político, “y así forjó el contexto favorable para el desarrollo de ciertos grupos medios, que hasta entonces y por sí mismos muy poco habían pesado en la vida nacional” (Cueva, 1990, pág. 19). Los grupos medios mestizos crecieron con la Revolución Liberal ligados a profesiones liberales como la Medicina, el Derecho y la carrera militar.³⁴

Para Cueva, la Revolución Liberal significó un estremecimiento político e ideológico y desde el enfoque histórico-conceptual es posible interpretar que este acontecimiento dio paso al surgimiento de la política moderna en Ecuador, ya que trajo consigo los principios del liberalismo europeo: “libertad de expresión y culto, laicismo como pauta de acción estatal, democratización de la cultura: he ahí los grandes principios institucionalizados por el liberalismo” (Cueva, 1990, pág. 19). También significó el surgimiento de partidos políticos en el sentido moderno, ya que surgen el partido liberal y el partido conservador, y posteriormente el partido socialista, tendencias ancladas a principios filosóficos e ideológicos que constituyen al Ecuador moderno.

Un elemento que Cueva analiza es que este ensayo de democratización y de modernización política de la sociedad ecuatoriana quedó incompleto y hasta frustrado, si se lo juzga a la luz de proyectos más radicales como la Revolución Rusa, misma que influyó a varios intelectuales ecuatorianos en las primeras décadas del siglo XX. Sin embargo, la Revolución Liberal:

aceleró en vastos sectores sociales la toma de conciencia de ciertos derechos y les implantó nuevas aspiraciones, contribuyendo de ese modo a la formación de un clima tanto más tenso cuanto que dicha democratización no estuvo acompañada de una transformación profunda de la estructura económica (Cueva, 1990, pág. 19-20).

Es crucial comprender estos acontecimientos y transformaciones, para entender la estructura de poder y las tensiones que caracterizó Cueva respecto a la sociedad ecuatoriana en el siglo XX. Prefiguran el surgimiento del fenómeno que se lo denominará como “populista”. Así pues, Cueva continuó con la tesis de su libro y plantea que:

³⁴ Agustín Cueva al respecto señala: Alfredo Paredes afirma que sólo “cuando el mestizo es algo más que peón artesano, empleado subalterno o soldado, cumplida la transformación de 1985, empieza a ser personaje de Historia”; y tiene razón, si por ello ha de entenderse que únicamente desde entonces algunos sectores mestizos pasaron a constituir una fuerza social autónoma. Hasta el siglo XIX, y en particular en la Sierra habían integrado una categoría étnica cuyo status ni siquiera fue definido con precisión, dentro de una estructura que enmascaraba su índole clasista bajo la apariencia de una división racial dominada por la oposición de “blancos” e “indios” (Cueva, 1990, pág. 19). Cabe señalar que existe un vacío en Ecuador en relación al estudio de las clases medias mestizas, su historia, desarrollo y presencia política, es algo que está pendiente en nuestra literatura sociológica.

El siglo XX se inició, pues, en el Ecuador, con fulgores que parecían aclarar el horizonte con una luz revolucionaria; más, tales destellos no tardaron en desaparecer como simples fuegos fatuos. La etapa heroica y popular del liberalismo “machetero”, que tantas esperanzas despertara, incluso entre los campesinos, terminó definitivamente en 1912 con la masacre de Eloy Alfaro y sus tenientes en la “hoguera bárbara” encendida en Quito por fuerzas derechistas. Los gobiernos que vinieron después, durante el período llamado plutocrático (1912-25), significan la consolidación del orden liberal-burgués y la decadencia total de la revolución (Cueva, 1990, pág. 20).

En consecuencia, pese a las limitadas transformaciones ocurridas en el siglo pasado con la Revolución Liberal y la posterior consolidación de una burguesía-oligárquica agroexportadora en las primeras décadas del siglo XX, esto trajo ciertos islotes de modernismo, que constituyeron las condiciones de posibilidad para la emergencia de grupos y actores sociales con la capacidad de cuestionar el precario orden liberal instituido en la República. Cueva identificó que entre los nuevos grupos y actores sociales surgió un proletariado constituido por quienes trabajaban en ciertos servicios modernos tales como los ferrocarriles y otros medios de transporte o las empresas de energía eléctrica y en las pocas industrias instaladas en el país a raíz de la Primera Guerra Mundial.

Hacia 1920 el proletariado alcanzó un grado relativamente elevado de organización que se manifestó con la creación de una central obrera nacional, que sería la expresión de la vanguardia de los trabajadores. También surgieron los sectores medios como grupos sociales independientes gracias a la democratización cultural impulsada por el liberalismo, con el acceso a la educación media y superior. Los sectores medios surgieron desligados de los grupos de poder incluso en pugna con ellos. Integrados básicamente por intelectuales y profesionales, que pasaron a ser portavoces de ideas socialistas y promotores de la insurgencia y la protesta.

La actitud de esta anti-élite, que contribuyó a la organización de las primeras agrupaciones obreras y teóricamente al menos, hasta llegó a aliarse con los campesinos indígenas, puede explicarse en el Ecuador por varias razones, pero sobre todo porque, como lo señalábamos en el primer capítulo, la revolución liberal aceleró notablemente la democratización política y cultural del país, más no en igual medida su democratización económica. De suerte que, cuando las primeras generaciones de extracción popular educadas bajo el régimen liberal irrumpieron en la vida nacional, se encontraron marginadas por una sociedad, todavía inelástica, no preparada para ubicarlas de acuerdo a sus aspiraciones (Cueva, 1990, pág. 26).

En 1922, en un contexto de crisis económica, la acción en conjunto de una clase obrera en pie de lucha y una clase media con aspiraciones de ascenso social, terminaron provocando una situación explosiva que terminará por echar abajo el régimen plutocrático-liberal. Así, el 15 de noviembre de 1922 se produjo la masacre de los obreros que protestaban en contra del gobierno liberal de José Luis Tamayo, en la cual cientos de obreros fueron masacrados y sus cuerpos arrojados al río Guayas.³⁵

Así, los acontecimientos que va narrando y explicitando Cueva van dando forma a una sucesión que va tejiendo el hilo conductor del libro, y que nos va mostrando al surgimiento de nuevos actores, fenómenos políticos y nuevas formas políticas de dominación. Entre ellas y como antesala al velasquismo-populista, se da en 1925 la llamada revolución juliana o reformismo juliano según como lo catalogó Cueva (1990).

El autor plantea que, frente a la masacre obrera los obreros y los intelectuales de clase media se quedaron sin posibilidad de acción, por lo que los oficiales militares de bajo rango aprovecharon la coyuntura de crisis económica e inestabilidad política para dar un golpe de Estado, que sin mayores contratiempos se llevó a cabo el 9 de julio de 1925. Los protagonistas de la revolución juliana declaran que esta revolución perseguía “la igualdad para todos y la protección del hombre proletario”.³⁶ Según señala Cueva, el uso de la palabra proletario por un soldado mostraba hasta qué punto la sublevación del 9 de julio tenía una inspiración izquierdista y una intención socializante que mostraba la alianza entre sectores proletarios y capas medias (Cueva, 1990). Pero el movimiento juliano reformista tuvo sus limitaciones y rápidamente se vino abajo y sucumbió ante la burguesía de la costa que rápidamente volvía a tomar el gobierno y el control del Estado, ya que:

como ocurrió con la revolución liberal, una transformación política que no modifica de manera radical la estructura económica está condenada a pactar con el adversario al que creyó derrotar; y los militares del 25 tuvieron que hacerlo más pronto que los liberales, por la razón simple de que la burguesía de la costa, que tomó el poder en 1895, disponía de una

³⁵ Sobre la masacre acontecida en Guayaquil puede verse la novela de Joaquín Gallegos Lara, titulada: *Las Cruces Sobre el Agua*, que narra la vida de los obreros, proletarios y subproletarios en Guayaquil y los acontecimientos ocurridos el 15 de noviembre de 1922.

³⁶ Cabe señalar como plantea Cueva que a diferencia de otros países de América Latina especialmente los del cono sur donde los militares procedían de las élites, en Ecuador como señala Ángel F. Rojas: “la profesión de militar, hasta nuestros días, sigue siendo de clase media casi exclusivamente. El gamonalismo de la Sierra y la oligarquía bancaria y comercial de la Costa permanecieron al margen de esta carrera” (Cueva, 1990, pág. 28).

base económica firme, de la que justamente carecía la clase media que captó el gobierno 30 años después (Cueva, 1990, pág. 30).

De modo que la revolución juliana, cuyo periodo de gobierno se extendió por seis años, significó el ingreso de las nacientes clases medias a la vida política. Las clases medias arrebataron el gobierno a la burguesía agromercantil, para abrirse campo en la política nacional. Varias de las reformas que se implementaron en el gobierno juliano le dieron mayor representación, participación política y mejoraron las condiciones socio-económicas de las clases medias, pero “nada de esto implicaba un cambio en las estructuras, ni modifica en algo siquiera la situación de las grandes masas desposeídas” (Cueva, 1990, pág. 34). Las clases medias sintieron alguna sensación de bienestar y se “embelleció” la vida de ciertos sectores urbanos que pudieron acceder a artículos de consumo. Sin embargo:

este “embellecimiento” no llegó, obviamente, más que a sectores minoritarios de la población. El resto, seguía tan miserable y abandonado como antes. “A este período de vida nacional le fue indiferente el indio”; por razones que oportunamente expusimos (alianza con los terratenientes serranos). Y le fueron indiferentes, asimismo, los sectores pobres no obreros de las urbes, quienes siguieron en situación de absoluto desamparo, esperando la llegada de un Mesías que no tardaría en venir. Pues ya en 1929, la voz de un *caudillo populista*, ídolo futuro de estos “olvidados” se hizo escuchar (Cueva, 1990, pág. 34).

La figura mítica de José María Velasco Ibarra hizo su aparición en el libro de Cueva caracterizado como un caudillo populista que busca representar a esas masas “olvidadas” de una nación que, según él, desde 1925 “no tiene una personalidad que comprenda el anhelo profundo e instintivo de las masas y las oriente, defina, conduzca con eficiencia, avanzando fatigosamente entre tanteos, innovaciones, retrocesos, envuelta en sombras, rodeada de abismos” (Velasco Ibarra, en Cueva 1990: 34-35).

Así, para 1930 la economía ecuatoriana se veía en medio de una nueva crisis producto de la caída de los precios del cacao y de un contexto internacional de crisis tras la gran depresión de los años treinta. Después de un período relativo de “bonanza” económica durante el periodo juliano la economía ecuatoriana mostraba su carácter dependiente, ya que el capitalismo mundial la arrastraba a una nueva crisis económica. En tales circunstancias:

El régimen nacido del movimiento “juliano”, que había basado su política en la redistribución de una parte de los beneficios de la burguesía agromercantil entre la clase

media, perdió toda funcionalidad. Al restringir las transacciones internacionales y nacionales, con cuyos gravámenes se financiaba el presupuesto nacional (principal instrumento de redistribución), éste tuvo que reducirse fatalmente (Cueva, 1990, pág. 36).

De modo que, la crisis económica no tardó en desatar una crisis política, en donde los terratenientes serranos vieron la oportunidad de recuperar la hegemonía perdida durante la Revolución Liberal. Ya durante el periodo “plutocrático” habían recuperado buena parte del terreno perdido y durante los años veinte y treinta consolidaron su poder local frente al contexto de crisis, que trajo el descontento popular, y debilitó el poder de la burguesía agromercantil. Los terratenientes serranos, para 1931, ante el desprestigio del partido liberal y el revés del reformismo juliano, se lanzaron con la ayuda de la iglesia a la reconquista del poder. Formaron un movimiento que se presentaba como democrático y de masas, con el cual postularon la candidatura del terrateniente Neptalí Bonifaz, quien ganó las elecciones meses más tarde. “Con ello, las fuerzas más oscurantistas de la patria se encontraban a las puertas del palacio presidencial, 36 años después de haber sido arrojados del mismo por los guerrilleros alfaristas” (Cueva, 1990, pág. 36).

Pero Bonifaz fue acusado por un grupo de legisladores en el congreso por no tener la nacionalidad ecuatoriana, sino la peruana, por lo que se planteó su descalificación. La situación política se volvió más grave y para el 26 de agosto de 1932 se produjo una insurrección. En Quito se desencadenó una guerra civil llamada de los “cuatro días” que terminó con la derrota de los conservadores. Las clases medias habían negado su apoyo a los conservadores, “ya que no tenían interés en que el control del Estado volviese a manos de un grupo de mentalidad aristocratizante y despótica poco dispuesta a satisfacer sus aspiraciones de promoción” (Cueva, 1990, pág. 39). Esta coyuntura de guerra civil produjo un callejón político sin salida, en el que los conservadores pugnaban por retomar su hegemonía, la burguesía liberal no se recuperaba del golpe que le significaron las transformaciones del régimen juliano y la crisis económica que le había producido el rechazo popular de las masas. Los sectores medios representaban el papel de “árbitros” a través del ejército. Sin embargo, Cueva ve que el Ecuador en los años treinta se encontraba en un momento histórico que empezaba a caracterizarse por la irrupción del subproletariado en la vida política nacional (Cueva, 1990).

Así pues, para 1932, se formó un gobierno provisional de colación entre la burguesía liberal y la clase media, para posteriormente convocar a elecciones en donde se dio el apoyo oficial al candidato liberal Juan de Dios Martínez, quien gozaba de rechazo popular pues había sido parte

del régimen “plutocrático” que había hundido a la economía ecuatoriana. Pero más allá de las pugnas por el poder entre liberales, conservadores y sectores medios, esta coyuntura significó para Cueva el surgimiento del fenómeno populista que nació de las entrañas mismas de la sociedad ecuatoriana:

La burguesía liberal había vuelto a cometer otro de sus acostumbrados fraudes, que esta vez de poco le serviría: el gobierno de don Juan de Dios iba a ser efímero, porque en el subsuelo de nuestra sociedad habían madurado los elementos capaces de llevar al país por un sendero hasta entonces imprevisto, el del *populismo* (Cueva, 1990, pág. 40).

El gobierno de Martínez Mera de raigambre oligárquica y plutocrática, afrontó desde un principio una gran oposición que encontró asidero en los sectores pobres urbano-marginales, sectores llamados despectivamente por las oligarquías como la “chusma”. La oposición “encauzará su malestar y concretará en forma de “patriotismo” su deseo vehemente, aunque no bien formulado, de integración social” (Cueva, 1990, pág. 40).

Esta llamada “chusma” categorizada por Cueva como subproletariado fue la base social del velasquismo, y se convirtió en un nuevo actor social, que tuvo su entrada en la vida política nacional, seducido por cierto tipo de líderes y de política. La emergencia de este nuevo actor da lugar a un contexto que Cueva caracteriza como crisis de hegemonía, que será la condición social de posibilidad de lo que Cueva denominará una solución populista a la crisis. Así pues,

en efecto, ese subproletariado encontró en 1933 su derrotero político en el populismo y su ídolo en José María Velasco Ibarra, fogoso orador que devino en jefe incontestado de la oposición a Martínez Mera, desde su tribuna de la Cámara de Diputados, a donde había sido llevado por el voto mayoritario de los antiguos “compactados” (Cueva, 1990, pág. 42).

De modo que, el populismo hace su entrada en la vida política nacional. Con Velasco Ibarra tendrá un éxito personal fulgurante, con una verborrea incendiaria y un dedo que azotaba como látigo a sus opositores, y con una campaña electoral “dinámica callejera y exaltada, prometía eliminar todos los privilegios de las oligarquías y los vicios de la república” (Cueva, 1990). Así, según lo relata Cueva, José María Velasco Ibarra mediante el diálogo directo con el hombre de la calle llegó a la presidencia de república del Ecuador, por primera vez en septiembre de 1934, con un triunfo rotundo en el que obtuvo el 80% del total de los sufragios depositados. Por consiguiente, Velasco triunfó con el apoyo masivo de la población, en un momento de evidente crisis de hegemonía. El caudillo alcanzó una “popularidad a escala nacional (no solo en Quito), las masas

no vieron en él al conservador, sino más bien la esperanza (luego frustrada) de una eventual transformación” (Cueva, 1990, pág. 43).

Sin embargo, la primera presidencia de Velasco Ibarra fue efímera y fugaz, pese a la enorme popularidad del caudillo. Cueva comenta que quizás su carácter vehemente le hizo “precipitarse sobre las bayonetas” como él mismo declaró posteriormente. Quiso poner a andar la maquinaria estatal, con la intención de multiplicar escuelas y colegios, y edificar obras de interés nacional. Pero demasiado confiado del apoyo popular e intolerante a la oposición en su primer mandato disolvió el congreso y se declaró dictador, el 20 de agosto de 1935 Velasco Ibarra fue desplazado del poder, sin que nada hicieran sus partidarios para defenderlo (Cueva, 1990).

El caudillo populista reapareció nuevamente en la escena política en 1944 y, tras el derrocamiento del gobierno del liberal radical Arroyo del Río, Velasco Ibarra fue llamado de su exilio en Chile para que asuma la presidencia del Ecuador, apoyado y aclamado por la Alianza Democrática Ecuatoriana, que fue como un frente patriótico formado por los partidos conservador, socialista, comunista y hasta una fracción del liberal. Tal como relata Cueva:

El caudillo, que de su exilio en Chile se había trasladado a Colombia, no tardó en ingresar al Ecuador, donde se le dispensó un apoteósico recibimiento. Las campanas repiquetearon a su paso por las ciudades del Norte; inmensas muchedumbres lo aclamaron por doquier; el cura y el comunista, el gamonal y el proletario, hombro con hombro, le dieron la bienvenida. Si en 1933 Velasco había aparecido como el apóstol del subproletariado, ahora en mayo de 1944, todos lo vivaron como redentor (Cueva, 1990, pág. 58).

Así, el caudillo populista fue proclamado como presidente del Ecuador el 31 de mayo de 1944 por la muchedumbre que se reunió en la plaza de San Francisco de Quito para recibir a su redentor, a su profeta que venía a castigar lo “perverso” y hacer que triunfe el “bien” sobre el “mal”. El caudillo, que se convierte en profeta aclamado por la muchedumbre, proclamaba una “revolución” que pondría fin al reino del “mal”. Cueva narra los hechos y muestra el entramado simbólico del regreso de Velasco:

“Ni el frío, ni la lluvia de aquel gris día quiteño fueron óbice para que se exteriorizara el entusiasmo de un inmensa y heterogénea muchedumbre, que convencida de que la hora de la justicia había llegado por fin. “El pueblo, los estudiantes, los hombres de izquierda que... participamos en el derrocamiento de Arroyo de Río, cabeza, símbolo de la corrupta oligarquía “liberal”, tuvimos, inicialmente, la ilusoria certeza de haber realizado una auténtica revolución popular y democrática”, declararían, 25 años más tarde, el dirigente

comunista José María Roura, quien participará activamente en las jornadas de mayo como líder estudiantil (Cueva, 1990, pág. 58).

Posteriormente, el caudillo es ratificado por unanimidad como Presidente de la República en la Asamblea Constituyente que fue convocada después del derrocamiento de Arroyo del Río. En este momento histórico Velasco Ibarra venía a representar y a la vez encarnar el clamor popular, y los deseos de justicia y de revancha de las clases sociales marginadas, de la “chusma” frente a las oligarquías corruptas y malévolas. Siguiendo esta línea argumentativa, Cueva planteó que el caudillo hacía eco del clamor general: “¿Será acaso que vamos a ser indulgentes y tolerantes? ¡No; ¡No; Los perversos serán castigados”, dijo y añadió: “Debemos crear todos una conciencia moral que haga imposible el retorno del mal...; sólo el bien es eterno, sólo el pueblo es el laboratorio profundo de bien y de la justicia” (Velasco Ibarra, en Cueva 1990: 58).

Sin embargo, Cueva llegó a plantear que para 1945 las contradicciones “internas” del velasquismo se volvieron patentes, ya que la situación económica del Ecuador no había mejorado y eso había traído el descontento entre algunos sectores sociales que comenzaban a distanciarse de la figura de Velasco Ibarra. Llegó a producirse un choque entre velasquistas y sectores de la izquierda, que produjo una fractura en el movimiento que había propiciado y apoyado el retorno de Velasco Ibarra al poder. Así pues, “la “revolución” comenzaba a hundirse, en verdad y su profeta clamaba en el desierto” (Cueva A., 1990, pág. 60). Velasco Ibarra se encontró con el problema del gobierno, que es el de gestionar el conflicto interno de la sociedad y hacer que coincidan intereses de grupos opuestos. Ante la imposibilidad de Velasco Ibarra para gobernar el conflicto, la llamada “Gloriosa del Mayo” comenzó a hundirse y con ello la posibilidad de redención y salvación que había prometido el caudillo, a su pueblo. De modo que, Cueva relata:

El conservador y el comunista podían haber estado acordes en derrotar a Arroyo, pero ya no estaban, ni podían estarlo, en cuanto a la manera de gobernar. Y menos todavía ahora cuando el común denominador del patriotismo herido por la derrota que nos infringieron en Perú (lazo momentáneo de unión entre las diferentes clases) había desaparecido, junto con el aparente hundimiento de arroyismo (Cueva, 1990, pág. 60).

Al final de su segunda presidencia, Velasco Ibarra entró en contradicción con la Asamblea constituyente, porque se buscaban limitaciones al poder ejecutivo y la creación de una estructura jurídica – política que frene el desarrollo de movimientos caudillistas-populistas. Al caudillo le molestó que quieran limitar los actos del ejecutivo y que se quiera robustecer a los partidos

tradicionales y las organizaciones de la sociedad civil como cámaras y sindicatos (Cueva, 1990). Velasco Ibarra ha sido retratado en el texto de Cueva como un líder carismático, que cosechaba sus éxitos entre los sectores no organizados de la sociedad, ya que su base era el subproletariado urbano marginal, por lo que Velasco no podía aceptar las limitaciones institucionales, por lo que terminaba siempre sus presidencias entre grandes enfrentamientos con los grupos organizados de la sociedad, que hacían oposición a su gobierno.

La relación de Velasco Ibarra con la izquierda tenía muchos matices. Si bien en un primer momento de su segunda presidencia muchos consideraron que la orientación del gobierno era de izquierda y hasta de inspiración marxista, para Cueva poco tiempo después su ideología conservadora terminó por decantar la orientación de su gobierno y el juego de fuerzas lo empujaban a la derecha. “Por lo demás es preciso reconocer que Ibarra, en rigor no engañó a la izquierda. Fueron los izquierdistas quienes se engañaron a sí mismos” (Cueva, 1990, pág. 61). De modo que, para Cueva el carácter del velasquismo terminaba siendo, de simple “mal menor” para la clase dominante.

Posteriormente para Cueva un signo inequívoco de la crisis fue el resurgimiento arrollador del velasquismo, que llegó a gobernar por tres ocasiones más al Ecuador. De 1952 a 1956 estará por tercera vez en el poder y será el único de sus mandatos que culminará. Para 1960 vuelve a ganar las elecciones (cuarta vez) y de forma rotunda frente al candidato de la élite. De ahí que:

En el plano político, uno de los síntomas inequívocos de la crisis fue, como en anteriores ocasiones, el resurgimiento del velasquismo. Si en 1952 el caudillo había ganado las elecciones por un estrecho margen, en 1960 su triunfo fue rotundo, comparable al de 1933 o a la apoteosis de 1944. Y es que el subproletariado ecuatoriano, inconforme con el *statu quo* pero incapacitado para hallar un camino revolucionario, volvió a ver en su “apóstol” una manera de oponerse simbólicamente al sistema, haciendo fracasar los planes del sector más “sensato” de la burguesía. Así que Velasco no tuvo dificultades en aparecer una vez más como el candidato de la “chusma”, frente a Galo Plaza, encarnación de la “cordura” burguesa “desarrollista” (Cueva, 1990, págs. 72-73).

En las elecciones de 1960 de la que será su cuarta presidencia, Velasco Ibarra tuvo como contrincante a Galo Plaza Lasso, representante de la élite hacendataria modernizante. Para Cueva, la campaña de Velasco Ibarra fue muy hábil, ya que supo canalizar el descontento popular hacia Plaza y además explotar la ola nacionalista que se vivía en América Latina en esos años, producto de la revolución cubana, que oponía la soberanía nacional a los intereses los “yanquis”

imperialistas. Velasco en su campaña llega a denunciar al placismo como cómplice de la explotación imperialista. El triunfo de Velasco Ibarra fue abrumador al movilizar nuevamente a su base social, el subproletariado urbano marginal “la chuma” como los llamaba Galo Plaza a los que votaban por Velasco. “Aunque esta vez Velasco triunfó en la mayoría de provincias del país, su baluarte fueron las de Guayas, Los Ríos y El Oro, que reunían al mayor número de “marginados” (Cueva, 1990, pág. 73).

La cuarta presidencia de Velasco Ibarra fue de muy corta duración, ya que la crisis económica que vivía Ecuador por esos años trajo un nuevo periodo de inestabilidad política. En esta vez para Cueva las clases dominantes optaron por la solución militarista a la crisis de hegemonía. De modo que, después del derrocamiento de Velasco en los años 60 se vivirá un período de sucesión de gobiernos democráticos y militares. Por último, en 1970 Velasco Ibarra ganó su última elección y gobernó al Ecuador por quinta ocasión. Su última presidencia terminó con el autogolpe de Velasco Ibarra y con la instauración de la dictadura militar nacionalista y revolucionaria de Guillermo Rodríguez Lara.

Como se viene sosteniendo, en la teorización de Cueva el populismo en el Ecuador aparece como una “solución a la crisis de hegemonía” en la lucha de clases, que conlleva a la vuelta personal al poder presidencial del líder originario de las masas subproletarias. Además, describe como el múltiple resurgimiento del velasquismo es la constante de la historia política ecuatoriano durante buena parte del siglo XX. Pero esta “solución populista” fracasa cada vez que vuelve al poder, ya que el liderazgo carismático de Velasco Ibarra es siempre inestable. “Esto le llevó a Cueva a develar el verdadero carácter del “velasquismo” ecuatoriano, más próximo al bonapartismo que a un proyecto genuinamente revolucionario y de izquierda” (Báez & Ouriques, 2016, pág. 10).

Este es el primer acercamiento conceptual a la problemática del populismo en la obra de Cueva. En esta primera teorización el uso de las categorías marxistas es clave para comprender el surgimiento del fenómeno velasquista en la historia política ecuatoriana. Pero la figura del carisma de Weber aparece en medio de las categorías marxistas, por lo que cabe preguntarse: ¿Qué lugar ocupa la teoría de la dominación de Weber en la comprensión de Cueva del fenómeno velasquista? y ¿cómo logra Cueva interrelacionar la figura del bonapartismo con la de la dominación

carismática? Estas preguntas nos permitirán ir reconstruyendo la teorización y la construcción del concepto del populismo en el *Ensayo de interpretación del velasquismo*.

A su vez, los ensayos de interpretación que componen *El proceso de dominación política en el Ecuador*, y en general la obra ensayística de Cueva están fuertemente influenciadas por la obra del marxista peruano José Carlos Mariátegui, y su célebre obra *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Para Andrés Tzeiman los escritos de Mariátegui constituyen el momento fundacional del marxismo latinoamericano, “en la medida que significaron una verdadera lección acerca de cómo la herencia teórica de Marx y Engels debía ser realizada en el análisis de las sociedades de nuestra región” (Tzeiman, 2017, pág. 44). Cueva, siguiendo a Mariátegui, realizó en sus ensayos una traslación de las categorías de los autores clásicos de la tradición marxista para interpretar la realidad ecuatoriana. Pero en la operación intelectual que él hace trata siempre de respetar la historia latinoamericana y a los sujetos que la constituyen en su heterogeneidad y particularidad socio-histórica.

2.2. El populismo en el Ensayo de Interpretación del Velasquismo

En la segunda parte del libro de Cueva se encuentra el conocido texto *El velasquismo: Ensayo de Interpretación*, donde se analiza en profundidad el fenómeno político que dominó y marcó la escena política ecuatoriana en el siglo XX de 1932-1972. Cueva mostrará en este ensayo, tal como interpretara Marx el bonapartismo, cómo la lucha de clases había creado las circunstancias y las condiciones que permitieron el surgimiento de la figura y liderazgo caudillista, mesiánico y el populismo de Velasco Ibarra.

Pero en este ensayo Cueva quiere demostrar que la crisis económica, y la crisis de hegemonía (descritas en la primera parte del libro) no bastan, por sí solas, para que surja una solución de tipo “populista” como la que representa el velasquismo. En la segunda parte del libro se dedicará a desentrañar el velasquismo e interpretarlo en su complejidad socio-histórica y en su dimensión mítico-simbólica. De modo que, el ensayo comienza con la afirmación:

El velasquismo constituye, a no dudarlo, el fenómeno político más inquietante del Ecuador contemporáneo. Baste recordar que Velasco ha logrado triunfar en cinco elecciones presidenciales y acaudillar un movimiento insurreccional (el de 1944), fascinando permanentemente a los sectores populares, pero sin dejar de favorecer desde el gobierno a las clases dominadoras. Sorprende, además, su habilidad para apoyarse en los conservadores y buena parte del clero sin malquistarse con los liberales ni descartar en

determinados momentos una alianza de facto con los socialistas y aun los comunistas (Cueva, 1990, pág. 129).

Cueva comienza preguntándose sobre la ideología de Velasco, ¿cómo encasillarlo ideológicamente? Este hombre se sentía ligado a una misión divina, y para él la tarea histórica era liberar a la naturaleza y la humanidad de su caos, consistía en pasar de la tiniebla a la luz (Velasco Ibarra, en Cueva 1990). Para interpretar el velasquismo y captar la experiencia conceptualmente, Cueva tiene como punto de partida la revisión de las condiciones materiales y la coyuntura socio-histórica y política que permitieron su emergencia. Con Velasco surge la política de masas contraria a la política tradicional de élites y de partidos de notables. La que, “sin atender contra los intereses de la dominación en su conjunto, fue adecuada al nuevo contexto” (Báez & Ouriques, 2016, pág. 23).

El contexto en el que surge la figura carismática de Velasco Ibarra conlleva lo que Cueva denomina una crisis de hegemonía, que desembocó en una especie de “vacío de poder” del cual emergió el velasquismo. Así pues, la comprensión conceptual del velasquismo pasa por entender la coyuntura socio-histórica y política, en la que:

(...) la paradoja de una situación que no había permitido la concentración de todos los elementos del poder social en una sola clase, sino que más bien los había distribuido en tres varias, al conferir la hegemonía económica a la burguesía agro-mercantil, hegemonía ideológica a los terratenientes de la sierra y la facultad de “arbitrar” con las armas a una oficialidad muy ligada a la clase media (...) (Cueva, 1990, pág. 130).

De modo que, la crisis de hegemonía que desemboca en una “vacío de poder” son para Cueva los primeros elementos que se deben tener en cuenta para una explicación apropiada del fenómeno velasquista. A esto se suma el marco de la crisis económica de los años 30. La crisis de hegemonía es una crisis estructural que conlleva un cambio en las formas de dominación que habían marcado la historia política del Ecuador hasta la llegada de Velasco Ibarra.

Pero a medida que Cueva ha ido indagando en la experiencia socio-histórica, se va dando cuenta que por sí mismas la crisis económica y la crisis de hegemonía no basta para explicar el surgimiento de una “solución populista”. Si el velasquismo termina por imponerse en el escenario político, es por el surgimiento de un nuevo contexto político y social en las urbes ecuatorianas a partir de los años treinta (Cueva, 1990). Lo que Cueva planea en el texto es que hay una crisis

sistémica en su conjunto, a la que se le añadía un contexto en el que se da una “situación de masas” con el que aparece un nuevo actor social, en el campo político.

Por lo que, para Cueva la “solución populista” significaba en cierta medida la democratización y politización de las masas excluidas, ya que se abría un espacio en el campo de lo político que permitía cierto grado de participación e integración de lo popular. Esto lleva a Cueva a caracterizar al velasquismo como un populismo.

Lo que había producido una “situación de masas” y la demanda de incorporación de las masas populares a la política fue para Cueva el éxodo rural a las grandes ciudades Quito y Guayaquil, producto de las crisis que se vivía en campo.³⁷ Pero todas esas masas que llegaban a las grandes ciudades iban a conformar los sectores urbano-marginales que cada vez se hacían más numerosos. Esto había creado una nueva área de tensión y conflictividad que se concentraba en el sector urbano-marginal. En su ensayo Cueva retrata esta “situación de masas” que no se reducía a los campesinos que emigraban a las urbes:

Por lo demás, este sector no se constituyó únicamente con dichos migrantes, sino también por el impacto de la depresión de los sectores populares urbanos que no gozaban de empleo estable, remuneración fija y un mínimo de garantías legales similares a las del proletariado. Los vendedores ambulantes, peones de obras, cargadores, estibadores y, en general, todos aquellos pequeños vendedores de bienes ocasionales que en nuestro país constituyen la mayoría de la población urbana pobre, o cayeron pura y llanamente en la desocupación o vieron reducidos sus ingresos y su campo de actividad de manera considerable (Cueva, 1990, pág. 133).

Estos “marginados” que constituían al subproletariado habían escapado del control clerical-conservador y al control ideológico de la burguesía liberal. Por lo que ninguno de los grupos dominantes pudo imponer su control político sobre este sector, ya que su situación los ponía al margen de todo mecanismo de control social tradicional (Cueva, 1990). Este es el argumento que toma Cueva para plantear las condiciones sociales de posibilidad que permitieron la inauguración del populismo en Ecuador, siguiendo la idea de que:

³⁷ El conjunto de cuentos que compone el libro *Los que se van*, redactado por Joaquín Gallegos Lara, Demetrio Aguilera Malta y Enrique Gill Gilbert, (que fueron parte de la generación de los 30, y de la corriente del realismo social literario), relata magistralmente las historias de todas esas masas campesinas que se ven forzados por la crisis a dejar el campo y emigrar a las ciudades.

este sector social quedó políticamente “disponible” y en espera de un redentor. Inconformes con su nuevo destino; paupérrimos a la par que psicológicamente desamparados; tanto más insumisos cuanto que en ellos ya no impactaban, con suficiente fuerza, los controles sociales tradicionales; pero incapaces, al mismo tiempo, de encontrar una salida revolucionaria, esos subproletarios no podían impulsar otra cosa que un *populismo* como el que Velasco inauguró y que, por supuesto, no ha sido el único en el Ecuador. La Concentración de Fuerzas Populares con base en los suburbios de Guayaquil, y otros movimientos de menor envergadura, responden a la misma situación y presentan infinidad de rasgos comunes con el velasquismo, aunque no hayan alcanzado como éste magnitud nacional (Cueva, 1990, pág. 134).

El populismo velasquista para Cueva tuvo su base social en aquellos sectores en los que el capitalismo dependiente los convertía en subproletarios, “marginados” de su situación social tradicional y lanzados a las precarias ubicaciones que les ofrecía una modernidad periférica. Las ciudades a las que llegaban estos sectores no podían incorporarlos económica, ni socialmente, por lo que se aglutinan como “masas disponibles” a la espera de un caudillo que llegue a representarlas y a darles voz en el campo de lo político.

El subproletariado que predominaba en las urbes ecuatorianas se convertirá en su base social de populismo, ya que para Cueva los partidos de izquierda marxistas y socialistas, solo se preocuparon por el ascenso social de las clases medias, y no por buscar adaptar el marxismo a las condiciones históricas sociales y políticas del Ecuador. Por lo que Cueva se pregunta hasta qué punto “el proyecto revolucionario marxista es tan flexible para adaptarse a una base predominantemente subproletaria sin convertirse en populismo puro y simple” (Cueva, 1990, pág. 136).

Para responder a esto, Cueva plantea que, en síntesis objetiva, el desarrollo del marxismo en Ecuador en la primeras décadas del siglo XX fue incipiente, ya que la constitución del “sujeto político revolucionario” en el contexto ecuatoriano era de subproletariado; “y el subproletariado es un grupo que, dada su ubicación económica y social se había prestado mal para una politización en sentido revolucionario, salvo en situaciones en que el proletariado ya haya creado un contexto apropiado (Cueva, 1990, pág. 136). Por lo que, la casi inexistencia del proletariado urbano hacía imposible que las condiciones para una revolución proletaria se de en el Ecuador. Es así que: “En circunstancias tan desfavorables, del subproletariado ecuatoriano devino la base de un populismo caudillista, mesiánico y asistencialista, que a sus ojos se presentaba como símbolo de la “voluntad

popular” y de desafío abierto a los proyectos más ortodoxos de dominación (Cueva, 1990, pág. 137).

Las contradicciones del orden social se manifestaron en una crisis de legitimidad de los proyectos de dominación. En este contexto, el velasquismo aparecía para los sectores dominantes como la solución más rentable a la crisis política. Pero el velasquismo vivía en una constante tensión con los sectores dominantes y los partidos políticos que los representaban (conservador y liberal). Esto se explica para Cueva teniendo en cuenta que el populismo velasquista como forma de dominación, representa que:

Ella se disipa teniendo en cuenta que la respuesta histórica concreta tendiente a la autoconservación del sistema nunca coincide de manera estricta con el proyecto particular de dominación de uno solo de los grupos hegemónicos (clase o fracción de clase). Por este hecho, el velasquismo adquiere complejidad y aparece como una fórmula no ortodoxa, casi bastarda de dominación, en la medida en que representa, por una parte, un compromiso entre los proyectos de dominio en competencia y, por otra, una adecuación del conjunto de ellos a las posibilidades objetivas de ejercerlo (Cueva, 1990, pág. 138).

Siguiendo la argumentación de Cueva, el ensayo nos va mostrando las distintas dimensiones del fenómeno velasquista, entre ellas su relación con las distintas clases sociales que conforman a la sociedad ecuatoriana. Fue posible analizar cuál era la relación con las clases dominantes, en tanto antagónicas al velasquismo, veían así en este fenómeno el mal menor y necesario a su vez para contener el conflicto, y asegurar la dominación. Por otro lado, la relación del velasquismo con las clases medias fue una relación tensa y compleja, por un lado, recibía apoyo de algunos sectores que permanecieron fieles al caudillo, tal como Cueva plantea:

Poco interesados en la realización de cambios estructurales, aunque insatisfechos con la dominación oligárquica, estos trabajadores por cuenta propia (pequeña burguesía propiamente dicha), han encontrado beneficiosa la política populista de construir escuelas, dispensarios médicos, carreteras, etc. Y, dada su extracción generalmente “mestiza”, han visto en el velasquismo una manera de desafiar simbólicamente a una sociedad aristocratizante en muchos aspectos, que antes los despreciaba en forma abierta. El caudillo les ha devuelto, como él diría, el sentido de su “dignidad humana” (Cueva, 1990, pág. 140).

Cueva ve la demagogia en el discurso de Velasco en su manera de exaltar a las profesiones de ciertos sectores de las clases medias como los choferes y los artesanos, que son despreciados y menospreciados por los sectores acaudalados. En su figura de profeta para Cueva, Velasco redime

psicológicamente a ciertos sectores medios-bajos que tienen un “doble pecado”: ser trabajadores manuales y ser mestizos. Así pues, la figura simbólica de Velasco significó la integración de estos sectores a la sociedad y a la política. En este mismo sentido, la relación con otros sectores medios se vuelve mucho más tensa y conflictiva, especialmente con los intelectuales y la tecno-burocracia que proceden de las clases medias.

Por otro lado, Cueva analiza las relaciones del velasquismo con los grupos de izquierda y argumenta que por lo general la mayoría de grupos de izquierda (socialistas, comunistas y marxistas) se manifestaron como anti velasquistas y combatieron al líder populista. Sin embargo, más de una vez en la práctica por razones tácticas apoyaron al caudillo directa o indirectamente.

La enorme popularidad de la que gozaba, había llevado a que los grupos y partidos izquierda se viesan tentados muchas veces por el caudillo, arguyendo que ellos no apoyaban al “líder”, sino a sus bases. De igual forma, algunos sectores de izquierda tenían la creencia de que el caudillo con sus caóticos gobiernos y su demagogia agravaría los conflictos sociales y contribuiría a elevar la efervescencia social. “En fin, no han faltado sectores de izquierda que, proyectando sus anhelos sobre la ambigüedad ideológica de este político dispuesto, según él, a acoger “los enunciados aceptables del comunismo”, han creído que con Velasco se puede avanzar, al menos, por el camino del reformismo y el nacionalismo” (Cueva, 1990, págs. 143-144). Esto para Cueva revelaba el carácter contradictorio, la desorientación y la diversidad de posiciones en la izquierda ecuatoriana.

Siguiendo con la argumentación Cueva intenta comprender la razón por la cual Velasco Ibarra terminaba siendo derrocado tantas veces, y la encuentra en que el caudillo en el momento en el que se agudizan las contradicciones sociales, siempre termina por pactar con algún sector hegemónico, sean los conservadores o los liberales, “o por apoyarse en el ejército y hasta tentar un golpe de Estado. Sólo que, al hacerlo, lanza a la oposición no sólo a los sectores organizados del pueblo, sino también a las fracciones de la clase dominante que no han entrado en el pacto” (Cueva, 1990, pág. 145). La izquierda también se movilizó en contra del caudillo a través de manifestaciones estudiantiles y huelgas obreras.

De modo que, Velasco terminó por ser defenestrado del poder varias veces, por los mismos grupos dominantes que le permiten gobernar hasta el punto en que Velasco no pongan en peligro su dominación. Entre tanto, atrapado entre pactos con los grupos dominantes, el caudillo termina

por perder el contacto con el subproletariado, que es su base social de movilización, y esto a su vez decanta en que: “lo abandona con tanta mayor facilidad cuanto que el eco mesiánico del discurso velasquista de la fase electoral se ha diluido ya. Solo y desamparado, el “apóstol” de las multitudes tiene que resignarse a partir” (Cueva, 1990, pág. 145).

Para Cueva el populismo velasquista está relacionado con un asistencialismo social, que satisfacía las aspiraciones inmediatas de su base social. La concepción de Velasco Ibarra del gobierno tenía que ver con ampliar servicios sociales tales como la vivienda, la educación y la atención médica. Frente a esto la oposición le reprochaba no haber tenido un plan de gobierno, que persiga un “coherente desarrollo económico”. Pero pese a esto, Velasco fue elegido cinco veces como presidente debido a que resultaba atractivo para el subproletariado, ya que:

Es comprensible que para las poblaciones “marginales” que viven en la más absoluta miseria y abandono, la posibilidad de encontrar trabajo en las obras por construirse o de contar con ciertos servicios haya sido más tangible que un abstracto plan desarrollista que, por lo demás, implica una visión a por lo menos mediano plazo, que no poseen esos grupos sumidos en una situación de inmediatez. Y, como lo insinuáramos ya, ¿qué puede significar la promesa —aún la verdadera— de cambios estructurales para esos subproletarios cuya experiencia social concreta se realiza precisamente en la periferia de las situaciones estructurales básicas del sistema? (Cueva, 1990, pág. 146)

Velasco dada su condición de intelectual siempre tuvo una aversión por la técnica, y tal actitud calaba entre los grupos subproletarios. Para entender esto Cueva caracteriza la mentalidad subproletaria con el concepto de *bricolage* que Levi-Strauss (2014) empleó para entender la lógica del pensamiento salvaje, opuesto al pensamiento de la técnica.³⁸ Cueva plantea que los sectores populares apoyaban a Velasco porque intuían que una “racionalización” capitalista de la sociedad ecuatoriana se haría necesariamente a sus expensas (Cueva, 1990).

Las bases subproletarias que habían dado origen al velasquismo, provenía de sectores rurales o semirurales, por lo que su mentalidad no correspondía con la mentalidad urbana “racionalizada”, término que Cueva emplea siguiendo a Weber. De modo que el caudillismo, que caracteriza a la política ecuatoriana, proviene para Cueva de la mentalidad rural y campesina. Su mentalidad, sus relaciones sociales y su cultura se han proyectado en el terreno político en forma

³⁸ Claude Levi-Strauss (2014) en su obra *El pensamiento salvaje* plantea el término de *bricolage* para entender la lógica del pensamiento salvaje, que él la denomina como la lógica de lo concreto, y que se contrapone al pensamiento lógico científico, ya que el *bricolage* se deriva del universo mitológico.

de caudillismo (Cueva, 1990). Así explica Cueva el origen y el predominio del velasquismo a lo largo del siglo XX, y su ligazón con la tradición caudillista, argumentando que:

Provenientes del campo o de la aldea, donde las instituciones y funciones tienden a encarnarse en los hombres concretos que las ejercen, mal cabía esperar que nuestros “marginados” se agruparan de inmediato en un partido y en torno a principios ideológicos, antes que alrededor de un caudillo con *carisma*. Al contrario, era normal que trasladaran a la urbe sus modelos de comportamiento sociopolítico (en este sentido, la urbanización del Ecuador ha implicado también un proceso de ruralización), y que tales modelos se conservasen en el nuevo contexto con tanta mayor fuerza cuanto menores eran las posibilidades objetivas de desarrollo doctrinario y organizativo (Cueva, 1990, pág. 147).

Continuando, Cueva analizará lo que denomina la amalgama ideológica de Velasco Ibarra. Para los intelectuales en su discurso había un “caos ideológico”, ya que el caudillo se declaraba un liberal-católico, y simpatizaba con algunas ideas del socialismo. El caudillo pretendía sacar de todas las tendencias e ideologías políticas aquello que él consideraba lo más valioso. Por lo que Cueva expresa que:

Fiel a estos propósitos, Velasco no ha tenido reparos en seguir proclamándose liberal a la par que católico, y hasta en poner de relieve su admiración por el socialismo: “He aquí, señores, lo que es el velasquismo: una doctrina liberal, una doctrina cristiana, una doctrina del socialismo”, ratificó en su discurso del 23 de noviembre de 1960. Ahora bien, lo asombroso no es que la mente individual de Velasco haya llegado a fabricar tal amalgama, sino el hecho social, él sí inquietante, de que esa mixtura ideológica haya tenido tanto éxito (Cueva, 1990, pág. 148).

Cueva explica la “mixtura ideológica” de Velasco tomando la tesis de que la sociedad ecuatoriana, como toda sociedad latinoamericana es dependiente, y esto ha implicado que no exista un formación histórico-social propiamente latinoamericana. Esto conlleva a que se necesite adaptar las tendencias ideológicas hegemónicas a la realidad particular de América Latina. Por lo que, tanto las ideologías teóricas como prácticas deben redefinirse, y este movimiento implica que se pierden las implicaciones y connotaciones que originalmente tuvieron en la formación social que las produjo. Por lo que la “mixtura ideológica” de Velasco muestra la “mixtura de la sociedad ecuatoriana”, que se manifiesta en el arte, la arquitectura, la literatura, la filosofía, y en las doctrinas políticas. Las doctrinas universales carecen de arraigo histórico en la sociedad, por lo que devienen en entidades equivocadas, con resonancias existenciales sumamente vagas. Esto conllevaba a que se interioricen ciertos modos de percepción de la realidad, que no son percibidos

como contradictorios entre sí, por parte de los individuos. Y así, para Cueva el éxito de Velasco está en que:

Velasco parece haber comprendido o al menos intuido estas evidencias y combinado sabiamente (en función de la dominación) los elementos ideológicos acumulados en nuestra sociedad. Del catolicismo ha tomado los modelos de percepción y los símbolos, que han devenido, respectivamente, la matriz ideológica y el repertorio semántico fundamental de su mensaje político; del liberalismo ha retenido una abstracta aspiración a la libertad y, del socialismo, un no menos abstracto anhelo de justicia social (del socialismo no científico, claro está). Reduciéndolos a principios equívocos, a sentimientos meramente formales, no ha tenido dificultad en volverlos compatibles. Después de todo, ¿por qué habrían de excluirse necesariamente un catolicismo definido como “bálsamo para los dolores e inextinguible luz en las tinieblas del humano destino”; un liberalismo que “se reduce” (sic) a “respetar la conciencia del hombre y su personalidad”, y un socialismo que no sería otra cosa que “un sentimiento de amor, de generosidad, de desprendimiento”, según Velasco Ibarra? (Cueva, 1990, pág. 149).

Así pues, con la caracterización de la experiencia velasquista, Cueva abordará la dimensión religiosa de la figura de Velasco Ibarra. Si bien Velasco no había tenido a la Iglesia como aliado político, y preconizaba la laicidad del Estado, y la no intervención de la iglesia en los asuntos estatales, para Cueva, Velasco había comprendido algo fundamental: “que el secular proceso de colonización católica había dejado huellas ideológicas indelebles en nuestra población y que a ese nivel convenía actuar” (Cueva, 1990, pág. 150). El éxito de Velasco radicaba en que se había opuesto a los clérigos de sotana, que, en ese momento para Cueva, ya no representaban ninguna autoridad para los sectores “marginales”, y él se había mostrado como un profeta, asumiendo la figura de un “apóstol” que había nacido del “fuero interno” de los sectores sociales marginados de la política. Cueva continúa con su análisis del velasquismo y mostrará la dimensión teológico-política del discurso de Velasco:

Examínese con detenimiento los discursos de Velasco y se constató que el caudillo jamás enfoca los problemas en términos sociopolíticos, sino desde un ángulo estrictamente religioso y moral. Aparte de sus múltiples afirmaciones en el sentido de que el problema del Ecuador es moral (cosa que no ha dejado de repetir durante cuarenta años de actividad política), su “doctrina” consiste en enfocar la problemática del país como resultado del enfrentamiento entre el “bien” y el “mal” (Cueva, 1990, pág. 150).

Para Cueva la visión religiosa de los problemas sociales que tenía Velasco la trasladó al campo de lo política y ese fue el enganche con los sectores populares subsumidos en la ideología

católica como herencia de la colonización española, que había implantado todas sus instituciones mítico-religiosas en los países que fueron colonias hispanoamericanas. Por lo que, la sociedad se encontraba impregnada por los modelos católicos de percepción de la realidad, y por toda su simbología y ritualidad religiosa. Cueva retrata la religiosidad católica de la sociedad ecuatoriana, como el sustrato mítico-simbólica del fenómeno velasquista, y que se manifiesta de la siguiente manera:

Pensemos, por un momento, en lo que tales símbolos pueden representar para nuestros campesinos. En la “tierra” y el “cielo”, por ejemplo, como verdad y espejismo. Y que, entre los dos, la práctica religiosa se ofrece como mediadora. Es ella la que colma el vacío de la tierra arrebatada con la ilusión de una Tierra Prometida; la que diluye la imagen del amo rubicundo en la ascética figura del hombre-dios sufrido; la que, trastocando símbolos, articula míticamente el amor, el látigo y la sangre, en una especie de cruel, confusa poesía. Es ella la que convierte al blanco martirizador, en la ceremonia momentánea, en objeto de martirio; la que por medio del ritual salva la distancia entre la realidad y su ideología; la que de la palabra hace brotar el Verbo, encarnación del carisma. De este modo, el poder terrenal se justifica. Nace de la pasión, del sacrificio de los oprimidos. Gracias a una serie de mediaciones míticas, el sistema se rescata, se bautiza cada día (Cueva, 1990, pág. 151).

De modo que, el catolicismo es la ideología que ha sujetado a los dominados del Ecuador desde hace siglos. Los subproletarios se vieron atraídos a la figura de Velasco Ibarra por su ideología religiosa, que se exterioriza en ceremonias y ritos teológico-políticos. Así, eligieron como sumo sacerdote a un caudillo que fuera la contra imagen del amo aborrecido y pareciera reunir, más bien, los atributos morales y hasta físicos del hombre ideal del religiosismo” (Cueva, 1990, pág. 151).

Por último, en su ensayo Cueva manifiesta la dimensión mítico-simbólica del velasquismo, sus contornos religiosos y la mitología que envuelve al caudillo. Para Cueva, en los actos políticos y en sus discursos Velasco realizaba verdaderos rituales a través de los cuáles el subproletariado manifestó su inconsciente, la figura mesiánica y distante del caudillo, es el correlato para el subproletariado (Cueva, 1990). Velasco no solo fue el profeta del subproletariado, fue considerado su sacerdote supremo, el enviado a sufrir y luchar por las masas desamparadas. Así, el caudillo aparece representado simbólicamente y Cueva describe de forma extraordinaria esa aura simbólica, mítico-religiosa que envolvía al caudillo:

De Velasco “profeta” y “apóstol” guardamos recuerdos muy precisos, que no pueden desprenderse del impresionante repiquetear de campanas que, mezclado a los ensordecedores vítores, constituyó el fondo sonoro de su triunfal arribo al Ecuador, en mayo de 1944. Magro y ascético, el caudillo elevaba sus brazos, como queriendo alcanzar igual altura que la de las campanas que lo recibían. Y en el momento culminante de la ceremonia, ya en el éxtasis, su rostro también, y sus ojos, su voz misma, apuntaban al cielo. Su tensión corporal tenía algo de crucifixión y todo el rito evocaba una pasión, en la que tanto las palabras como la *mise en scène* destacaban un sentido dramático, si es que no trágico, de la existencia. Comprendimos, entonces, que esas concentraciones populares eran verdaderas ceremonias mágico-religiosas y que el velasquismo, hasta cierto punto, era un fenómeno ideológico que desbordaba el campo estrictamente político (Cueva, 1990, pág. 152).

Tal vez, la idea más importante que plantea Cueva en la última parte del ensayo es que el fenómeno velasquista desborda el campo de lo político, llegando a los contornos del mito, señala que contiene una dimensión religiosa en donde las concentraciones populares de Velasco se convierten en ceremonias mágico-religiosas.³⁹ Para Cueva esta dimensión religiosa que se manifiesta en las concentraciones populares de Velasco, y en sus discursos que parecerían huecos y demagógicos, en otros sectores sociales, han impresionado, en especial a los desamparados ansiosos de sentirse integrados a la sociedad y de reivindicar, aunque sólo fuera una abstracta, “dignidad humana”. De modo que, Velasco ha sabido encarnar simbólicamente el papel de padre de esos marginados, que no tienen más refugio en el mundo que la protección de Dios y la Virgen (Cueva, 1990).

Por lo demás, el éxito de Velasco para Cueva radica en que sabía explotar el modelo “paternalista” de la religión, y el de las prácticas rurales tradicionales que tienen incorporadas los sectores urbano-marginales, representación del mundo, de la sociedad y de la política. Además, Cueva relata que Velasco era descrito por los periodistas como un hombre que desempeñaba un papel dramático, que sonreía poco, “Magro y austero como un cura de aldea” (Cueva, 1990). A través de sus palabras Velasco pretendía encarnar el drama del pueblo ecuatoriano. El aura mítica de caudillo mesiánico revestía toda su vida, desde su exilio en Colombia de donde se dice que llegó sin un centavo en el bolsillo, hasta su exilio en Argentina, donde vivió peripecias económicas,

³⁹ Incluso podemos relacionar lo que plantea Cueva con la idea de Durkheim (2012) en *Las formas elementales de la vida religiosa* de que durante las celebraciones religiosas los clanes reunidos generaban un estado de efervescencia colectiva, de emociones exaltadas, que servían para refrendar la pertenencia a un grupo y la vigencia de sus simbolizaciones.

situación que lo llevará al punto de que por subsistir tendrá que vender sus medallas y condecoraciones, así tal como Cueva lo retrata:

En cuanto a la pobreza del “profeta”, ella también ha sido elevada a un plano mítico, o por lo menos colocada en el nivel de una leyenda que empieza con el relato de una anciana que aseguraba haberlo visto volver de su primer exilio con el mismo vestido con que partió, y termina con la afirmación del propio Velasco en el sentido de que, pese a su amor por las piezas trágicas y dramáticas, se privó de verlas en el Teatro Colón de Buenos Aires, debido al alto costo de las entradas (Cueva, 1990, pág. 154).

Velasco ha explotado su leyenda y ha declarado repetidamente su desapego al dinero y las cosas mundanas, declarando su amor a los ideales, y recordando que su combate es por el ideal de una sociedad libre y justa. En sus palabras evoca su ideal: “No busco nada para mí. No busco el bienestar y el dinero. Quiero seguir siendo pobre para tener el alma revolucionaria” (Velasco Ibarra, en Cueva 1990: 154). De modo que, se retrata cómo se ha construido toda una mitología en torno al velasquismo, que ha envuelto al caudillo en su aura religiosa, supraterrrenal.

Para concluir su ensayo de interpretación del velasquismo, Cueva da algunas pistas para comprender el surgimiento del populismo velasquista y cómo este fenómeno logró marcar por cuarenta años la vida política ecuatoriana. Primeramente, nos dice que no es cuestión de reducir el velasquismo a un simple fenómeno de caudillismo, el fenómeno no es reductible a la personalidad del líder, sino que es un hecho social total y complejo, profundamente arraigado en la particularidad histórica de la formación social ecuatoriana. Esta particularidad se define por la situación de dependencia, sin esta condición de dependencia resultaría imposible explicar este fenómeno político que surge en el momento en que la crisis capitalista mundial sacudió la frágil estructura de una sociedad articulada a una economía de agroexportación. “La crisis trajo el efecto de acentuación de ciertas contradicciones internas específicas, originadas en la profunda heterogeneidad estructural de la sociedad ecuatoriana” (Cueva, 1990, pág. 156). Cueva logra así caracterizar el contexto político que dio origen al populismo velasquista, que aparece como una fórmula de “transición”, y lo contrasta con otras experiencias populistas de la siguiente manera:

Dada la importancia que aún seguía teniendo el modo de producción servil a nivel nacional, fueron las fuerzas sociales arraigadas en él las que resurgieron en el primer plano de la escena política al amparo de la crisis de 1929. Así que el velasquismo no nació como una fórmula de arbitraje entre burguesía industrial y oligarquía agroexportadora, ni como instrumento de manipulación del proletariado naciente, como parece ser el caso de los

populismos argentino y brasileño, sino como una fórmula de “transacción” entre una burguesía agromercantil en crisis y una aristocracia terrateniente todavía poderosa y, en otro plano, como un medio de manipulación de unas masas predominantemente subproletarias. Después, el velasquismo continuó desarrollándose como factor de equilibrio precario entre los intereses de una clase dominante, en su conjunto débil y fraccionada hasta el extremo, a la vez que como expresión completa de aquel fenómeno de “marginalidad”, consecuencia inevitable, tanto de la crisis y avatares del modo de producción capitalista predominante, como de la conflictiva articulación de éste con la economía mundial y con los sectores precapitalistas nacionales. Por ello, aun a nivel ideológico, el velasquismo representó una combinación de elementos estructurales heterogéneos, amalgamados al calor de una demagogia mistificadora (Cueva, 1990, págs. 156-157).

Cueva termina su ensayo afirmando que el velasquista estuvo ligado a un momento preciso de la historia ecuatoriana y que su agotamiento como fórmula para perpetuar las condiciones políticas-ideológicas de la dominación, al menor costo social, fue más allá del antagonismo en torno a la figura del caudillo (Cueva, 1990). El fin del velasquismo y de su populismo corresponderá, para Cueva, con la extinción de la coyuntura histórica que lo engendró, y con el agotamiento de la “lógica del mal menor”, que resurgía en cada momento histórico en el que volvía el velasquismo al poder, unido eso a un mayor nivel de conciencia y organización que fueron adquiriendo las masas en la vida política.

De esta manera, Cueva acude al concepto de populismo para construir la categoría sociológica con la cual va a interpretar el velasquismo. El enfoque histórico conceptual nos hace ver este doble juego del populismo como categoría y como concepto histórico, es decir, articulado a una estructura socio-histórica concreta. Cueva interpreta al populismo dentro de una estructura concreta: el velasquismo, que no deja de repetirse en diversos contextos y coyunturas socio-históricas. Cueva capta un componente conceptual en el “populismo velasquista”: una estructura originaria que reaparece en momentos futuros, y que vuelve constantemente haciendo que la historia se repita. Además, Cueva capta otro componente conceptual del “populismo velasquista”: el caudillismo, que conjuga esta forma de liderazgo en su fórmula “populismo caudillista”.

Así pues, la perspectiva histórica conceptual nos permite con sus herramientas heurísticas reflexionar sobre la estructura temporal del “populismo velasquista”, entre pasado, presente y futuro. Pensar el concepto vinculado con la historia social de la cual es índice y factor implica considerar de qué manera el pasado se temporaliza en los conceptos modernos, clasificando el

pasado como etapa inferior o superada. Se puede ver esta tensión temporal propia del concepto en la conjunción de la categoría sociológica construida por Cueva.

2.3. La crítica al mito del populismo velasquista

En 1980 aparece el libro de Rafael Quintero *El mito del populismo*, que generará un gran debate en torno a la interpretación que hizo del fenómeno velasquista en Ecuador. Para los años ochenta la literatura en torno al velasquismo era escasa. Por lo que, en palabras del autor, el libro venía a llenar un vacío existente en la literatura sociológica e histórica ecuatoriana. Su principal interés es cuestionar el paradigma interpretativo dominante en la sociología latinoamericana. El libro de Quintero se presenta como crítica al mito que habría construido la sociología latinoamericana en torno al denominado “populismo”, y tiene a su vez la pretensión de “afianzar las bases para una sociología histórica que tanta falta nos hace en América latina” (Quintero, 2004, pág. 10).

Quintero busca comprender y explicar el surgimiento del llamado velasquismo y de la figura de José María Velasco Ibarra sin recurrir al concepto de populismo, que fue usado por la sociología latinoamericana para explicar el surgimiento de líderes nacional-populares durante la primera mitad del siglo XX en todo el continente. Frente a esto Quintero planteó la idea de que la sociología latinoamericana no ha podido dar una explicación auténticamente científica de la realidad histórico-social; lo que ha hecho es crear mitos y mitologías que deben ser denunciadas para salir de la especulación y la teorización apriorística, sin asidero en la realidad (Quintero, 1997). El libro busca denunciar lo que él denomina “el mito del populismo” en la sociología ecuatoriana y latinoamericana.

En su libro Quintero realiza una reconstrucción de un periodo de la historia política del Ecuador, que va desde la Revolución Liberal de 1895 a 1933. Este último es el año del primer triunfo electoral de Velasco Ibarra. La intención del autor es analizar la constitución y el carácter del Estado ecuatoriano en un momento histórico específico. Así, en *El mito del populismo*, el autor busca escapar de las vagas generalidades con las que la Sociología ecuatoriana habría estudiado la historia política y el velasquismo (Quintero, 1997).

Quintero busca captar el proceso histórico específico que marcó la llegada de Velasco Ibarra al poder en 1934. Para esto el autor parte de un análisis empírico: a través de métodos estadísticos de análisis electoral (hasta ese momento no habían sido utilizados para analizar la historia política del Ecuador). De esta manera, a partir del análisis electoral, se sitúa que la llegada

de Velasco Ibarra al poder fue producto de la lucha política entre clases dominantes, fracciones de clase y partidos políticos.

A partir de la recopilación de datos empíricos y de hechos históricos el autor busca mostrar el carácter y la forma que el Estado ha asumido en el Ecuador en cada momento específico de su historia política. Así, Quintero muestra que el Estado en Ecuador, en las primeras décadas del siglo XX, pese a haberse dado la Revolución Liberal no es ni de lejos, un Estado burgués capitalista, ni una república democrática (la forma política más elevada del Estado capitalista), ya que no se logró consolidar en ese momento histórico la separación entre el Estado y la iglesia. Tampoco había una sociedad civil, ya que no existía una autonomía del campo de lo político.

En la última parte del libro, Quintero aborda la problemática del velasquismo y en base a una documentación de archivo rigurosamente seleccionada busca desentrañar el surgimiento de la figura de José María Velasco Ibarra en el año 1933. Y se problematiza el planteamiento del ensayo de Cueva en donde se afirmaba que el velasquismo había sido un “populismo” surgido gracias a un nuevo sector social; el “subproletariado” urbano marginal que era producto de la crisis de los años treinta, y que se había convertido en la base electoral de Velasco Ibarra para llegar al poder en cinco ocasiones. Además, se cuestiona la tesis de Cueva, de que el arrastre electoral de Velasco se atribuía a su “carisma”, a su figura ascética y verborrea demagógica, ceremoniosa y distante (Quintero, 1997). Quintero plantea que esta interpretación había construido toda una mitología en torno al llamado populismo velasquista, que había impedido que se analice el fenómeno de forma científica y objetiva. Así pues, el principal planteamiento de la última parte del libro es estudiar el fenómeno “velasquista” dejando a un lado lo que él denomina la “Sociología retórica”, que se basa en la especulación y el subjetivismo:

En efecto, por más de una década ha perdurado en el Ecuador un consenso que atraviesa todas las gamas del pensamiento social. Arraigado en una argumentación tendiente a interpretar “el fenómeno político más importante del Ecuador contemporáneo”, el atributo a esa rareza consensual lo ha dado la individualidad histórica del más conspicuo presidente de los últimos 45 años: el Dr. José María Velasco Ibarra. Y su apelativo proviene de la Sociología latinoamericana de los años sesenta. Se trata, no hace ni falta insinuarse, del consenso existente en torno al llamado “populismo velasquista” (Quintero, 1997, pág. 25).

Para Quintero, lo que habían hecho en la década de los sesenta los sociólogos ecuatorianos encabezados por Agustín Cueva, es tomar la corriente de la Sociología latinoamericana que

difundió el concepto de populismo para definir el carácter de los regímenes presididos por Juan Domingo Perón en Argentina, Getulio Vargas en Brasil y Lázaro Cárdenas en México y aplicarla al caso ecuatoriano para definir al “velasquismo” como una variante más del populismo latinoamericano (Germani, Di Tella, & Ianni, 1973). Tomando el modelo teórico y analítico construido por Gino Germani y Torcuato di Tella para estudiar el caso del peronismo en la Argentina, los sociólogos ecuatorianos habían trasladado ese modelo de análisis para estudiar el “velasquismo” en el Ecuador. Así:

Teniendo como telón de fondo las experiencias de Argentina, Brasil y México, fundamentalmente, y apoyado en el modelo analítico de Gino Germani, Torcuato di Tella define al *populismo* como un movimiento político de amplio respaldo popular con participación de sectores sociales no obreros, y sustentador de una ideología anti statu-quo. Como tal el movimiento popular carece de poder organizativo autónomo y el fenómeno exhibe “tres nexos de organización” o fuentes de fuerza: a) una élite ubicada en los niveles medios o altos de la estratificación que esté a su vez provista de motivaciones anti statu-quo; b) una masa movilizadora formada como resultado de la “revolución de las aspiraciones crecientes”, y c) una ideología o un estado emocional difundido que favorezca a la comunicación entre líderes y seguidores y cree un “entusiasmo colectivo”. En algunos casos, añade di Tella, “el carisma personal del líder presidente es importante” (Quintero, 1997, págs. 26-27).

Por consiguiente, para Quintero fue el modelo analítico de Germani y Di Tella⁴⁰ el que influyó a los sociólogos ecuatorianos para la interpretación del “velasquismo” como una variante de los “populismos”, que habrían aparecido en América Latina a raíz de la crisis de los años 30 (Quintero, 1997). De igual forma, Quintero identificó al mexicano Octavio Ianni con otro de los autores que habría influenciado a los sociólogos ecuatorianos para interpretar al “velasquismo” como un “populismo”, ya que él había desarrollado la tesis de que la crisis capitalista de los años 30 había traído una ruptura estructural con las formas oligárquicas de dominación y el surgimiento del populismo como un movimiento reformista de masas, en base a alianzas multclasistas entre la burguesía industrial y el proletariado industrial (Germani, Di Tella, & Ianni, 1973). Además, Quintero plantea que el propio Ianni: “Concedor ya de una obra sociológica en la que se caracterizó al ascenso de Velasco Ibarra al poder en 1934 como un fenómeno “populista”, pone a

⁴⁰ Cabe anotar que Cueva nunca menciona ni citas a estos autores en su *Ensayo de interpretación del velasquismo*, además, él menciona que cuando escribió ese ensayo su conocimiento de la sociología latinoamericana no era muy amplio, sin embargo, pudo haber estado influenciado por ciertas categorías que comenzaron a surgir y difundirse en ese momento para explicar el surgimiento de movimientos nacional populares.

prueba su conocimiento histórico sobre Ecuador al identificar al “velasquismo” como uno de los populismos latinoamericanos” (Quintero, 1997, pág. 28).

Otro de los autores que habrían influenciado a los sociólogos ecuatorianos según Quintero fue Francisco C. Weffort quien había estudiado la experiencia del populismo brasileño.⁴¹ Este politólogo brasileño planteó la tesis de que el populismo latinoamericano había sido la expresión del período de crisis de las oligarquías, y que había abierto un período de democratización del Estado con la irrupción de las masas populares en vida política, y que a su vez esta nueva forma política tenía que apoyarse en un nuevo tipo de autoridad. Weffort había planteado que el “líder populista” juega un rol de “árbitro” en este proceso, apoyándose para esta interpretación en la teoría weberiana del “líder carismático”. Para Quintero, al igual que el modelo analítico de Germani y Di Tella y la interpretación de Ianni, el esquema de Weffort fue clave para la interpretación del “velasquismo” como una variante del populismo latinoamericano.

Así pues, Quintero realiza una crítica al esquema interpretativo que tomaron los sociólogos ecuatorianos: cuestiona el no haber determinado el contenido específico del concepto que empleaban para definir teóricamente lo que denominaban como “populismo” (Quintero, 1997). Al hacer un uso tautológico del concepto para pensar la experiencia “velasquista”, los sociólogos ecuatorianos habían caído en generalidades y esquemas a priori que impedían comprender la experiencia en su particularidad. Por lo que, a decir de Quintero, la raíz de la confusión y el malentendido en torno al denominado “populismo velasquista” está en la interpretación que Cueva hizo del velasquismo en sus obras. Tal como lo señala:

Tanto en sus artículos originales como en sus publicaciones más recientes sobre el Ecuador, Agustín Cueva, después de señalar algunas características de la crisis de los años 20 e indicar que Velasco Ibarra ganó abrumadoramente en las elecciones presidenciales de 1933, ha caracterizado su ascenso al poder como una respuesta “populista” ante una crisis tanto económica como política, es decir de hegemonía. La mención del “populismo” que se encuentra en las obras de Agustín Cueva se hace *pari passu*, en el tratamiento de otros rasgos del problema investigado: el “velasquismo”. Es decir, no encontramos en su obra una elaboración teórica extensa, ni mucho menos, sobre el carácter “populista” del fenómeno (Quintero, 1997, pág. 29).

⁴¹ De nuevo, Cueva tampoco cita a este autor en su *Ensayo de interpretación*, pero al ser contemporáneo de todos estos autores que en ese momento escribían sobre el populismo latinoamericano su interpretación pudo haber estado influenciada por las categorías que comenzaron utilizarse y difundirse entre los sociólogos latinoamericanos.

Además, Cueva planteaba que el “populismo velasquista” respondería a las condiciones “objetivas y subjetivas” de un grupo social específico: el subproletariado urbano-marginal. Quintero cuestiona esta tesis, para él, Cueva nunca se cuestionó, ni le ocupó ninguna duda de que la “base social del velasquismo” había sido siempre fundamentalmente el subproletariado urbano-marginal (Quintero, 1997, pág. 30).

Para Quintero, estas tesis planteadas por Cueva en torno al llamado “populismo velasquista” habían sido unánimemente aceptadas por la sociología ecuatoriana. Así, se había convertido en un lugar común a partir del esquema de interpretación sociológico planteado por Cueva para estudiar el periodo histórico correspondiente al velasquismo. Esto conllevaba a que resulte muy complicado plantear una nueva problemática para estudiar el llamado “velasquismo”.

Para Quintero es preciso hacer un análisis de las condiciones “objetivas” (político-electoral) que permitieron el surgimiento de la figura de José María Velasco Ibarra. Para ello en su libro realiza un análisis del carácter del Estado ecuatoriano dentro de una determinada estructura social y periodo histórico, y a su vez realiza un análisis de alianzas de clases y de la lucha electoral entre los partidos políticos que representan a las distintas tendencias e ideologías políticas. De igual forma, plantea que, el concepto de bonapartismo y cesarismo sería muchísimo más útil para comprender la experiencia velasquista, y la forma de dominación política que expresa, antes que el de “populismo”, que es vago e impreciso ya que basa su análisis y caracterización, no en el materialismo histórico, sino en el subjetivismo weberiano del “carisma del líder”. Cueva también utiliza el concepto de bonapartismo en su análisis para teorizar el velasquismo, pero lo plantea como una expresión del populismo. La diferencia es que Quintero busca disociar la experiencia velasquista de la palabra populismo, y plantea que:

Esta tesis, repetida mil veces, se ha vuelto una de esas “verdades” para cuya demostración ha bastado la referencia objetiva y puntual a las muchas fuentes existentes en la sociología contemporánea. En efecto, incluso a nivel de la autoconciencia que sobre la realidad social del Ecuador tienen amplios sectores ciudadanos, el populismo velasquista se presenta como parte de un “saber” sociológico manejado profusamente (Quintero, 1997, pág. 34).

El ensayo de Cueva sobre el “populismo velasquista” había constituido para Quintero un intento de relacionar algunos hechos históricos con un determinado movimiento político. Al punto que: “El gran mérito del trabajo consistió en haber planteado el problema en términos de clases sociales y de lucha política” (Cuvi, 1977). Pero el problema específico en la interpretación de

Cueva del velasquismo, para Quintero, era de orden epistemológico, ya que el modo de plantear la problemática era erróneo. En este sentido afirma que:

Los científicos sociales tienen la obligación de buscar las raíces de los fenómenos sociales en las relaciones de producción, y de vincularse con los intereses de clases determinados: deben formular esas desideratas como “deseos” de determinados elementos y clases. Solo así puede evitarse que las teorías sociológicas sean utilizadas, como apunta el mismo autor citado, para teorizar por encima de las clases. Y con el ensayo de Agustín Cueva hay múltiples problemas que se presentan a este respecto, problemas que son ineludibles, por cierto (Quintero, 1997, pág. 35).

Por lo tanto, para Quintero la interpretación de Cueva del velasquismo cae en serios problemas epistemológicos. En concreto identifica dos: 1) la conceptualización de su interpretación del fenómeno adolece de ambigüedades, ya que nunca llegó a conceptualizar el populismo de forma concisa, 2) la realidad social que Cueva interpretó, no fue adecuadamente aprehendida para el análisis, razón por lo cual, Quintero plantea una ruptura con la problemática que había difundido Cueva con su ensayo de interpretación del velasquismo.

Así pues, para Quintero el uso del concepto “populismo” para estudiar los orígenes del velasquismo había trastocado los términos de una investigación científica. Los sociólogos ecuatorianos al trasladar las nominaciones conceptuales de la Sociología latinoamericana de los años sesenta, creadas para clasificar como “populista” a las distintas experiencias y movimientos políticos que aparecieron en Argentina, Brasil y México, tras la crisis de los años treinta, privilegiaron la nominación conceptual por sobre la investigación científica y empírica. “La hipótesis se convertía así en tesis sin pasar previamente por las etapas requeridas de una investigación” (Quintero, 1997, pág. 36).

Por lo que, si alguien conoce modestamente la historia latinoamericana, la comparación entre las sociedades argentina, brasileña y mexicana con la ecuatoriana de los años treinta le parecerá de una comodidad ingeniosa (Quintero, 1997). Las sociedades donde habría aparecido el populismo eran las sociedades más avanzadas en términos del desarrollo del capitalismo, mientras que el Ecuador era de los países más atrasados de la región en términos de desarrollo del capitalismo. Por lo que, para Quintero:

salta a la vista que para los años treinta, mientras en esos países, de mayor desarrollo capitalista, se determinaban a veces alianzas favorables a la industrialización, al

desarrollo económico autónomo, e incluso el bienestar social de determinados sectores de masas, con el ascenso al poder de elementos aglutinantes como Getulio Vargas, en Brasil (1934), Cárdenas en México (1934), y más tarde en Argentina con Perón (1944), no puede menos que sorprender que el Ecuador, país tan poco desarrollado en términos capitalistas, se haya anticipado a los más desarrollados países latinoamericanos en el apareamiento de una “política populista” en 1933 que supone, según la misma teoría utilizada, la existencia de un proyecto burgués más avanzado que el proyecto “oligárquico tradicional”. Toda la historia del Ecuador protesta contra la idea de tal comparación (Quintero, 1997, págs. 36-37).

Así pues, este error comparativo no se resuelve para Quintero planteando que el “velasquismo” surgió como un populismo “original” o “atípico”, por el contrario, esto genera mayor ambigüedad al concepto. Si se mantiene que entre los movimientos políticos que tuvieron como signo a Perón, Cárdenas, Vargas y Velasco Ibarra, existe un “rasgo en común” se debe demostrar cuál es ese rasgo en común para calificarlos como “populistas” (base social, representación de clase, contenidos económicos), sino se demuestra cuál es ese “rasgo en común”, se escamotea el problema y se cae en el nominalismo, asumiendo que el rasgo común entre ellos es precisamente su “populismo”. Por ello, los que estudian el velasquismo como una variante del “populismo latinoamericano”, carecen de una definición precisa del concepto que emplean para estudiar dicha experiencia. Y si se termina afirmando que la utilidad del concepto está precisamente en su ambigüedad, se está renunciado a la labor científica (Quintero, 1997). De este modo, Quintero propone que:

Es evidente entonces que para lograr una explicación del fenómeno que nos ocupa debemos rechazar todo acoplamiento de criterios tomados apriorísticamente de una supuesta experiencia común latinoamericana, en que se enfatizan diversos rasgos secundarios para comparar y caracterizar como “populistas” a movimientos políticos de naturaleza harto disímiles y abandonar todo ese mecanismo tan en boga en nuestra sociología que hace de Velasco Ibarra un “representante de la oligarquía”. Tal simplismo debe ser superado por un análisis que determine, en primer lugar, las condiciones estructurales o económicas en las que se apoyaba la sociedad, pues el ascenso de Velasco Ibarra al poder en 1934 no puede ser entendido sólo en relación a las condiciones particulares del Ecuador a principios de los años treinta. En segundo término, por un examen que determine la alianza de clases o fracciones de clase de la cual Velasco Ibarra fue el signo de su representación y, por último, por una investigación que establezca la relación de fuerzas en la sociedad civil, de las diversas clases o fracciones de clase, tanto dentro de la misma alianza que lo llevó al poder en 1933-1934, como también de la sociedad en general. Tarea difícil y ardua en

verdad, pero solo en su concreción podrá encontrarse una verdadera explicación científica del surgimiento del llamado “velasquismo” (Quintero, 1997, pág. 38).

De modo que, Quintero identifica varios problemas metodológicos que han sido los causantes de que no exista una comprensión “científica” del denominado “velasquismo”. El primero de ellos radica en la ausencia de una historia económica para el período republicano. La escasa preocupación por la investigación histórica ha caracterizado al precario desarrollo de las Ciencias Sociales en el Ecuador, y al estudio deficiente de los distintos fenómenos económicos, sociales y políticos. El segundo es un insuficiente desarrollo de una conceptualización teórica que dé cuenta de las particularidades y especificidades del desarrollo histórico del Ecuador. Estas dos problemáticas metodológicas son un serio obstáculo para lograr una conceptualización científica del “velasquismo” (Quintero, 1997).

Así pues, para Quintero, la falta de análisis científicos de la realidad histórica del Ecuador ha llevado a varios equívocos y a la sobrevaloración intelectual de análisis que son deficientes al momento de captar científicamente la realidad. Para Quintero, análisis como los de Cueva tienen como punto de partida especulaciones de lo abstracto general, y aunque toman la terminología marxista, están desconectados de la realidad concreta a las que deben referirse.

De igual forma, Quintero identifica problemas metodológicos en el campo del pensamiento marxista, ya que aún no se ha podido conjugar a cabalidad la investigación histórica con el análisis teórico. Por lo que se reproducen presupuestos metodológicos falsos como “el suponer la presencia de las mismas etapas de desarrollo histórico en el Ecuador que aquellas por las cuales transitó la Europa occidental, los Estados Unidos, o algunos países latinoamericanos más avanzados que el nuestro” (Quintero, 1997, pág. 39). Para él, el metropolitanismo teórico de los sociólogos ecuatorianos es lo que ha impedido que se pueda desarrollar una adecuada periodización histórica del Ecuador. Por lo que esto ha generado que las categorías empleadas no correspondan a los problemas a investigar, o que las categorías no guarden concordancia con la realidad estudiada.

Frente a la incapacidad del análisis sociológico dominante, que no puede construir científicamente los objetos de estudio, Quintero propone una nueva manera de abordar la problemática del velasquismo. Para eso propone, pese a las limitaciones en las fuentes de consulta histórica, un análisis científico de la estructura social y del proceso político de 1895-1935, período histórico en el que apareció la figura de José María Velasco Ibarra. Y plantea lo siguiente:

1) Desarrollar una investigación histórica para reconstituir los rasgos fundamentales de la sociedad ecuatoriana para el período en cuestión, investigación que deberá estar basada primordialmente en fuentes primarias ubicables en archivos nacionales y extranjeros, y que arroje como resultado un trabajo mayor cuyos elementos pertenecientes al tratamiento del tema de este libro utilizaremos en los primeros capítulos de nuestro estudio; y 2) que las conceptualizaciones que tejan una interpretación de la realidad social del período tratado sean eminentemente críticas, pues rompen con una serie de falsas problemáticas existentes, y porque permiten construir una nueva interpretación, basada no en la especulación ni en las ficciones literarias sino en un esfuerzo paciente por sentar las bases para comprender la especificidad del primer triunfo de movimiento político cuyo signo fue el Dr. Velasco Ibarra (Quintero, 1997, pág. 40).

Para Quintero es menester inscribir el análisis del velasquismo, ya que en su estudio busca trazar una historia de la formación del Estado ecuatoriano. Por eso busca replantear radicalmente el estudio del velasquismo desde una perspectiva “científica” que nos permita revelar la base social objetiva sobre la que se fundamentó el triunfo electoral del Dr. Velasco Ibarra, en 1933.

Para esto es necesario examinar el apoyo electoral logrado por Velasco Ibarra y caracterizar socialmente al electorado “velasquista”, ya que en la sociología ecuatoriana hay una total ausencia de este tipo de análisis. Es necesario analizar adecuadamente el movimiento político-electoral acaudillado por Velasco Ibarra, ya que para Quintero las afirmaciones que se hacen sobre los triunfos electorales de Velasco tienen serias inconsistencias y contradicciones. Para él, hay que dar la importancia debida al juego electoral, ya que es un “mecanismo importante de constitución y reconstitución del bloque de clase y fracciones dominantes” (Quintero, 1997, pág. 42). El análisis de Quintero pretende demostrar que el triunfo de Velasco en 1933 no se produjo de golpe, sino que venía gestándose por varios precedentes históricos, que deben ser desentrañados.

Así pues, Quintero busca desmontar varias tesis “erróneas” sobre el llamado “velasquismo”. La primera de ellas tiene que ver con sus orígenes subjetivos, Cueva había afirmado que: “Velasco triunfó en 1933 gracias a una campaña electoral dinámica, callejera y exaltada, llena de promesas de acabar con los privilegios, las trincas, los estancos y todos los vicios de la República” (Cueva A., 1990). Cueva atribuía el triunfo de Velasco a su “carisma” que se vio expresado en la campaña electoral que lo llevó a la presidencia por primera vez en 1934. Para Quintero, Cueva había adoptado de forma errónea la teoría de la Sociología weberiana del carisma,

para explicar el triunfo electoral de Velasco Ibarra⁴². La sociología ecuatoriana, al adoptar el modelo teórico de Cueva, hizo de la figura de Velasco Ibarra: una glorificación del caudillo, atribuyéndole poderes “extraordinarios” a un individuo en la historia política del Ecuador, recogiendo criterios erróneos para explicar sus triunfos electorales (Quintero, 1997).

De modo que, para Quintero, no es posible tomar la campaña electoral de Velasco en 1933 como la causa del triunfo del candidato del Partido Conservador ecuatoriano. Si bien, la campaña electoral de Velasco marcó un cambio en las formas tradicionales de aglutinamiento de una determinada masa electoral llevada a cabo por la derecha. La clave del triunfo electoral de Velasco Ibarra radicaba en que recorría el país inculcando la aceptación del sufragio como el mecanismo más importante del consenso de la clase dominante. A diferencia de Cueva, para quien las elecciones y la campaña electoral de 1933 habían sido el momento fundacional del velasquismo, para Quintero: “la campaña de 1933 a nuestro entender no puede explicar por sí misma el triunfo del candidato Conservador, sino que jugó un papel importante en la creación del consenso ya referido, en el contexto de una modernización del Estado ecuatoriano” (Quintero, 1997, pág. 304).

Para Quintero, el error radica en que para entender los orígenes del llamado “velasquismo”, los sociólogos ecuatorianos se habían centrado en estudiar el “carisma de Velasco Ibarra”, y no se plantearon jamás estudiar cómo se formó el consenso favorable a su candidatura por parte del Partido Conservador ecuatoriano en 1933. El apoyo recibido por parte del Partido y el apoyo popular recibido en las elecciones, no fue explicado, por Cueva, por las fuerzas sociales (económicas y políticas) que habían creado las condiciones para su candidatura y posterior triunfo. Para los sociólogos ecuatorianos, Velasco:

Es decir, había “descollado” en la vida política ecuatoriana debido a su magnetismo personal: de esta forma el dirigente político estudiado no aparece como una figura de un

⁴² Si bien el concepto de “carisma” aparece en el *Ensayo de interpretación del velasquismo*, publicado en *El proceso de Dominación Política en el Ecuador*, en sus escritos posteriores Cueva abandona el uso del concepto de “carisma”, pero aclara en uno de sus últimos escritos en relación a la sociología weberiana y la obra de Weber en la sociología latinoamericana que: “En lo que a la sociología comprensiva se refiere, pensemos que también dejó de existir en el decenio de los 60, en cuenta alternativa teórica de explicación global de nuestras sociedades. Es más: mientras que la sociología “científica” sí llegó a construir una escuela (y varias capillas), la weberiana tuvo prácticamente un único cultor, aunque de gran talento y sutileza: don José Medina Echevarría. Pero Weber mismo sigue todavía seduciendo, cosa que Parsons no nos atrevemos a afirmar. *Y seducen sobre todo sus finas reflexiones sobre el poder y la política, que incluso algunos marxistas han intentado utilizar para colmar las “lagunas” o insuficiencias de Marx (o las suyas propias con respecto al materialismo histórico). Irónico destino póstumo, del que Weber no se hubiera ufano*” (Cueva, 1995, pág. 385; énfasis nuestro).

proceso de aglutinación de un determinado electorado, detrás del cual encontramos siempre a ciertas fuerzas económicas y políticas bien delimitadas como los verdaderos protagonistas de “sus” triunfos. El cinco veces presidente del Ecuador aparece entonces, con toda justificación, como algo “fuera de lo normal”, y no como intelectual orgánico de la Derecha coaligada, como en realidad lo fue (Quintero, 1997, pág. 307).

En consecuencia, para Quintero desde el punto de vista metodológico el concepto weberiano de carisma tan utilizado por la Sociología subjetiva latinoamericana para explicar fenómenos como el peronismo, el varguismo o el velasquismo, carece de rigor metodológico y de objetividad, ya que el carisma no puede acceder a la dignidad de un objeto de conocimiento científico (Quintero, 1997). Para Quintero en la Ciencia Social no basta con señalar ciertas características tomadas de la realidad social o de la experiencia real para construir un objeto de conocimiento. El estudio del “carisma” de determinado líder político se remite a señalar las características y los rasgos de la relación líder-masa, reduciendo el objetivo de conocimiento a sus rasgos meramente descriptivos, “sin una teorización que permita entender, y dar cuenta a su vez, de todos los aspectos y problemas que pueden ser vistos y planteados al objeto en cuestión” (Quintero, 1997, pág. 308).

Quintero rechaza la utilización del concepto de carisma para comprender la experiencia velasquista. Argumenta que con este concepto no se pueden estudiar los aspectos de la realidad social, que permiten que tal individuo con “carisma” pueda dirigir un determinado movimiento político. De modo que, Quintero rechaza a la Sociología subjetiva weberiana, y el uso que hicieron los sociólogos ecuatorianos como Cueva de ella, y plantea que el “carisma”:

Es decir, el “carisma velasquista” resulta ser únicamente una denominación lingüística específica, construida con el nombre de un personaje real, que no construye en el pensamiento ningún objeto de saber. Por esta razón metodológica es necesario descartar completamente del discurso sociológico aquellos pseudoconceptos que conllevan indudablemente consecuencias epistemológicas nefastas (Quintero, 1997, pág. 308).

De igual forma, Quintero refuta la tesis de Cueva de que la base social del “velasquismo” fueron los barrios suburbanos de Guayaquil. La afirmación de que en 1933 el “caudillo” convirtió a Guayaquil en la base de su campaña y de su triunfo es errónea. Esta tesis errónea había sido alimentada por el propio Velasco Ibarra, ya que él mismo afirmaba en numerosas entrevistas lo siguiente “el cuerpo electoral mío siempre ha sido Guayaquil [...] mis campanas siempre han tenido como base a Guayaquil” (Velasco Ibarra en Quintero, 1997, pág. 309). El análisis electoral

que hace Quintero muestra lo falaz de esta tesis, ya que la base electoral de Velasco Ibarra en las elecciones de 1933 no estuvo conformada por los barrios suburbanos de Guayaquil, sino que la “plaza fuerte” de Velasco Ibarra fue la votación de los distritos electorales rurales, de la sierra andina.

Así pues, Quintero rastrea que el origen del mito acerca del “populismo velasquista” está en la supuesta base social subproletaria de su movimiento. La sociología subjetiva de los sociólogos ecuatorianos, no prestaba atención a las condiciones sociales objetivas que dieron lugar al surgimiento del “velasquismo”, por lo que no se estudió a los grupos socio-económicos que respaldaron en 1933 la candidatura de Velasco Ibarra y que eran la verdadera base social de su movimiento. Los datos que recopila Quintero nos muestran que la relación intrínseca que suponían los sociólogos ecuatorianos que existía entre los marginados y el velasquismo, es falsa, la migración del campo a la ciudad no produce una “situación de masas”, “disponibles” y movilizadas políticamente por Velasco Ibarra, tal como había supuesto Cueva, ya que:

Una cosa es que sea “fácil de verificar” la existencia de una migración hacia las ciudades en los años de la crisis (asunto que nadie niega) pero otra cosa es señalar que a partir de ese hecho se haya creado en las urbes una “situación de masas” como asiento electoral de Velasco Ibarra, pues como lo hemos demostrado fehacientemente en el capítulo V de este libro ese subproletariado de reciente formación no tuvo acceso al sufragio en los comicios de 1933. Al no haberse planteado adecuadamente el problema investigado, nuestros sociólogos partieron de premisas completamente falsas sobre la realidad de ese subproletariado y hubo quien se permitirá incluso afirmar, en base a experiencias habidas en otros países (que mecánicamente reproducía para el nuestro), que ese subproletariado había sido reivindicado en su condición ciudadana por Velasco Ibarra. Planteadas las preguntas equivocadas nuestros “velascólogos” no pudieron entonces aprehender adecuadamente la realidad (Quintero, 1997, pág. 314).

De modo que, la base social del primer velasquismo fueron las parroquias rurales de la sierra andina. El análisis electoral que realiza Quintero muestra que la masa electoral que sufragó por Velasco Ibarra en 1933 estuvo constituida por la pequeña burguesía rural, entendiéndose esto como los pequeños productores que operaban bajo la economía mercantil, incluyendo al campesinado serrano y artesanos. La pequeña burguesía rural que votó por Velasco Ibarra se ubicaba en las parroquias rurales y en algunas parroquias urbanas pequeñas de la Sierra y estaba conformada por dos sectores: una pequeña burguesía de pueblo, y una pequeña burguesía rural. En síntesis:

Estos dos sectores de la pequeña burguesía rural (la pequeña burguesía pueblerina y la pequeña burguesía campesina) constituyeron la base social fundamental del candidato del Partido Conservador, Dr. Velasco Ibarra, en 1933. Lo que se daba entonces en el agro serrano era una alianza entre la clase terrateniente y la pequeña burguesía rural, alianza que posiblemente estuvo políticamente dirigida en contra de los intereses del campesinado pobre y de los minifundistas indígenas comunales que comenzaban a organizarse ya entonces en torno a sus propias reivindicaciones, en unidad con la clase obrera (Quintero, 1997, pág. 321).

En *El Mito del populismo* se muestra que la candidatura a la presidencia de Velasco Ibarra, en 1933, fue auspiciada y apoyada por el Partido Conservador, que movilizó toda la superestructura política, controlada por la clase terrateniente y la iglesia para el triunfo electoral de Velasco Ibarra. Por lo que la tesis de que el “velasquismo” surgió como un fenómeno ajeno a los partidos políticos es falsa. Además, Quintero afirma que Velasco Ibarra fue un intelectual orgánico de la derecha coaligada, por lo que, el triunfo de Velasco Ibarra en 1933 habría sido un triunfo del Partido Conservador. El triunfo de Velasco “significó no solo el fortalecimiento a secas del sector serrano de la clase terrateniente y su partido, sino que como lo hemos puntualizado, dicha victoria colocó a la clase terrateniente a la cabeza de una alianza política con sectores costeños de la clase dominante” (Quintero, 1997, pág. 325).

Así pues, para Quintero no existe tal solución populista, que habría surgido como respuesta a la “crisis de hegemonía” producto de la crisis de las formas tradicionales de dominación, tal como había teorizado Cueva, sino que el triunfo de Velasco en 1933 representaba el refortalecimiento de la dominación terrateniente serrana y de una pequeña burguesía rural, y que juntos retomaron la hegemonía después de la crisis económica y política que afectó a los sectores oligárquicos agroexportadores de la Costa. En la teorización de Quintero no existe una “lógica del mal menor” como en Cueva, lo que se expresa con el velasquismo es el refortalecimiento de la dominación terrateniente serrana, consumada a través de un pacto oligárquico, en el que Velasco se convierte tan solo en un “instrumento de su dominación” para el control de las masas populares. En consecuencia:

Los gobiernos precedidos por Velasco Ibarra, a través de los cuales se operó un relativo control de las masas populares, han sido valiosos instrumentos de la clase terrateniente y de un sector de la burguesía intermediaria que logrará en determinadas coyunturas conciliar sus intereses y aglutinar sus bases sociales en torno a ese personaje-instrumento de su

dominación, sin plantearse el desarrollo industrial del país y favoreciendo siempre los intereses del capital monopólico, en especial de los EE.UU (Quintero, 1997, pág. 328).

En el esquema de Quintero, el velasquismo no representa ninguna ruptura con el pasado, es una continuidad con las formas de dominación terratenientes, la figura de Velasco Ibarra apareció como un instrumento de dominación política que les sirve a los grupos conservadores y terratenientes para movilizar electoralmente a las masas. Por lo que, Quintero termina afirmando que el “velasquismo” es un fenómeno eminentemente electoral. “Es decir en todos los triunfos de Velasco encontramos el principio de las elecciones: fue el consenso creado en las urnas su fuerza de arrastre” (Quintero, 1997, pág. 330). En conclusión, el trabajo de Quintero tenía como tesis central identificar el tipo de alianza que permitió que surja la figura de Velasco Ibarra. Es así que:

Es evidente que para nosotros el triunfo del Dr. Velasco en 1933 no representó un punto de ruptura con el pasado. Todo lo contrario. Ese proceso de crisis que comienza en 1912 fue creando las condiciones para el desarrollo de un PACTO OLIGÁRQUICO, determinando así la aparición de una alianza en cuya cúspide se hallaba la clase terrateniente a nivel nacional, pero fundamentalmente los hacendados serraniegos. La importancia decisiva de este descubrimiento, en los acontecimientos públicos que tienen lugar desde esa alianza para el desenvolvimiento del Ecuador contemporáneo, es evidente (Quintero, 1997, pág. 331).

Para Quintero, con el “velasquismo” se sellará un *Pacto Oligárquico* que marcará el desarrollo histórico y político del Ecuador hasta 1972. Este pacto será la clave para entender los resurgimientos de Velasco, y variará a lo largo de los 40 años de velasquismos, pero siempre estará marcado por la presencia de la clase terrateniente que se resiste a dejar el mando de la sociedad durante el siglo XX (Quintero, 1997).

El Mito del Populismo es toda una reconstitución analítica, que tiene la intención de desmontar la interpretación errónea que hicieron los sociólogos ecuatorianos del período histórico “velasquista”, y a su vez de la quimérica figura política de Velasco Ibarra y de sus victorias electorales. En definitiva, se recalca que: “Por ello Velasco no debe ser comprendido como ningún movilizador de masas, sino como aglutinador de masas movilizadas por la clase terrateniente y su partido. (Quintero, 1997, pág. 341)”.

Por lo que, el pacto que llevó al poder a Velasco Ibarra fue la reafirmación de la “dominación oligárquica” y de las formas del gamonalismo, caudillismo y el caciquismo, que eran las expresiones políticas de la elites locales y regionales. “Es decir, en todo aquello con que se

supone el “populismo” rompe. Y esto por sí solo significa que el llamado “surgimiento del velasquismo” no fue ninguna “ruptura” con el pasado” (Quintero, 1997, pág. 341).

En conclusión, el planteamiento de Quintero es que: el llamado “velasquismo” no fue el surgimiento del “populismo” en Ecuador, como lo había planteado Cueva, sino que fue la culminación de un pacto oligárquico (entre los conservadores-terratenientes de la Sierra y los liberales pequeño-burgueses de la Costa) que se había instaurado para mantener los privilegios de la clase terrateniente serrana cuyo poder y mando se levantaba sobre la servidumbre.

Recapitulando para Cueva las características sociológicas que señalarían al velasquismo como un fenómeno populista serían:

- La crisis de hegemonía que genera un vacío de poder, ante el fracaso de las fórmulas tradicionales de dominación, la liberal, la militar reformista y la conservadora.
- Un movimiento de incorporación y participación de las masas en la vida política mediante mecanismos electorales.
- Estas masas son susceptibles de ser manipuladas a través de la acción y el discurso demagógico de un caudillo-populista.
- El caudillo-populista asume una posición mediadora entre las clases dominantes y las masas populares a las que a través de políticas democratizadoras concede ciertos derechos políticos y cierta redistribución económica.
- La base social del populismo velasquista son unas masas predominantemente subproletarias que se formaron debido a las migraciones del campo a la ciudad.
- El velasquismo es una nueva fórmula de dominación no ortodoxa, casi bastarda de dominación.

Por su parte, Quintero busca dar una explicación del fenómeno velasquista “verdaderamente científica” excluyendo la categoría de populismo de su análisis y señala que:

- Hay un error metodológico en considerar al subproletariado como la base social del velasquismo.
- El triunfo de Velasco Ibarra en las elecciones de 1933 significó la consumación de un pacto oligárquico que colocó a la clase terrateniente serrana a la cabeza de una alianza política con los sectores dominantes costeros.

- Los mecanismos electorales se convirtieron en el instrumento más importante que tenía la clase dominante para mantener su hegemonía.
- El velasquismo debe ser entendido como un fenómeno orgánico que significó un cambio en la forma de aglutinamiento de las masas.

Quintero concluye que Velasco es un aglutinador de masas y que su triunfo en 1933 refleja un empate de fuerzas entre los sectores dominantes. Introduce nuevas categorías de análisis, la de “empate inestable” y “equilibrio catastrófico”, que siguiendo a Gramsci dan cuenta de un fenómeno que se produce si la burguesía de un país ha perdido la facultad de dirigir el Estado en una determinada coyuntura (como sucedió en el Ecuador de 1933-1934), pero en circunstancias en que tampoco la clase obrera ha adquirido la capacidad de reemplazarla. Estas circunstancias son las que producen los regímenes bonapartistas o cesaristas (Quintero, 1997). En este sentido, coincide con Cueva más allá de su desacuerdo sobre el uso de la categoría populismo.

Por último, podemos pensar desde la historia conceptual las condiciones temporales del cambio histórico que operan en el debate sobre el velasquismo y el populismo. Siguiendo el esquema de ruptura-continuidad podemos plantear que para Quintero el velasquismo no representa una ruptura con el pasado, sino la consumación de un pacto oligárquico que ratificó el poder de los grupos dominantes. En cambio, para Cueva con el velasquismo hay ruptura, pero también continuidad con el pasado. El velasquismo es un elemento de conservación del orden de la dominación que permite absorber las contracciones del orden dominante y superar al menor costo sus crisis políticas. Pero a su vez es una ruptura, ya que aparece como una nueva fórmula de dominación no ortodoxa, casi bastarda, que incorpora a las masas populares a la vida política mediante mecanismos electorales a la vez que es funcional a la dominación.

Pero desde la interpretación de Cueva del velasquismo podemos salir del esquema ruptura-continuidad que es un esquema sin capacidad heurística tal como lo plantea Ingerflom (2006) y retomar la idea de Koselleck (1993) sobre la simultaneidad de lo “no contemporáneo” que también es retomada por Germani (1973) al hablar de: “el contraste entre “regiones evolucionadas” y “regiones atrasadas” en un mismo país” (pág. 12). Se puede plantear siguiendo el enfoque de la historia conceptual que para Cueva coexisten grupos “avanzados” y grupos “atrasados”, y cruces temporales que se expresan en la fórmula “caudillismo populista”. Cueva construye un concepto de populismo ajustado al caso del velasquismo con el que integra un pasado que continúa operando

en el presente mediante la creencia religiosa en un caudillo con carisma (Cueva A., 1990). Pero hay una tensión temporal Si bien la “crisis de hegemonía” introduce una ruptura en el espacio de experiencia, la fórmula “caudillismo populista” utilizada por Cueva para caracterizar al fenómeno velasquista vuelve presente la expresión política del caudillismo asentada en la ruralidad. La estructura sociológica del velasquismo moviliza a las masas subproletarias que tienen un origen rural o semirural. El proceso de urbanización en Ecuador implica también un proceso de ruralización que funda la política de masas y que se convierte en:

Caldo de cultivo para el mesianismo velasquista las masas, los marginados, el sub (o lumpen) proletariado o la “chusma” (tan cara en su retórica), que se iba constituyendo en la mayoría de la población urbana, desde la década de los treinta, para la que los partidos revolucionarios (marxistas o no) no tenían propuestas teóricas ni pragmáticas (Báez & Ouriques, 2016, pág. 23).

Esto hace para Cueva que con el velasquismo se cierre el horizonte de expectativa de un proyecto revolucionario marxista de izquierda, y aparezca en el horizonte de expectativa el populismo caudillista próximo al bonapartismo de Marx.⁴³ "En circunstancias tan desfavorables, el subproletariado ecuatoriano devino la base de un populismo caudillista, mesiánico y asistencialista, que a sus ojos se presentaba como símbolo de la “voluntad popular” y de desafío abierto a los proyectos más ortodoxos de dominación” (Cueva , 1990, pág. 130). La fórmula “populismo caudillista” utilizada por Cueva para caracterizar al velasquismo fusiona horizonte y experiencia, y pone de manifiesto los distintos estratos temporales de la historia ecuatoriana.

⁴³ En *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, Marx muestra que el bonapartismo: “no representa al campesino revolucionario, sino al campesino conservador; no representa al campesino que pugna por salir de su condición social de vida, la parcela, sino al que, por el contrario, quiere consolidarla; no a la población campesina, que, con su propia energía y unida a las ciudades, quiere derribar el viejo orden, sino a la que, por el contrario, sombríamente retraída en este viejo orden, quiere verse salvada y preferida, en unión de su parcela, por el espectro del imperio. No representa la ilustración, sino la superstición del campesino; no su juicio, sino su prejuicio; no su porvenir, sino su pasado; no sus *Cévennes* modernas, sino su moderna *Vendée* (Marx, 2010, págs. 169-170).

Capítulo 3: La construcción sociológica del concepto de populismo en Ecuador

*“Dominación” se encuentra hoy en día
entre esas consignas políticas que o son
tabú o sólo se emplean con intención crítica.*

Reinhard Koselleck

Este capítulo busca introducir la problemática del populismo en Ecuador inscrita en la tensión entre categorías analíticas y conceptos políticos, y responder a la pregunta: ¿Qué sucede con las categorías analíticas cuándo están hechas con palabras que son conceptos políticos? Las categorías analíticas surgen en el campo intelectual, de las disputas y las luchas que existen dentro de este campo en torno a la comprensión de los fenómenos sociopolíticos. Por su parte, los conceptos políticos surgen de la historia social y de las disputas y las lucha entre los actores sociales para clasificar y dar nombre a las experiencias socio históricos mediante palabras que sedimentan la historia en conceptos históricos y políticos fundamentales que son siguiendo a Koselleck (2009) articulaciones lingüísticas de la experiencia social.

El capítulo propone un encuentro entre la sociología y la historia conceptual para recuperar la centralidad del concepto de populismo en las ciencias sociales ecuatorianas. Durante la etapa de institucionalización de las ciencias sociales en Ecuador dominada por el estructuralismo marxista emergió el populismo como el gran tema de la sociología política ecuatoriana, y posteriormente el populismo se consolidó como la problemática principal de las ciencias sociales en Ecuador.

Sin embargo, la articulación entre sociología e historia conceptual no deja de ser problemática tal como Koselleck lo señaló. Para él, no se puede trabajar simultáneamente una perspectiva histórico-sociológica y una perspectiva histórico conceptual ya que: “las categorías mediante las que se adquiere conocimiento no pueden analizarse con un enfoque histórico conceptual mientras se manejan. Ambas cosas son posibles, pero no a la vez” (Koselleck, 2012, pág. 298). La sociología trabaja mediante la construcción de categorías analíticas y la historia conceptual con conceptos históricos fundamentales que surgen del entramado de experiencias, que están almacenadas y sintetizadas en constructos lingüísticos. La propuesta en este capítulo es el análisis de la estructura temporal interna del concepto de populismo, y de su estructura sociológica con la que se construye al populismo como categoría analítica, y con la cual se investigan e interpretan procesos históricos, sociológicos y políticos.

Seguimos la propuesta de Karsenti (2017) sobre la génesis de las ciencias sociales en el “diálogo de los modernos” con la filosofía política, con el cual las categorías de la sociología se vuelven una torsión de los conceptos políticos modernos (Farinetti, 2020). Las dos perspectivas de análisis (la sociológica y la histórico conceptual) nos permiten pensar al concepto de populismo como índice y factor constitutivo de la experiencia social que moviliza el concepto en Ecuador, y como categoría analítica y heurística construida por la sociología política ecuatoriana para interpretar el fenómeno sociopolítico del velasquismo, y sobre la cual las ciencias sociales en Ecuador no han cesado de interrogarse.

3.1. Una sociología de los intelectuales

Para comprender la envergadura del debate y la polémica entre Cueva y Quintero en torno al populismo y el velasquismo, es pertinente, abordar el planteamiento de la Sociología de la *intelligentsia* formulada por Mannheim (1987) en su libro *Ideología y utopía*, continuada por Bourdieu (1999) y Sapiro (2017). Este enfoque plantea que se debe comprender la posición, la circulación, la recepción y el intercambio de textos dentro de un campo intelectual, entendido como un campo de poder donde los intelectuales, como actores, interactúan y luchan por detentar el monopolio de la representación legítima de la realidad (Bourdieu, 1999). En este campo: “las tomas de posición de los intelectuales se relacionan con las posiciones que ocupan en su espacio de referencia y con sus trayectorias intelectuales” (Sapiro, 2017, pág. 40).

En torno al populismo y el velasquismo se hierve una polémica política e intelectual entre Agustín Cueva y Rafael Quintero, dos representantes de la izquierda y de la sociología marxista en el Ecuador en la segunda mitad del siglo XX. La publicación del libro de Rafael Quintero *El mito del populismo* tenía la intención de polemizar sobre la interpretación del fenómeno velasquista, y su principal contendor fue Agustín Cueva, a partir, de la publicación y la circulación de su libro *El proceso de dominación política en el Ecuador*, ya que se incluía su novedoso *Ensayo de interpretación del velasquismo* (texto que inauguró el estudio de la Sociología Política en el Ecuador). Su lectura e interpretación se diseminó entre los sociólogos ecuatorianos y latinoamericanos, y se llegó a clasificar al velasquismo como una de las variantes de los llamados populismos clásicos (el peronismo, el varguismo, y el cardenismo).⁴⁴

⁴⁴ Uno de los estudiosos de los populismos clásicos latinoamericanos el mexicano Octavio Ianni, en su libro “*La formación del Estado populista en América Latina*”, 1975, tomando como base el estudio de Agustín Cueva sobre el

Es necesario comprender la posición intelectual y política de Cueva y Quintero remitiéndose a sus trayectorias intelectuales. Cueva se formó en los años sesenta en Francia en la *École des Hautes Études Sociales* de París en un contexto intelectual dominado por el marxismo y el estructuralismo, además, fue influenciado por las lecturas de estructuralistas como Lévi-Strauss y Barthes, y de marxistas como Sartre, Althusser, Lukács y Goldmann. Políticamente, Cueva, si bien se reconocía como un sociólogo marxista, nunca tomó una posición política partidista, ni militó en ningún partido político de izquierda. Por su parte Quintero se formó en los años setenta en los Estados Unidos, en la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hills, donde obtuvo su doctorado en Sociología. Formado en el marxismo en la tradición de las universidades norteamericanas marcadas por el enfoque de una sociología empírica, además, estudió métodos y problemáticas de la Ciencia Política anglosajona centradas en los análisis electorales y de los partidos políticos. Políticamente, Quintero fue militante del Partido Socialista del Ecuador y cercano a los círculos intelectuales comunistas. Explorar y comprender las trayectorias intelectuales y las posiciones políticas de Cueva y Quintero, permiten entender por qué el debate intelectual se transformó en una disputa política.

3.2. Cueva: entorno a lo político en el debate intelectual

Al poco tiempo de haber salido publicado el libro de Quintero se organizó en 1980 el *III Encuentro de historia y realidad económica y social del Ecuador* donde se enfrentaron Quintero y Cueva en un acalorado debate. La primera intervención en el debate fue de Cueva y planteó en primer plano los principales puntos en los que difiere con la lectura y la posición política e intelectual de Quintero. Cueva inició afirmando que en el Ecuador hay una confrontación de fronteras difusas entre marxismo y empirismo en la fase en la que se encuentra la institucionalización de las Ciencias Sociales y en el momento histórico en el que se encontraba el Ecuador. En su primera intervención Cueva, siguiendo la idea de Althusser (2005) de la lucha de clases en la teoría, plantea que hay en Ecuador un intento de consolidar la hegemonía de la burguesía y con ello una política hacia las Ciencias Sociales, y eso consiste en posicionar una tendencia empirista positivista. Así, se busca crear una imagen de “cientificidad” que se basa en el dato inmediato y en la destrucción de los marcos teóricos y de los esquemas generales de interpretación de la realidad.

velasquismo había incluido a Velasco Ibarra y al velasquismo como una variante de los populismos clásicos latinoamericanos.

Cueva plantea que su crítica al empirismo y al positivismo no se basa en un rechazo a la utilización de fuentes primarias estadísticas, su crítica es política. Para él la lucha contra el empirismo y el positivismo que se quiere imponer en las Ciencias Sociales a título de “cientificidad” es el marco general en el que se juega lo político (Cueva, 2004). La relación entre saber y política aparece en la crítica de Cueva, la idea de que el saber no es algo neutral, sino que hay intereses políticos y de clase en el pensamiento (Mannheim, 1987).

Siguiendo con su intervención, Cueva va al punto central de la crítica a Quintero en su interpretación del velasquismo y plantea primeramente que: “decir que Velasco Ibarra triunfó en su primera contienda electoral con el apoyo del Partido Conservador no es ninguna novedad, y es algo que ya se había dicho desde antes que los Sociólogos estudiaran el fenómeno velasquista” (Cueva, 2004, pág.90). Para él, se trata en primer lugar de complejizar el estudio del fenómeno y salir de los lugares comunes. En segundo lugar, plantea que lo que trató de hacer en su libro *El proceso de dominación política en el Ecuador* es captar el gran movimiento de la historia ecuatoriana, y dentro de ese movimiento el velasquismo recién se atisbaba borrosa y confusamente (1934); es después que se lo vería plenamente en su desarrollo histórico. El análisis de Cueva no partió del análisis de los datos electorales de tal parroquia o provincia, sino que se buscó “ubicar las luchas del pueblo ecuatoriano y todos los problemas que ha habido dentro de la organización de la dominación en Ecuador” (Cueva, 2004, pág. 91).

Cueva afirma que Quintero quiere que se dejen de lado las grandes líneas de interpretación y que la Sociología ecuatoriana se centre en estudios microsociológicos y estudios electorales que son propios de la Sociología política “yanqui”. Para Cueva, este tipo de estudios no son novedad, son simplemente la asimilación de la tradición empirista estadounidense, que Quintero buscaba imponer en la Sociología ecuatoriana y presentarla como una novedad. Cueva reconoce que sus tesis y sus hipótesis teóricas deben tener muchos errores y muchísimas lagunas; pero afirma que frente al empirismo que busca imponer Quintero, sus tesis valen más epistemológica y teóricamente, ya que, si se quiere discutir todo este fenómeno del caudillismo, el populismo y la crisis de hegemonía, se necesita de un buen esquema teórico de interpretación de la realidad ecuatoriana, que vaya más allá de decir que en tal parroquia o provincia ganó Velasco con el apoyo del Partido Conservador.

3.3. Quintero: ¿empirismo, subjetivismo o investigación empírica?

Quintero en su primera intervención responde señalando que hay un desconocimiento de su planteamiento y que Cueva no hace ninguna referencia concreta a su libro, que su cuestionamiento va dirigido a la obra de Cueva que para él se inserta en la Sociología subjetiva. Plantea que en su libro se propone una teorización en torno al problema de los partidos políticos en el Ecuador. Para él, el marxismo latinoamericano tiene seria deficiencia en el estudio de los partidos políticos, ya que no se ha desafiado el modelo clásico pensado para los países europeos, “en la organización de las categorías del materialismo histórico a nuestra realidad” (Quintero, 2004, pág.93). Considera que la tarea de un sociólogo marxista es la de revisar algunas de las categorías no clásicas del materialismo histórico, y repensar el problema de los partidos políticos, ya que el marxismo no es una teoría acabada, sino que es una teoría que tiene que fundamentarse en cada país, haciendo de la investigación empírica sobre la realidad ecuatoriana, algo indispensable que, para él, no debe confundirse con “empirismo” (Quintero, 2004).

Para Quintero es indispensable la investigación empírica ya que en Ecuador las Ciencias Sociales han adolecido del grave defecto de la “especulación” y del “subjetivismo” de los “grandes esquemas”. Por lo que en el estado actual se necesita de una investigación empírica que dé sustento objetivo a esos “grandes esquemas”, y esto para él, no significa caer en esa escuela del pensamiento burgués, que es el empirismo. Así pues, Quintero argumenta que su libro *El mito del populismo*:

Hace un recorrido por la formación político-social de nuestro país. Plantea tesis en torno al surgimiento del Estado burgués, en torno a los partidos políticos, y presenta un marco del desarrollo de las fracciones de la burguesía en la Costa y su relación con la diversas clases y el cambio que se constata como real en la correlación de fuerzas de esas fracciones de la burguesía (Quintero, 2004, pág. 94).

En la segunda parte del libro, titulada *Análisis de los fundamentos sociales y políticos del surgimiento del velasquismo (1930-1934)*, se critica a varios sociólogos ecuatorianos que estudiaron el fenómeno velasquista y al “consenso” en torno al velasquismo en la academia ecuatoriana. Entre los círculos de políticos de izquierda e intelectuales se había posicionado la tesis de que este fenómeno había sido un populismo, siguiendo el modelo analítico que había propuesto la Sociología estructural-funcionalista de los años sesenta para entender a los movimientos políticos nacional populares de América Latina (Quintero, 2004). El libro de Quintero critica las posiciones en torno al surgimiento del llamado “primer velasquismo” de los intelectuales

ecuatorianos, que adoptaron el modelo que originalmente propuso Agustín Cueva. Además, se sorprendió de la falta de autocrítica de los sociólogos ecuatorianos al modelo analítico del populismo, que fue utilizado para explicar el surgimiento del velasquismo a principios de los años treinta, extrapolando un modelo analítico; el de Germani, que no se podía cotejar con la realidad ecuatoriana (Quintero, 2004).

El problema para Quintero es que no se investigó la realidad, no se hizo investigación empírica, y se tomó el modelo que propuso Cueva para comprender el velasquismo sin contrastar la teoría con la realidad y se repitió la tesis de que el “velasquismo” tenía una base subproletaria y que su baluarte electoral fueron las grandes ciudades y los barrios urbano-marginales de Guayaquil. Quintero dice que realizó una crítica a esta tesis basándose en una “investigación empírica de los hechos”, saliendo de la sociología “subjetivista y empirista” en la que habían caído los sociólogos ecuatorianos para comprender el surgimiento del movimiento velasquista (Quintero, 2004). Por lo tanto, Quintero plantea que el problema de la sociología ecuatoriana es metodológico, ya que la interpretación que realizó Cueva sobre el surgimiento del velasquismo utilizando la categoría de populismo era insuficiente y equívoca, y termina por atribuir el empirismo a la propia obra de Cueva:

Es decir, el problema metodológico y de fondo era el del empirismo, en la medida en que la presencia paralela y temporal de dos fenómenos no puede ser la base de una comprensión de ese fenómeno. Porque nosotros no podemos, como hace el empirismo, ¿reducir la explicación de un fenómeno a una relación de causa y efecto (Quintero, 2004, pág. 96).

Para Quintero, en la interpretación de Cueva del velasquismo hay una reducción “empirista y subjetivista” de la realidad. Por lo que, él nos dice que se planteó un análisis de los datos electorales, para salir de ese reduccionismo, además, de que fue un pionero en los análisis electorales en el Ecuador, siguiendo la idea de Lenin: “de que los análisis de las elecciones revelan la realidad de la lucha de clases” (Quintero, 2004, pág. 96). De modo que, Quintero plantea que era indispensable para la academia ecuatoriana realizar un análisis electoral del velasquismo y darle sustento empírico a la comprensión de dicho fenómeno. Así, pasar de la “interpretación subjetivista” que hizo Cueva del fenómeno velasquista a la explicación de dicho fenómeno en base en los datos electorales de 1933.

En este sentido, Quintero dice que su libro demostró con base en una investigación empírica el robustecimiento de la clase terrateniente y del Partido Conservador ecuatoriano a

finales de la década de los veinte. El primer velasquismo fue resultado de este robustecimiento y no tuvo una base social subproletaria como lo habían afirmado Cueva y los sociólogos ecuatorianos, sino que su base social fue una pequeña burguesía rural y pequeña burguesía pueblerina, que era la base social que movilizaba electoralmente el Partido Conservador en la sierra ecuatoriana. Quintero lo plantea en estos términos:

Por primera vez se descubre que esto es así, y se delimita específicamente el contexto histórico y geográfico de la base social del primer velasquismo. Justamente, lo que se proponía (por parte de los Sociólogos criticados por mí) era otra cosa: se proponía un modelo de explicación sobre todos los velasquismos, en que la base social fundamental “del velasquismo” —se proponía— era el subproletariado urbano. ¡Pero para este primer velasquismo nosotros encontrábamos que justamente la base subproletaria era absolutamente insignificante! Que fundamentalmente, se trataba no solamente de un fenómeno que había que caracterizarlo por la base social que contenía “el movimiento velasquista”, sino que en mi libro se hace un análisis —justamente a partir de la primera parte de la obra—, de la correlación de fuerzas entre los sectores y las fracciones de la burguesía y de la clase terrateniente, y, se delimita la existencia de un pacto, de un pacto denominado oligárquico en que justamente la clase terrateniente como tal y su partido robustecido como tal— se constituyen en un proyecto de desarrollo “nacional” para el Estado ecuatoriano (Quintero, 2004, pág. 97.98).

Quintero plantea que no se puede entender al primer velasquismo como un fenómeno independiente del Partido Conservador, como se lo había entendido anteriormente. El Partido Conservador a finales de la década de los veinte planteó una serie de reformas electorales que por primera vez se estudian en el libro de Quintero, que modifican y amplían el régimen de representación política, otorgando el voto a la mujer alfabetada, en beneficio de la clase terrateniente. Para Quintero, no había una “crisis de hegemonía”, como lo había planteado Cueva, sino que había un robustecimiento del Partido Conservador, que representaba a los intereses de la clase terrateniente. Por lo que, el “primer velasquismo” fue un producto del Partido Conservador y no un movimiento independiente, acaudillado por un individuo con “carisma”, que simplemente el Partido Conservador apoyaba. Quintero afirma que:

¿El Partido Conservador no solamente es él? que apoyaba o no al “velasquismo”. Es el Partido Conservador el que justamente crea un movimiento “marginalista” en el seno mismo de su organización y del desarrollo de este velasquismo que desde el inicio lo crea, lo funda, lo dirige, lo organiza a través del control que de la superestructura precapitalista tenía en el país. Es decir, que el partido Conservador apoyó “al velasquismo” ya supone en

sí que existía una cierta independencia entre el Partido Conservador y “el velasquismo”. Lo que proponemos es otra tesis. Proponemos que el Partido Conservador y el primer velasquismo son fenómenos absolutamente idénticos dentro de la perspectiva de dominación de la clase terrateniente. El movimiento velasquista dirigido por el Partido Conservador le permite a éste convertirse en el primer partido que tenga influencia nacional en este país. Es a través del marginalismo del Partido Conservador que la clase terrateniente logra elevar un proyecto de dominación nacional (Quintero, 2004, pág. 99).

Quintero afirma que después de la publicación de su libro ya nadie podrá hablar del velasquismo y de los subsiguientes velasquismos, sin haber conocido y estudiado su análisis del “primera velasquismo”, ya que en su libro se rompe con la problemática que planteaba que: “el velasquismo” era un populismo, con un base social urbano-marginal. El libro de Quintero abre un nuevo campo de estudio en la Sociología ecuatoriana, que pone en evidencia que no hubo un “velasquismo” que tomó en diversas coyunturas una presencia en la escena política, sino que cada “velasquismo” tendrá que ser estudiado en su verdadero contexto histórico, político, económico y social. Además, dado que el velasquismo para Quintero es un movimiento político electoral, habrá que recurrir a los datos electorales para examinar la base social cambiante que tiene el velasquismo” a lo largo de su historia, y hacer esto para Quintero no es caer en el “empirismo”, es hacer la investigación empírica indispensable para comprender un fenómeno político como el “velasquismo” (Quintero, 2004).

Siguiendo con su intervención en el debate, Quintero plantea la necesidad del desarrollo de la crítica en las Ciencias Sociales del Ecuador, y no lo que él denomina argumentos de autoridad. Las Ciencias Sociales en Ecuador han adolecido de una falta de vocación de crítica y autocrítica, y Quintero rechaza el argumento de Cueva de que hay que respetar los “grandes esquemas de interpretación”, si estos están equivocados y no son contrastados debidamente con la realidad. “Esos esquemas tienen que ser sometidos a la crítica de la investigación empírica, la crítica de una conceptualización propia de nuestro país que se alimente de la ciencia universal que es el marxismo” (Quintero, 2004, pág.100).

Por último, en su primera intervención, Quintero plantea, siguiendo a Marx, que el problema histórico tiene que estudiarse en la perspectiva del presente, y así romper con una problemática y plantear algo nuevo, que se derive del análisis del movimiento histórico real y de la lucha de clases en el desarrollo del capitalismo en el Ecuador. Termina su intervención

afirmando lo siguiente sobre la problemática del “velasquismo”, y la razón del por qué habla de un mito del populismo:

Por lo tanto, que se considere que “el velasquismo” no es uno solo, sino que cada coyuntura tendrá que ser analizada con su propia legalidad, y que cada velasquismo tendrá que ser analizado con su propia legalidad. Y, esa es la nueva problemática que nosotros planteamos. Estamos disolviendo una vieja problemática, que consideramos una problemática equivocada. He planteado que aquella categoría —traída justamente de la Sociología latinoamericana para explicar también el primer velasquismo— tiene que ser disuelta, y, por ello hablo del mito del populismo (Quintero, 2004, pág. 103).

3.4. El velasquismo es un caudillismo

En su segunda intervención Agustín Cueva responde a las críticas emitidas por Quintero y se cuestiona la idea de ¿Una nueva historia del Ecuador? ¿No subjetiva? Tal como lo estaría planteando Quintero. Para Cueva, por un lado, Quintero plantea esta “nueva historia no subjetiva”, y por otro lado dice que hay que darle importancia a cuestiones anodinas y totalmente subjetivas que giran en torno a la política, como los “líos de faldas”, cuestiones que para Cueva son intelectualmente poco serias.⁴⁵ Por lo tanto, para Cueva hay una contradicción en la propuesta de estudio del velasquismo que plantea Quintero.

Cueva plantea que en ningún momento había dicho que se deben “respetar los grandes esquemas de interpretación”, sino que hay que crear y tener uno. A Cueva no le queda claro cuál es el esquema de interpretación que propone Quintero para el análisis de la historia ecuatoriana, más allá de plantear una “investigación empírica”, por lo que, para él, Quintero está empobreciendo la investigación sociológica y política al quitarle el esquema interpretación que ha desarrollado la Sociología ecuatoriana y latinoamericana.

Como segundo punto en su intervención aborda la cuestión del populismo y plantea que para 1974 se publicó un artículo en el libro *Clases sociales y crisis política en América Latina*, donde Cueva habría declinado la aplicación del término populismo para el caso ecuatoriano, desligándose de todas las tesis hechas para estudiar el peronismo, el varguismo, etc. Cueva vuelve

⁴⁵ Quintero había dicho que, en las elecciones de 1940, en las que pierde Velasco Ibarra y este acusa de fraude a los liberales, los sociólogos se habían quedado con la idea de un fraude y no habían tomado en cuenta que la causa por la cual Velasco Ibarra perdió esas elecciones fue su separación con su primera esposa y su compromiso con la argentina Corina de Parral. Eso según Quintero habría disgustado a buena parte del Partido Conservador y la Iglesia Católica, lo que le significó perder el apoyo de una parte importante del Partido y fraccionar el voto a su favor. Para Cueva este es un dato y una anécdota sin relevancia que caen en el “subjetivismo” que tanto le achaca Quintero a Cueva.

a la problemática y se pregunta: ¿cómo se planteaba la cuestión del populismo en el caso ecuatoriano? (Cueva, 2004). Para él, hay una cuestión central en la discusión del velasquismo, y no se trata de ir a tal o cual fuente, sino de comprender que el velasquismo implicaba un fenómeno de masas, por lo tanto, no era idéntico al Partido Conservador. Cueva aclara que, si se habla del caudillismo de Velasco Ibarra, no es para engrandecer al Dr. Velasco, sino para dar cuenta de una tesis global que puede ser errada o discutida, pero que da sentido al surgimiento del velasquismo, en el marco del desarrollo del capitalismo en el Ecuador junto con la articulación de varios modos de producción y de las clases sociales que conforman al Estado Oligárquico. Esto produce para Cueva un efecto específico que abre el espacio para la presencia de fenómenos políticos como el caudillismo, el regionalismo, el caciquismo y el gamonalismo. Y en este sentido, aclara el porqué de su crítica al empirismo de Quintero:

que alguien venga a decir que eso no existe porque yo ví los registros electorales y votaron los de la sierra, los de la costa, los del agro y los de la ciudad por Velasco, eso no dice absolutamente nada, y eso es lo que yo llamo empirismo porque el empirismo es justamente los árboles que impiden ver el bosque, ese bosque que todos ustedes como ecuatorianos lo saben que existe, ¿o es que no existe caudillismo, o que? que no existe problema de caciquismo, o es que no existe problema de inorganicidad de las clases en sus expresiones políticas (Cueva, 2004, pág.105).

En esta intervención Cueva deja a un lado la cuestión del populismo y plantea la tesis de que el velasquismo es un caudillismo. Plantea que se trata de entender una cuestión estructural, a la crisis de 1929, que significa una recomposición de la sociedad ecuatoriana que abre el espacio para que aparezca el caudillismo. Cueva admite que no le puso mucho énfasis al análisis del primer velasquismo, porque su punto de partida metodológico es opuesto al de Quintero. No quiso ver al velasquismo desde el pasado, sino desde el presente (Cueva, 2004). Por lo que se juegan distintos estratos temporales en ambas lecturas del velasquismo, y una tensión temporal que está en juego en el uso de las categorías. Desde el punto de vista sociológico, en la interpretación de Cueva del velasquismo, es el presente el que permite entender al pasado y la crisis de hegemonía determina una ruptura entre pasado y presente. En cambio, en la lectura de Quintero es el pasado el que permite entender al presente, como una continuidad de las formas tradicionales de dominación oligárquica.

Cueva continúa con su réplica y explicita algunas cuestiones: había dicho que Velasco triunfó con el apoyo masivo de la sociedad ecuatoriana, y plantea que no le había interesado el

hecho de que los conservadores dijeron que hay que votar por el Dr. Velasco, ya que era conocido que el Dr. Velasco triunfó en las elecciones de 1933 con el apoyo del Partido Conservador, eso era ya conocido, e ir a los datos de quien votó por el Dr. Velasco en tal parroquia sólo era útil para seguir comprobando al infinito ese hecho. Cueva plantea que:

Lo que se captaba, porque esto es lo que interesaba era captar lo nuevo, de captar la perspectiva y de captar un fenómeno cualitativo, entonces mucha de esa gente efervescente, de esa gente que iba a las barras, de esa gente que estaba en los mercados y es eso lo que se trató de rastrear desde los años 30 en donde obviamente era incipiente, pero si el volumen global de la votación era incipiente, como no iba a ser incipiente el voto. Pero esta semilla que estaba reflejando una nueva tendencia que es lo que metodológicamente se veía a partir de un futuro obviamente (Cueva, 2004, pág. 106).

Lo que le interesaba a Cueva metodológicamente cuando escribió su *Ensayo de interpretación del velasquismo* era captar esa tendencia, que en 1933 aparecía de forma incipiente. Cueva recalca en su segunda intervención que hay un problema metodológico en el análisis de Quintero del velasquismo, ya que, siguiendo su metodología no se puede captar lo nuevo que se estaba gestando. Quintero no ve la relevancia que tiene la crisis de la década del 30, entendida por Cueva como una crisis de hegemonía del conjunto de las clases dominantes. De modo que, si se toma esta crisis en su real envergadura económica, política y social, es imposible hablar de un robustecimiento de las estructuras orgánico-políticas de las clases dominantes en el Ecuador, tal como lo plantea Quintero en su libro. En este punto Cueva es lapidario con Quintero, reprochándole sus equívocos:

Pero la década de los 30, nos dice Rafael, tiene 17 gobiernos, una guerra civil, ensayos militaristas, bandazos a la derecha, a la izquierda, pero es que se había olvidado que estaban dándose los golpes de Estado, pero ¡por favor! cuando hay 17 cambios y todos los acontecimientos, es decir se estaba deduciendo, deduciendo ¿qué? que el Ecuador atravesaba una de las peores crisis de su historia, quizás comparable a la de los 60, pero claro con todas las diferencias que hay que salvar, entonces hay que ver, hay un concepto de crisis de hegemonía innegable y una vez más, que por favor no se me venga a preguntar hegemonía en tal o cual sentido. Lo utilizo en el sentido que precisé la otra vez, o sea que la clase dominante ecuatoriana abigarrada, fraccionada, dividida es incapaz de organizar de manera coherente y estable su Estado y es en este contexto, de una crisis profunda dentro de una estructura especial donde va a surgir este fenómeno caudillista incipiente en los años 30 apoyado por los conservadores ciertamente, como después estaría apoyado por ellos y por otros, más allá de las historias de doña Corina y además donde la propia fórmula velasquista va a ser una forma precaria ¿cuándo dura Velasco?, hasta que Velasco se

precipite en las bayonetas, creo que dura 10 meses. Si me equivoco, bueno hay que corregir, eso no importa, el hecho cualitativo es que tampoco dura. ¿Entonces de qué se está hablando?, ¿cuál es el robustecimiento orgánico?, ¿cómo que no hay crisis? y ¿cómo que no hay un movimiento caudillista en este momento? Sí lo hay, y quien niegue eso es que no entiende la historia ni pasada ni actual del Ecuador y eso a mí sí me parece grave y creo que se deriva simplemente del empirismo al que estoy refiriendo, porque el empirismo es eso: que los árboles no dejen ver el bosque (Cueva, 2004, pág.107).

Cueva recalca al final de su segunda intervención que no se puede pasar por alto y negar el punto central que permite entender el surgimiento del fenómeno velasquista, que es la crisis de hegemonía de los años 30 y la incapacidad de las clases dominantes para consolidar su hegemonía. Esta crisis no puede ser un dato secundario, tal como lo plantea Quintero en su análisis del velasquismo. Así, Cueva termina afirmando que no hay homogeneidad teórica en la discusión, los dos se mueven en ámbitos y dimensiones tan distintas que prácticamente hay un diálogo de sordos (Cueva, 2004).

En la última intervención del debate, Quintero plantea que Cueva no está respondiendo a las problemáticas y cuestionamientos que él señaló en torno a su interpretación del velasquismo. En específico, se refiere a la problemática de determinar cuál había sido la base social específica que apoyaba a Velasco Ibarra. En la intervención de Cueva no queda zanjada esa problemática, se había supuesto una base social “subproletaria” para el “conjunto del fenómeno velasquista” y para él, su libro había demostrado que eso no era cierto. Para Quintero, Cueva está escamoteando el problema de la idealización de un “esquema interpretativo general”, por parte de los sociólogos subjetivos que extrapolaron el modelo del populismo argentino al caso ecuatoriano, suponiendo que el “velasquismo” había movilizadado una supuesta base subproletaria (Quintero, 2004). Para Quintero, es necesario cuestionar las generalidades en las que cae el *Ensayo sociológico de interpretación del velasquismo* de Cueva, ya que, para él, no es suficiente decir que “la mayoría del pueblo votó y apoyó a Velasco”, es necesario indagar empíricamente y determinar cuál era en realidad esa base social, y su libro habría demostrado que durante una década se sostuvo una tesis totalmente errónea para comprender el velasquismo. Así pues, refiriéndose nuevamente al subjetivismo afirma Quintero:

Y es ésta una de las problemáticas con las cuales me opongo. Entonces, Agustín no responde a ese problema y éste es un cuestionamiento que hago en el libro con relación a una de las tesis más esgrimidas en el estudio del “velasquismo”. No podemos nosotros

valernos por un “esquema teórico general” alimentado por Gino Germani, alimentado por Torcuato di Tella, alimentado por esa Sociología que habló sobre el populismo en América Latina, extrapolando atemporalmente, ahistóricamente a nuestra realidad, sin haber estudiado la realidad concreta, la realidad específica de nuestra propia historia. Y eso es subjetivismo. A este planteamiento no se da respuesta (Quintero, 2004, pág. 110).

Quintero reiteró que se debe romper con una problemática errónea que sostuvieron los sociólogos ecuatorianos. Además, hace referencia en su última intervención al tema de la crisis de hegemonía y dice que es otra de las generalizaciones de Cueva, que no resuelve ningún problema, ya que, tal como estaría planteada, es una tesis obnubilante que impide comprender “los niveles de contradicción que se derivan de esa crisis de hegemonía” (Quintero, 204, pág. 111). Estas contradicciones expresarán el conflicto entre una burguesía comercial bancaria que va ganando control sobre los aparatos de dominación política y una clase terrateniente que controlaba las instituciones hegemónicas del Estado. De modo que, la Sociología ecuatoriana para Quintero al tomar un “modelo falso de interpretación”, anuló el estudio científico del “velasquismo” y negó la posibilidad de un estudio de los distintos momentos de ese “velasquismo” y de sus contradicciones.

Quintero insiste en cuestionar aquella afirmación general de Cueva de que la “mayoría del pueblo votara por Velasco”. Y se pregunta: Pero ¿cuál era el pueblo que votaba por Velasco? Ese “pueblo” estaba inserto en superestructuras políticas pre-capitalistas, ligadas al control ideológico de la Iglesia Católica, además inserto en superestructuras políticas de comunidades indígenas. Por lo que, para él, no se resuelve nada afirmando de forma general que el “pueblo votó por Velasco”, pues el “pueblo” no es una entidad uniforme en todos los países, y al “pueblo” hay que conocerlo en términos de aquellos que están insertos en la escena de la política nacional, con una participación electoral en este caso, y habría que constatar qué significaba” (Quintero, 2004, págs. 111-112).

Además, rebatiendo a Cueva, Quintero plantea que nunca excluyó el problema del caudillismo, el gamonalismo y el caciquismo. Esas problemáticas están presentes en el segundo capítulo de su libro, como formas de dominación pre-capitalistas. Lo que sí admite es que en su crítica se rechazan las concepciones weberianas y subjetivistas en torno al problema del caudillismo y el carisma. De modo que, Quintero no ve el “empirismo” en su libro, ni la crítica metodológica que menciona Cueva, solo generalizaciones desde el subjetivismo que no sostienen ninguna “crítica”. El principal problema de las Ciencias Sociales en Ecuador para Quintero es el

atraso crítico del pensamiento social, eso ha hecho que durante diez años no se cuestione un “modelo de interpretación” erróneo. Y concluye su intervención afirmando la necesidad de la crítica para el desarrollo del pensamiento social de la historia del Ecuador (Quintero, 2004).

3.6. Cuvi: ¿Caudillismo o populismo?

Las dos formas de analizar e interpretar el fenómeno velasquista se contrapusieron en el campo intelectual ecuatoriano y generaron varias reacciones entre sociólogos críticos y partidarios de una postura y de la otra. Esto animó a un debate mucho más amplio donde se inmiscuyen nuevos intelectuales que intervinieron desde distintas perspectivas marxistas y no marxistas, entre los que hay que destacar al sociólogo marxista Pablo Cuvi, quien en 1977 publicó su libro *Velasco Ibarra: El último caudillo de la oligarquía*. El libro es una recopilación de distintas entrevistas realizadas por el autor a Velasco Ibarra en Buenos Aires, conjuntamente con ensayos en los cuales se aborda la problemática del velasquismo.

En el libro de Cuvi se incluye un ensayo titulado: *¿Caudillismo o Populismo?*, donde se cuestiona por primera vez la interpretación de Cueva del velasquismo como un populismo.⁴⁶ Cuvi enunció que el gran mérito de Cueva fue plantear la problemática del velasquismo en términos de clases sociales y lucha política; pero para él, Cueva no aborda debidamente la problemática de la base económica, las relaciones de producción y las fuerzas productivas, que son la base sobre la que se desenvuelve la lucha de clases, y se establece un tipo de Estado, punto que para él está ausente en el estudio de Cueva. “Por eso, a pesar de la intención del autor, nuevamente la personalidad de Velasco y los aspectos ideológicos aparecen aquí como factores casi determinantes del caudillismo” (Cuvi, 1977, pág. 181). Cuvi se pregunta por la forma y el contenido del velasquismo y le causa curiosidad que Cueva introduzca el término “populista” entre comillas en su ensayo:

Y son justamente las comillas el motivo de nuestra inquietud, ya que en otros párrafos habla indistintamente de populismo caudillista, de caudillismo populista o de caudillismo a secas, ambigüedad que indica el reconocimiento implícito de las serias diferencias entre el velasquismo y los populismos sudamericanos. (Decimos implícito por cuanto no

⁴⁶ En el libro de Pablo Cuvi, *Velasco Ibarra: El último caudillo de la oligarquía* publicado en 1977 aparece la primera crítica dentro del campo intelectual ecuatoriano a la interpretación de Cueva del velasquismo como un populismo, aunque Quintero posteriormente en su libro *El Mito del populismo* publicado en 1980, no le reconocerá ningún aporte y pondrá a Cuvi y a su libro dentro de la misma “Sociología subjetiva” al igual que a la obra de Cueva y a toda la Sociología ecuatoriana anterior a él.

encontramos una caracterización del populismo ni una comparación con el velasquismo) (Cuvi, 1977, pág. 182).

Para Cuvi, Cueva no diferencia entre dos formas de dominación política que corresponden a etapas distintas del desarrollo del capitalismo. Por lo que, cabe hablar de caudillismo y no de populismo en el caso ecuatoriano. Sin embargo, Cueva aclara que introduce la palabra “populismo” entre comillas para diferenciar al velasquismo de caudillismos anteriores. El “populismo” entre comillas aparecería, siguiendo a Koselleck (1993) en Cueva, como un concepto clasificador de experiencias. Pero para Cuvi, el caudillismo entendido como una forma de dominación y agrupación política tradicional, en oposición a los partidos doctrinarios, expresaría al velasquismo, y la diferencia de este caudillismo velasquista, con los anteriores radicaría en el nuevo contexto urbano en el que aparece, ya no en un contexto rural. Y la causa del surgimiento del caudillismo velasquista en este nuevo contexto urbano, radicaría para Cuvi, siguiendo el argumento del propio Cueva, en que el subproletariado conservaba su ideología “rural” en la ciudad (Cueva, 1990). Para Cuvi habrá que indagar mucho más en las categorías analíticas que se utilizan. “Las categorías de “oligarquía, caudillismo y populismo” (lo mismo puede decirse de “fascismo”) obviamente no pertenecen a la teoría clásica de Marx, pero se refieren a procesos políticos que deben ser explicados” (Cuvi, 1977, pág. 185).

Cuvi señala que el término populismo se volvió tan ambiguo que se incluye bajo ese membrete a movimientos que iban desde el fascismo hasta el socialismo, pasando por el castrismo y el peronismo, por oposición al modelo ideal de la democracia occidental (Cuvi, 1977). Por lo que para precisar la problemática es necesario caracterizar lo que se entiende por oligarquía y populismo en Latinoamérica. El populismo como resultado de la crisis de dominación oligárquica, enfatiza a la dominación como una modalidad del Estado capitalista en la que conjuga elementos patrimoniales con exigencias de la racionalidad capitalista (Germani, Di Tella, & Ianni, 1973). Este modo de dominación oligárquica que se originó a partir de la “independencia política nacional” establece tipos de organizaciones y liderazgo político como el caciquismo, el gamonalismo y el caudillismo, “que eran las manifestaciones específicas de las oligarquías locales y regionales” (Cuvi, 1977, pág. 188).

La crisis específica del caso ecuatoriano no es tomada en cuenta para autores como el mexicano Ianni, que en su libro *La formación del Estado populista en América Latina*, crea un

modelo de análisis del populismo en base a los casos de Argentina, Brasil y México, e incluye al velasquismo (contradiendo a su propio modelo) dentro de los modos de dominación populistas. En este sentido, para Cuvi, “el velasquismo no puede ser incluido dentro de esa forma de dominación política” (Cuvi, 1977, pág. 189). Habría una imposibilidad analítica de caracterizar al velasquismo como un populismo, ya que la crisis del modelo oligárquico en Ecuador genera un caudillismo oligárquico, no un populismo. Además, anota lo siguiente:

Ya dijimos que el tema es ambiguo; debemos agregar que la etimología misma de la palabra aumenta la confusión ya que se origina en “pueblo”, un concepto típicamente liberal que oculta la división de la sociedad en clases sociales. Por eso es que no basta simplemente con entender por populismo la manipulación de dicho pueblo con fines ajenos a sus intereses; un criterio tan amplio no permite diferenciarlo del liberalismo o del fascismo, por ejemplo. Al contrario, se trata de descubrir los grupos sociales que participan en ese movimiento y de distinguir las características del proyecto que impulsan (Cuvi, 1977, págs. 189-190).

Habría que comprender las características del proyecto de dominación populista y siguiendo a Quijano, Cuvi establece que: “los regímenes populistas expresan una alianza entre núcleos de la burguesía industrial no oligárquica, sectores sociales medios y apoyo de núcleos importantes del proletariado urbano industrial” (Cuvi, 1977, pág. 190). Esto define el contenido desarrollista y nacionalista del proyecto de dominación populista. Los movimientos populistas surgieron durante la crisis capitalista de los años 30 y 40, y fueron causa y efecto de la ruptura de la dominación oligárquica (Cuvi, 1977).

Remitiéndose al caso ecuatoriano Cuvi plantea, citando al Sociólogo ecuatoriano Fernando Velasco que: “a diferencia de los líderes populistas que aparecen contemporáneamente a Velasco, este no significa la irrupción de nuevas fuerzas económicas que buscan a través del líder la alianza con las masas a fin de doblegar a los sectores exportadores y posibilitar el desarrollo industrial” (Velasco, 1972, pág. 18). De modo que, lo que habría impedido en el caso ecuatoriano que el velasquismo se convierta en un populismo, siguiendo la hipótesis de la modernización, fue la ausencia de un proceso de industrialización y de una burguesía industrial en alianza con un proletariado urbano. Esto hizo, para Cuvi, que Velasco Ibarra se convierta en un caudillo oligárquico, y no en un líder populista como fue el caso de Argentina, Brasil y México. De modo que, el velasquismo sería un caudillismo, no un populismo.

Así pues, Cuvi pone por primera vez en cuestión la ambigua interpretación de Cueva del fenómeno velasquista, y muestra el desfase entre el modelo analítico de los populismos y la experiencia del velasquismo en Ecuador. Para Cuvi, la vinculación entre velasquismo y populismo no es correcta, habría ahí un desfase entre el concepto, la categoría y la experiencia. Cueva había vinculado la palabra populismo con la experiencia velasquista y desde ahí se había establecido que el velasquismo había sido un populismo. Pero si se sigue el modelo analítico construido por la Sociología latinoamericana (para comprender las experiencias del peronismo, el varguismo y cardenismo) no es posible sostener que el velasquismo haya sido un populismo.

3.7. Hurtado: populismo y carisma

Otro de los intelectuales que intervienen en el debate es Oswaldo Hurtado que publicó en 1977 el libro *El poder político en el Ecuador*. Este libro es una respuesta a las interpretaciones marxistas y ensayistas de la historia ecuatoriana. El autor busca fundar una sociología científica basada en evidencias empíricas que: “en lugar de inventar la realidad, la descubre, analiza, y explica incorporando de una manera metódica, rigurosa y sistemática el mundo empírico” (Hurtado, 2019, pág. 12). Además, Hurtado nos plantea una separación entre la filosofía y la sociología:

Mientras el filósofo se interesa por el deber ser de los actos humanos, al sociólogo le preocupa el ser, desprovisto de juicios de valor. Se examinan entonces las relaciones sociales en sí, como han sido en la práctica, sin tener en cuenta los propósitos de los actores. Por lo tanto, se recurre a métodos empíricos y experimentales y no al razonamiento filosófico. Además, como son las prácticas comunes-y no las excepciones las que marcan las características de una sociedad y su evolución, solo se toma en cuenta lo general y se deja de lado lo particular, que es preocupación del historiador (Hurtado, 2019, págs. 17-18).

En este libro de Hurtado se incluye un capítulo titulado Urbanización y populismo, donde se aborda la problemática del “populismo de Velasco”. Hurtado asume el enfoque de la sociología funcionalista y sostiene la tesis de que el velasquismo habría sido un movimiento populista. Para este autor, este movimiento había surgido debido a la descomposición del “régimen de Hacienda” que había generado una “masa urbana desarraigada” producto de la migración del campo a la ciudad y de los procesos de urbanización de los años 40. Los barrios urbanos marginales para Hurtado se habían convertido en la base de un movimiento populista que se había articulado a partir de la figura de un líder carismático (Burbano de Lara & De la Torre, 1989).

Hurtado pese a tener un enfoque distinto está influenciado por la interpretación de Cueva del velasquismo, ya que, para él, el populismo velasquista tendría como base a una masa subproletariado urbano-marginal. Pero este autor pone especial énfasis en la figura del líder carismático, idea que toma de Max Weber. “Es tan fuerte el peso que da Hurtado a la figura de Velasco, que se convierte en un dirigente que deslumbra a las masas, las cautiva y las atrapa, podrá recurrir a ellas cuantas veces sea necesario” (Burbano de Lara & De la Torre, 1989, pág. 40). Lo distintivo del estudio de Hurtado es que basado en el enfoque teleológico de la sociología funcionalista introduce la problemática de la “teoría de la modernización” de Germani y plantea que la figura carismática de Velasco Ibarra es un obstáculo a la modernización, que debe dotar de una racionalidad instrumental a la política. Así:

Hurtado dirá que la imposibilidad de Velasco para asumir la modernización de la sociedad ecuatoriana será una de las razones para sus frecuentes caídas. Allí aparece un conflicto entre la “irracionalidad del líder carismático” y la necesidad de conformar un cuadro técnico que organice la administración del Estado moderno, por un lado; y por otro, la oposición entre un discurso que apela a los “sentimientos” y “pasiones” en contraposición a un discurso ideológico, racional y coherente, que asuma la modernización como un proyecto a ejecutarse (Burbano de Lara & De la Torre, 1989, pág. 40).

Para Hurtado, el populismo “cambió las formas tradicionales de participación de los ciudadanos en la vida pública, el discurso de los líderes políticos y el carácter de las políticas públicas” (Hurtado, 2019, pág. 313). Sin embargo, su análisis mantiene la lectura peyorativa del populismo velasquista, ya que, para él, el populismo pese a convertir al pueblo en el principal actor de la política, lo convierte en su clientela electoral, de la que dispone a su antojo el “caudillo populista”. El líder populista: “Manipula los resentimientos sociales y alienta las frustraciones de los desposeídos, a los que entrega dádivas, favores y toda suerte de beneficios, ninguno de los cuales cambiará su suerte” (Hurtado, 2019, pág. 314).

3.8. Menéndez Carrión: el clientelismo político

En línea con los planteamientos de Quintero, la politóloga Amparo Menéndez Carrión publicó en 1986 su libro *La conquista del voto. De Velasco a Roldós*, e interviene en el debate sobre el velasquismo. En su estudio comienza señalando las limitaciones del estudio de Quintero. Para ella, si bien las conclusiones a las que llega Quintero a partir de su estudio de las elecciones de 1933 son válidas y esclarecen la relación del primer velasquismo con los grupos de poder y los partidos políticos, el análisis se queda corto, ya que el velasquismo es un fenómeno que dura casi cuarenta

años. Para la autora es necesario ampliar el análisis para comprender los cuatro velasquismos subsiguientes en sus coyunturas históricas. Menéndez Carrión se propone en su libro, siguiendo el planteamiento de Quintero, “entender los mecanismos por los cuales se recluta los votos y se crean bases electorales de apoyo en los sectores urbano marginales de la ciudad de Guayaquil” (Burbano de Lara & De la Torre, 1989, pág. 46).

Menéndez Carrión criticó lo que ella denomina “la interpretación convencional” del velasquismo. Los enfoques anteriores para la autora no dieron la debida atención a los mecanismos de articulación electoral de los sectores urbano marginales. Por eso considera que estudios como los de Cueva o Hurtado son insuficientes para comprender al velasquismo como lo que es: un movimiento político electoral. Para la autora, al igual que para Quintero, se habían creado ideas fantasiosas sobre Velasco y el velasquismo, sin ninguna sustentación empírica (Burbano de Lara & De la Torre, 1989). La autora se propone comprender el comportamiento electoral de la supuesta base social de velasquismo, el subproletariado urbano-marginal, e indagar en la relación líder-masa en los barrios suburbanos de Guayaquil:

En lo académico —asumiendo una posición similar a la de Quintero sin ser ella marxista— Menéndez cuestiona la “perspectiva convencional” por haber aceptado tesis que no se fundamentaban en análisis rigurosos de la realidad empírica. Una muestra de ello es el poco respaldo que se ha dado a la idea -aceptada casi por todas las interpretaciones, con excepción de Quintero- del nexo entre los contendores populistas y el apoyo de las masas urbanas pobres de la Costa. Menéndez no cuestiona esta tesis, simplemente la desarrolla para darle un sustento científico, pero ese proceso de investigación le lleva, en ciertos aspectos, a distanciarse de Quintero (Burbano de Lara & De la Torre, 1989, pág. 47).

Además, Menéndez Carrión cuestiona la tesis del líder carismático que desde la visión de la Sociología funcionalista surge de la “ignorancia” y el “atraso” político de las masas. La autora desplaza esa problemática y plantea que se debe comprender al velasquismo como un “clientelismo político” y una “maquinaria política electoral”. De ahí, surge una nueva problemática que plantea estudiar la relación líder-masa en el velasquismo como un “respuesta utilitaria a una situación concreta” como un “clientelismo en acción” en donde hay una relación utilitaria mediada por una racionalidad medios-fines entre el líder y la masa a cambio de votos.

3.11. Crítica de la crítica del populismo

Posteriormente Agustín Cueva publicará en 1988 la última reedición de su libro *El proceso de dominación política en el Ecuador*, en donde incluirá una tercera parte titulada: *Un tranvía llamado ¿populismo?* en la que responderá a sus críticos y esclarecerá la cuestión del debate y la polémica en torno al velasquismo y el populismo. Cueva realizó una crítica a la crítica, con lo que responderá a sus principales contendores: Quintero y Menéndez-Carrión, y retomará la problemática teórica y política en torno al populismo.

Cueva comenzó recapitulando la discusión con Quintero y su libro *El Mito del populismo* y cuestiona los “aportes” de Quintero al estudio del velasquismo que Menéndez-Carrión (1986) considera “seminales”. Cueva menciona que hay tres líneas entorno a las cuales se articula el debate: 1) Una línea teórica general con la que a nombre de un supuesto marxismo ortodoxo se pretende ajustar cuentas con los “sociólogos subjetivistas”; 2) Una reflexión bastante laxa sobre el concepto de populismo, indebidamente definido y usado de manera inadecuada para el caso ecuatoriano; y 3) Un saber positivo, es decir empírico, con algunas consideraciones metodológicas encaminadas a demostrar que en la “realidad” jamás había existido tal populismo en el Ecuador y que Velasco Ibarra no pasó de ser el candidato de la clase terrateniente y del Partido Conservador ecuatoriano (Cueva, 1990).

Así, Cueva de forma sarcástica agradece las lecciones de marxismo-leninismo que Quintero tuvo la “amabilidad” de impartirle en su libro y señala que en su primer escrito relacionado al tema del velasquismo: *Más allá de las palabras (introducción a la mitología velasquista)*, ya había señalado que el fenómeno velasquista correspondía a determinada estructura y forma de la lucha de clases, de la que se deriva una forma de dominación, y plantea:

Inquirir en qué contexto concreto pudo aparecer un caudillo de “arrastre popular”; rastrear el sustrato humano y los supuestos míticos que permitían que un hombre fascinará a las masas sin dejar de favorecer a las oligarquías, se apoyara en los conservadores y en buena parte del clero sin malquistarse con los liberales ni descartar, en determinado momento, el apoyo de socialistas y comunistas (Cueva, 1990, pág. 154).

Admite que sus análisis de la estructura y de la lucha de clases en Ecuador pueden ser no siempre atinados, pero de ahí a decir que su estudio no tomó en cuenta las relaciones de producción ni la conformación de las clases sociales, es un absurdo. Por otro lado, otro de sus críticos le atribuye haber planteado una relación mecánica entre las crisis del capitalismo de los años treinta

y el surgimiento del subproletariado urbano-marginal como base social del velasquismo, y además de ignorar por completo la personalidad de conductor político, factor que no olvidó y menos despreció Carlos Marx (Cueva, 1990). A esto Cueva responde que en una parte de su estudio sobre el velasquismo trató justamente sobre: la personalidad del conductor político, y en cambio acusa a Quintero de haber tomado en cuenta solo esa parte de su análisis. Además, para Quintero, Cueva habría proyectado en su análisis que el subproletariado urbano-marginal que había aparecido, producto la crisis y la migración del campo a las urbes, habría escapado al control político de las clases dominantes. A esto Cueva responde que:

¿Dije yo acaso, alguna vez, que el subproletariado había escapado al control político de las clases dominantes? Me parece que no. Mas sucede que, con su falta de finura analítica, Quintero confunde dos órdenes de cuestiones. En efecto, de una parte, está mi tesis sostenida desde 1967, de que las clases dominantes mantuvieron dicho control político en gran medida gracias al velasquismo, sí Quintero no entendió este nivel tan elemental de mi razonamiento, me pregunto qué es lo que realmente retuvo de la lectura de mis textos (Cueva, 1990, pág. 155).

Por otro lado, Cueva dice que Quintero no puede percibir algo que es una obviedad y que aparece en cualquier texto histórico, político, sociológico, literario o testimonial de la época, que desde los años treinta las oligarquías o clases dominantes, ya no podían dominar más a la manera tradicional, a través de sus partidos de notables. Estos mecanismos habían entrado en crisis y se requería buscar nuevas formas, más sutiles y complejas de ejercer la dominación. Para Cueva, si Quintero no puede inferir a partir de sus datos, que hubo una crisis de hegemonía y un “vacío de poder”, que decantó el surgimiento de una nueva forma de dominación, significa que estamos ante una “concepción pedestre del materialismo histórico, originada en los niveles más rudimentarios del empirismo estadounidense que Quintero conoce muy bien” (Cueva, 1990, pág. 156).

Para Cueva, Quintero debe entender que la realidad no es tan rudimentaria ni mecánica, para eso le recomienda releer *El dieciocho brumario*, de Marx sin saltarse las partes que para él serían simple “sociología subjetiva” o “retórica literaria”. Quintero debe entender que mediante los datos empíricos no es posible acceder a ciertos niveles de la realidad de los que no se puede obtener una fotostática. Para Cueva, el marxismo ecuatoriano si quiere sobrevivir debe retomar lo mejor de su tradición y remitirse a Marx y en el ámbito latinoamericano a José Carlos Mariátegui. Por lo que, no es posible para él: “que se confunda el materialismo histórico con la ramplonería y el empirismo más burdo, y se piense que la realidad está desprovista de significaciones, sueños

fantasmas y dolores” (Cueva, 1990, pág. 156). Así, recalca la pertinencia de su análisis, de la parte subjetiva del velasquismo frente al limitado punto de vista empirista de Quintero.

Otro de los temas que Cueva esclarece es en relación a la observación de Quintero de haber abandonado una supuesta “desviación weberiana” que remitía en su estudio al uso de la “doctrina weberiana del carisma”. Cueva aclara que nunca hizo suya tal doctrina, pero que nunca rechazó el uso de tal vocablo (Cueva, 1990). El problema para él, es que Quintero confunde diferentes planos teórico-metodológicos y aclara que, si él menciona que Velasco Ibarra es un “caudillo carismático”, eso no significa que se esté suscribiendo a la “doctrina weberiana” y comenta: “uso esos términos a nivel simplemente descriptivo, y no como categorías, ni conceptos teóricos dotados de poder explicativo” (Cueva, 1990, pág. 157).

Continúa con su argumentación y señala que se debe entender que hay una relación dialéctica, no mecánica, entre el proceso de conceptualización y la recopilación de datos empíricos. Cueva menciona que aquello que determina a un saber científico es la construcción de categorías teóricas o, en otras palabras, la conformación del marco analítico que estamos utilizando, por lo que: “ningún dato o conjunto de datos, por sí solos, refutan ni corroboran absolutamente nada” (Cueva, 1990, pág. 158).

Sobre la relación entre el subproletariado y el velasquismo como movimiento de masas señala que es inequívoca y empíricamente comprobable a partir de 1952, tal como la propia Menéndez-Carrión lo corroboró en su libro *La conquista del voto*, dándole la razón a Cueva a regañadientes. Y, si nos remitimos a las presidencias anteriores de Velasco como la insurrección popular que lo llevó al poder en 1944, Cueva menciona que esa vez ni siquiera hubo elecciones, por lo que no habría datos que corroboren “generalidades” como la de señalar que Velasco llegó a la presidencia “aclamado por el pueblo como su salvador” (Cueva, 1990). De igual forma, Cueva indica que nunca afirma tal cosa como que “Velasco habría triunfado en las elecciones de 1933 con el voto del subproletariado”. Para Cueva, esto es sencillamente ridículo, una sandez de Quintero, ya que él, había afirmado que “Velasco triunfó con el apoyo masivo de la población” y habló de la “popularidad del caudillo a escala nacional”.⁴⁷ Por lo que, la crítica de Quintero a los

⁴⁷ Señalando algunas precisiones empíricas Maiguashca y North remitiéndose a los datos electorales muestran en su estudio: *Orígenes y significado del velasquismo: Lucha de clases y participación política en el Ecuador, 1920-1972*, que hay un tamaño reducido del electorado urbano-marginal hasta 1960, porque lo que las masas marginales no pudieron determinar los resultados electorales de Velasco, necesariamente también tuvo el apoyo electoral de las

planteamientos de Cueva no tendría ningún sentido y carecería de una debida sustentación teórica y empírica. Cueva reafirma sus tesis de que entre 1932-1933 con la emergencia de los primeros núcleos proletarios y subproletarios hubo un cambio cualitativo en la vida política ecuatoriana, y que estos núcleos fueron partidarios del velasquismo, aunque de hecho en las elecciones de 1933 no hayan votado por Velasco. Esta crítica de Quintero se debe a que este autor confunde y no reconoce la diferencia del velasquismo como movimiento electoral y como movimiento político (Maignashca & North, 1991). En relación a este argumento Cueva afirma lo siguiente:

Está bien que se piense que mi fuerte no es el manejo de las “fuentes primarias”, lo cual es cierto; pero de ahí suponer que soy tan torpe como para imaginarme que ya a comienzos de los treinta el subproletariado se había apoderado cuantitativamente del país, hay un gran trecho. Nada más traté de señalar el comienzo de un cambio cualitativo que luego tendría capital importancia en la vida política y social del Ecuador. Cambio cualitativo, recalco, aún a riesgo de que se me pregunté en qué archivo, censo o registro oficial o civil encontré tal dato. En ninguno, para escándalo de nuestros ilustres “cientistas sociales” de hoy (Cueva, 1990, págs. 159-160).

Por último, sobre la crítica de Quintero en relación a su tesis de que el velasquismo no habría sido más que una especie de máscara del Partido Conservador Ecuatoriano, Cueva plantea que la relación entre Velasco y los conservadores siempre fue muy contradictoria. Si bien el propio Velasco agradeció el apoyo que le brindaron los conservadores en algunos de sus gobiernos, así como también lo hicieron liberales y otras agrupaciones políticas de izquierda, también es cierto que en más de una vez se opusieron al triunfo del caudillo. De hecho, está claro que después de las elecciones de 1933, en el campo electoral, tal como lo señalan Maignashca y North (1991), fue clara la capacidad de Velasco de ganar elecciones por su propia cuenta, con excepción de 1933, ya que, Velasco terció en las elecciones de forma independiente con los candidatos del partido conservador y liberal (1952,1960,1968). Por lo que, “el velasquismo se desarrolló independientemente del Partido Conservador y en competencia con los dos partidos tradicionales: el conservador y el liberal” (Maignashca & North, 1991, pág. 143).

Por lo demás, Cueva aclara que nunca dudó de la mentalidad conservadora de Velasco. Sin embargo, admite que no vio la magnitud de su conservadurismo y argumenta: “Sin tratar de

clases medias en formación, en sus distintos triunfos electorales (Maignashca & North, 1991). Por lo que, el velasquismo tampoco puede ser reducido a la expresión política de las masas urbano-marginales, sino que se debe incluir a las clases medias en formación.

justificarme, creo que ello se debe al espejismo que genera todo populismo, con o sin comillas, cuando uno de cierta manera lo está aún viviendo” (Cueva, 1990, pág. 162). Los populismos para Cueva no dejan de ser un espejismo que por momentos generan un reflejo progresista, cuando al mismo tiempo no dejan de tener un trasfondo ideológico conservador, por lo que pueden tener un significado plurívoco. Así, Cueva se pregunta a propósito de las experiencias populistas:

Espejismo o, si se prefiere, encandilamiento. ¿Por qué el varguismo emitía por momento reflejos progresistas, al mismo tiempo que su caudillo no había dejado de mantener las más cordiales relaciones con la Alemania nazi? ¿Por qué el peronismo, además de emitir el mismo tipo de reflejo, ha conseguido ser el símbolo de buena parte de la izquierda argentina, pese a que su máximo jefe fue también admirador del Eje, gran amigo de todos los Somozas y similares, y permanente huésped de honor del generalísimo Francisco Franco? Tal vez porque los populismos, más acá de ese trasfondo ideológico conservador (más o menos acentuado según los casos), son simultáneamente *un altoparlante de ideologías inconcretas*, por tanto, plurívocas, para referirse usa aquella frase lapidaria que Raúl Andrade aplicó al discurso velasquista en una fecha tan temprana como 1934 (Cueva, 1990, pág. 162; énfasis del original).

En la segunda parte de su texto Cueva aborda las críticas y los “grandes descubrimientos” de Menéndez-Carrión en su libro *La Conquista del voto: De Velasco a Roldós*. Para su autora el “gran aporte” es el haber descubierto que existe el “clientelismo político” y las “maquinarias electorales”, y que el velasquismo se explica como un sistema clientelar, el resto es “especulación no científica”. Pero además del hallazgo del clientelismo, para Cueva habrían dos grandes aportes al “saber sociológico ecuatoriano”: 1) Una, de carácter negativo, que demostraría la escasa utilidad de los enfoques que interpretan los comportamientos electorales como los rasgos de una “cultura política”, de un segmento del electorado urbano carente de “desarrollo político”, “ignorantes” y “desarraigados” que votan por los atributos personales “carismáticos” de un candidato; 2) Otra, de carácter positivo, con la que se busca comprender el comportamiento electoral de los sectores marginales como una respuesta racional, no emocional a sus condiciones objetivas de existencia. Cueva aclara en relación a estos dos puntos, que Menéndez-Carrión coincide parcialmente con sus planteamientos en lo que se refiere al punto uno y menciona que cuando comenzó a analizar el velasquismo una de las tesis que rechazó es la de la intelectualidad pequeño-burguesa que pretendía mostrar que: “el velasquismo es explicable por la demagogia del líder, que prende en aquellos sectores políticamente inconscientes de la población” (Cueva, 1990, pág. 164).

Cueva menciona que también ha destacado cierto tipo de pragmatismo y de racionalidad material en los sectores urbanos-marginales, pero que sus coincidencias con Menéndez Carrión llegan hasta ahí, ya que la autora pretende negar otros rasgos de la racionalidad, como el simbólico-material, cosa que para Cueva empobrece la realidad. Este enfoque de análisis no profundiza en los niveles más recónditos del ser social y “lo reduce a un espacio monótono, yermo, carente no sólo de todo movimiento dialéctico sino incluso del más mínimo espesor histórico y cultural” (Cueva, 1990, pág. 165).

Por último, en relación al estudio de Menéndez Carrión, Cueva menciona que debería agradecerle su trabajo de investigación empírica tan detallado, ya que corrobora lo acertado de sus análisis en relación a la base subproletaria del electorado velasquista a partir de 1956. De modo que, sus “intuiciones especulativas” serían correctas, reafirmadas además por la propia autora. La confusión de que el estudio de Cueva sobre el velasquismo supuestamente habría generado en Ecuador, tal como Quintero lo afirmaba, sería un equívoco, y menciona:

Y confusión de la cual tampoco parecería haber quedado a salvo la profesora Menéndez, quien, contrariando el “excelente planteamiento crítico” de su amigo y prologoista Rafael Quintero, habla del populismo de Velasco Ibarra y otros políticos a lo largo de todo el libro, aunque de manera “preliminar”, como ella mismo lo advierte sin menor sentido del humor” (Cueva, 1990, pág. 168).

En la última parte de su escrito Cueva se pregunta ¿velasquismo igual a populismo? Y busca esclarecer la cuestión de si el velasquismo había sido o no un populismo y señala que el problema con respecto al libro de Quintero no reside en el hecho de haber cuestionado el uso de la categoría de populismo, sino en la forma tosca y desinformada en que lo hizo (Cueva, 1990). Para Cueva, es imposible demostrar mediante la investigación empírica como lo quiso hacer Quintero, el carácter populista, bonapartista, fascista, conservador o lo que fuese de cualquier fenómeno político. Además, menciona para reafirmar su argumentación la discusión en los ochenta sobre el carácter fascista o no fascista de los regímenes militares en América Latina, y plantea que a nadie se le hubiera ocurrido zanjar esa cuestión “empíricamente” (Cueva, 1990). Además, que es una ingenuidad pensar que Cueva habría embaucado a sus colegas ecuatorianos y latinoamericanos con lo del “populismo velasquista”.

Cueva menciona que ya había recibido varias críticas de colegas latinoamericanos sobre el uso de la categoría de populismo para comprender el fenómeno velasquista y había aceptado

muchas de esas críticas,⁴⁸ y aclara que en un primer momento utilizó esa categoría en sentido puramente descriptivo. Cueva admite haberle dado muy poca importancia teórica a la categoría de populismo cuando la introdujo por primera vez en su *Ensayo de interpretación del velasquismo*, por lo que había aceptado las observaciones hechas por Pablo Cuvi en su libro sobre Velasco Ibarra, y había decidido dejar de usar tal categoría y utilizar solamente la categoría de caudillismo para referirse al velasquismo. Pero Cueva, decide en este escrito responder y reflexionar en relación a la ambigüedad en el uso de la categoría populismo que hizo en un primer momento y menciona que:

Hay tres razones que tengo muy claras. Primera, a) que al escribir *El Proceso de dominación* mi modelo teórico fundamental es *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, de Marx, en el que el autor se preocupa de todo, salvo de una cosa: definir lo que es el “bonapartismo”. b) Segunda, a que hacía 1970 mis conocimientos de la Sociología latinoamericana eran bastante precarios: a decir verdad, casi no estaba enterado de la discusión sobre el populismo, ella misma embrionaria antes de aquel año. c) Tercera, a que siempre estimé que el debate teórico sobre el carácter populista o no populista del velasquismo, podía tornarse fácilmente bizantino; en todo caso, no añadía ni quitaba nada a mi interpretación del proceso político ecuatoriano. Y tan convencido estaba de esto último, que entre 1973 y 1979 llegué a eliminar de mis escritos sobre el Ecuador los vocablos populismo y populista. El mejor ejemplo a este respecto es mi trabajo Ecuador: 1925-1975, incluido en *América Latina: historia de medio siglo*, en donde tales términos no aparecen en ningún momento del análisis, sin que tal omisión implique una negación de mis tesis fundamentales sobre el velasquismo (Cueva, 1990, pág. 170; énfasis del original).

Cueva señala que la primera vez que introdujo una comparación entre el velasquismo y los populismos de Argentina y México fue cuando preparaba la edición cubana de *El proceso de dominación* en 1978. En esta edición Cueva señala cuales son las diferencias entre estos populismos y el velasquismo y plantea que el velasquismo:

“No nació como fórmula de arbitraje entre una burguesía industrial y una oligarquía agroexportadora, ni como instrumento de manipulación de proletariado naciente, como parecería ser el caso de los populismos argentino y brasileño, sino que en el contexto ecuatoriano el velasquismo representa una fórmula de transición entre una burguesía agro-

⁴⁸ En concreto Cueva hace referencia al Sociólogo centroamericano Edeberto Torres Rivas, que en su artículo *Notas sobre la crisis de la dominación burguesa en América latina*, incluido en el libro: *Clases sociales y crisis política en América Latina*, Siglo XXI, México, 1977, había señalado varias objeciones al uso de la categoría de populismo para comprender el fenómeno velasquista en Ecuador.

mercantil en crisis y una aristocracia terrateniente todavía poderosa y como un medio de manipulación de masas subproletarias” (Cueva, 1990, pág. 170).

El velasquismo a lo largo de su historia continuó desarrollándose como equilibrio inestable entre los intereses de una clase dominante débil y fraccionada, y a su vez como expresión compleja de la situación de marginalidad de las masas subproletarias que habían surgido, producto de la crisis y de las contradicciones propias de un modo de producción capitalista que en Ecuador se articulaba de forma conflictiva con la economía mundial y con los sectores económicos precapitalistas nacionales. Así, “el velasquismo a nivel ideológico representó una combinación de elementos estructurales heterogéneos, amalgamados al color de una demagogia mistificadora” (Cueva, 1990, págs. 170-171).

Esclarece que solo la ceguera y el simplismo de Quintero, no le hacen ver la importancia que Cueva le atribuyó a la clase terrateniente en el nacimiento y el ascenso del velasquismo, pero a su vez el fenómeno no queda reducido a una expresión de la clase terrateniente y el Partido Conservador como lo hace Quintero en su estudio del velasquismo. No obstante, Cueva admite como una autocrítica que se debe profundizar en conceptos como “masa subproletaria” o “marginalidad”, ya que estos conceptos merecen un tratamiento teórico más preciso. Menciona sobre la problemática entre velasquismo y populismo:

Y queda, igualmente, la cuestión del populismo en el Ecuador, que aquellas indicaciones que transcribí están lejos de resolver. Incluso debo admitir que ellas son ambiguas en la medida en que, lejos de pronunciarse sobre el carácter populista o no populista del velasquismo, elude discretamente el problema: y lo hago, porque hasta esas alturas de 1978 aún estoy convencido de que resulta estéril enfrascarse en una discusión estrictamente nominal (Cueva, 1990, pág. 171).

Pero Cueva plantea que ese mismo año de 1978 se publicó el libro *Política e ideología en la teoría marxista: capitalismo, fascismo y populismo* de Ernesto Laclau obra que adquirió especial importancia, por el hecho de que reintroduce la problemática del populismo y de la lucha de masas en América Latina desde otras coordenadas analíticas. Sin embargo, ese libro para Cueva representaba un radical ataque a las interpretaciones materialistas de la historia latinoamericana, ya que, Laclau en ese libro abandonaba los principios teóricos clásicos del marxismo, y disuelve toda “frontera de clase entre el *populismo* y lo *popular revolucionario*, e incluso, negar la solución de continuidad existente entre *populismo* y *socialismo*” (Cueva, 1990, pág. 172). Pero Cueva

menciona que en lo personal en ese momento se dio cuenta que ahora sí tenía sentido intervenir en la discusión sobre el populismo.

Al final del texto, Cueva argumenta y sostiene que el velasquismo es una variante de los populismos latinoamericanos. Por lo que, el fenómeno ecuatoriano también puede insertarse dentro de la controvertida categoría de populismo, y enlista los motivos por los cuales sostiene el uso de esa categoría para el caso ecuatoriano: El primer lugar, el velasquismo compartiría con los otros populismos su carácter de mediador, e incluso “árbitro” entre las distintas clases y fracciones dominantes dentro del bloque de poder. En segundo lugar, el velasquismo es un caudillismo, con un gigantesco arrastre de masas y en eso se asemejaba al peronismo. En tercer lugar, ese caudillismo de Velasco Ibarra, al igual que el de Perón es un caudillismo moderno de envergadura nacional, no asentado en un localismo, que se expresa a través de contiendas electorales no amañadas, que se realizan de acuerdo a las reglas de la democracia liberal, cosa que servía de vehículo ideológico para que las masas subproletarias en el caso ecuatoriano sean incorporadas a la modernidad urbana, a través de un universo mítico en vías de disolución. En cuarto lugar, la contribución del velasquismo a la constitución de un sentido de ciudadanía entre las masas, por medio de la defensa del sufragio universal, contribuyendo al resquebrajamiento de una sociedad hasta entonces rígidamente estamental. En quinto lugar, el asistencialismo de Velasco Ibarra que no solo fue “espiritual”, sino que también se materializó a través de la obra pública. Esto significó para Cueva una redistribución indirecta de la renta, que constituyó una paupérrima versión de un “Estado de Bienestar”. En sexto lugar, la obsesión de Velasco Ibarra por la integración del espacio nacional. En séptimo lugar, el nacionalismo de Velasco Ibarra que, pese a las limitaciones inherentes a su carácter nacional-populista, supo en determinados momentos construir un sentido de lo nacional, sin llegar a ser un movimiento popular revolucionario (Cueva, 1990).

En su escrito, Cueva recalca que son los rasgos ambiguos constitutivos del populismo velasquista los que confundieron a la izquierda e hicieron que en más de una ocasión una parte significativa de ella apoyará al caudillo, y termina diciendo que, si se requiere devolver a la historia ecuatoriana un mínimo siquiera de su compleja trama, (tal como la planteaba Quintero) es necesario comprender al velasquismo más allá de una simple máscara de la clase terrateniente y de su Partido Conservador.

Por último, cabe mencionar que Quintero termina aceptando en una posterior publicación *Nueva crítica al populismo*: “si bien *El mito del populismo* demuestra que en 1933 no hubo populismo en el primer velasquismo, yo no puedo, sobre esa base, descartar que el populismo no haya existido después” (Quintero, 2004, pág. 60). Y señala que les corresponde a los creyentes del “populismo velasquista” emprender una investigación tanto teórica como empírica que muestre la existencia del “populismo” en los subsiguientes velasquismos.

Al final, los círculos intelectuales de izquierda ecuatorianos convierten al debate entre Cueva y Quintero, en una disputa política partidista “izquierdista” y “dogmática”, entre quien se consideraba en realidad marxista y quien no lo era, y quienes reclamaban seguir el “verdadero” método del materialismo histórico. Cueva, al no asumir jamás en su trayectoria intelectual una posición política partidista, ni militante,⁴⁹ es calificado como un “radical de izquierda”, anticomunista por los intelectuales del PCE.⁵⁰ Quintero por su parte siempre fue cercano a los círculos intelectuales comunistas, legitimado por su militancia en el Partido Socialista y por su actividad como docente e investigador de la FLACSO.

A partir de este acalorado debate y de toda la polémica que trascendió el campo estrictamente académico, la interpretación del velasquismo en el campo intelectual ecuatoriano se dividió según lo relata Tinajero: “entre “quinteristas” y “cuevistas”, con un saldo más bien negativo para el desarrollo de las Ciencias Sociales en Ecuador, ya que se dejó de debatir al nivel de la teoría y el método” (Tinajero, 2012, pág. 19).

3. 9. Robles: populismo ruso, marxismo y carisma en la sociología de Max Weber

Los marxistas del PCE decidieron intervenir en la confrontación entre Cueva y Quintero, por lo que, Marco Robles (comunista y militante del PCE) escribió un artículo con el que respondió a los

⁴⁹ La Socióloga mexicana Raquel Sosa Elizaga señala que Agustín Cueva: “Fue un duro crítico de las agrupaciones de izquierda de su país, a las que consideraba incapaces de cuestionar el orden establecido. Él se planteaba la necesidad de una opción más clara y convincente, pero no la veía en las distintas organizaciones existentes: tanto el Partido Comunista como los partidos socialistas y los grupos radicales estaban, desde su punto de vista, penetrados por la contradicción que marcaba al conjunto de la vida ecuatoriana, por esta inseguridad respecto a su identidad y a sus planteamientos, lo cual los llevaba unas veces a ser demasiado tibios, y otras a errar en la definición de la estrategia a seguir frente a sus enemigos de clase” (Sosa Elizaga, 1995, pág. 299).

⁵⁰ Marco Robles López, intelectual y militante del Partido Comunista del Ecuador, en su artículo *Alucinaciones sobre el populismo*, menciona que Cueva no es un marxista, sino un “radical de izquierda”, argumentando que: “El Sociólogo ecuatoriano Sr. Agustín Cueva es un radical de izquierda. Nosotros consideramos que esto no es negativo porque se trata de una corriente ideológico-política contemporánea que a pesar de todo lo brevemente anotado, de ninguna manera se presenta como anquilosada, mucho menos privada de una avance y evolución que le permita aproximarse a las posiciones científicas del marxismo-leninismo” (López, 1989, pág. 67).

planteamientos de Cueva sobre el populismo. En el artículo titulado: *Alucinaciones sobre el populismo*, Robles plantea que Cueva es muy poco convincente con sus “sesudas” discusiones sobre el “populismo” velasquista (López, 1989). Comienza cuestionando la utilización que hace Cueva del análisis de Marx sobre Luis Bonaparte como modelo analítico para su interpretación del fenómeno velasquista. Para este autor en la interpretación de Cueva del velasquismo como un “populismo” no se encuentra una indagación de lo que fue el populismo histórico que tiene su origen en Rusia. Plantea que: “Con una innegable presunción, con una pretensión exégeta del marxismo, Cueva aconseja a Quintero releer *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte de Marx*. Obligada pregunta: ¿En esta obra, realmente se brinda un análisis circunstanciado de lo que es el populismo? (López, 1989, pág. 61). Robles plantea que es decepcionante que Cueva recurra a una fuente como el bonapartismo, que no es precisamente la más convincente, para defender su tesis sobre el populismo (López, 1989).

Para Robles, hay un populismo dentro del marxismo que Cueva desconoce: el populismo ruso que fue fundado por Aleksandr Herzen⁵¹ y Nikolái Chernishévski,⁵² que planteaba la posibilidad del paso al socialismo, a través de la comuna campesina, sin cruzar por la vía de la instauración del capitalismo, tal como había ocurrido en occidente. Los ideólogos del populismo ruso preconizaban un entrelazamiento de la democracia agraria con un socialismo campesino utópico, a través de una revolución campesina en contra del régimen de servidumbre en la Rusia zarista de los años 70 del siglo XIX. Así, es más convincente para Robles plantear estas tesis sobre el populismo ruso, que decir que su adversario tiene una “concepción pedestre del materialismo histórico” (López, 1989).

Robles amplía la discusión sobre el populismo y menciona que durante los años 80 y 90, del siglo XIX, predominó una corriente liberal dentro del populismo ruso, con I. Tuzov, M. Mijailovski, S.N. Krivenko, entre otros, que renunciaron a la lucha para el derrocamiento del régimen zarista (López, 1989). “Los socialistas revolucionarios, ¡También fueron populistas!, pues los viejos dogmas del populismo se ensamblaron con evidentes tergiversaciones del marxismo”

⁵¹ Aleksandr Herzen (1812-1870) fue un influyente escritor, filósofo y revolucionario ruso. Es conocido por su obra “¿Quién es culpable?” y por ser uno de los principales exponentes del populismo ruso. Herzen abogaba por reformas sociales y políticas, y criticaba el sistema autocrático zarista de su época.

⁵² Nikolái Chernishévski (1828-1889) fue un filósofo, escritor y crítico social ruso. Es especialmente conocido por su novela “¿Qué hacer?”, publicada en 1863 (que inspiró a Lenin). En ella, Chernishévski presentaba una visión utópica de una sociedad igualitaria y justa, promoviendo la emancipación de la mujer y la abolición de la propiedad privada.

(López, 1989, pág. 61). Lenin cuestionó las tesis sociológicas y el programa político de los populistas liberales rusos. Cueva, conocedor de la tradición marxista nunca hizo referencia a la lucha de Lenin en contra del populismo liberal ruso; por lo que, Robles menciona que:

el Sr. Cueva, si plantea en su libro la tesis sobre el “populismo velasquista”, si hace alarde de ser profundo conocedor del marxismo, ¿Por qué no menciona, siquiera una obra medular al respecto, como es la de V.I. Lenin: “El contenido económico del populismo y su crítica en el libro del Sr. Struve”? Si esto hubiese hecho el Sr. Cueva, su argumentación habría sido muy sólida, prácticamente irrefutable, por cuanto en este brillantísimo trabajo escrito entre 1894 y 1895, Lenin demuestra que los populistas constituyeron los representantes de los intereses de los pequeños productores, que la fuente del populismo es la prevalencia de la clase de los mismos en las condiciones del capitalismo de aquella época (López, 1989, pág. 62).

Lenin demostró, en su libro *Contenido económico del populismo*, que la esencia del populismo se limita a una protesta contra el régimen de servidumbre y contra el régimen burgués en la Rusia zarista, desde el punto de vista del campesinado y el pequeño productor (Lenin, 1974). Lenin desmontó, según lo plantea Robles, el mito populista de la supuesta inviolabilidad de la “comunidad campesina” por parte del capitalismo”, mostró su carácter pequeño-burgués y lo equivocó de sus tesis sobre el campesinado ruso (López, 1989). Robles insiste a lo largo de su artículo que Cueva pese a que se asume como “marxólogo”, parece desconocer el populismo ruso y los textos fundamentales que Lenin dedicó a combatir sus tesis y su programa político, y menciona:

Ahora bien, Lenin lanzó un ataque demoledor a estos populistas desenmascaró sus ideas reformistas y sus posiciones contrarias a la lucha revolucionaria contra la monarquía zarista, por cuanto al alejarse totalmente de la línea inicial que mantuvieron sus fundadores Chernishévski, Herzen y los intelectuales que no pertenecían a la nobleza rusa, se declararon completamente hostiles al marxismo y al reflejar los intereses de los kúlaks. No hacía otra cosa que expresar los intereses de la burguesía campesina que utilizaba de manera sistemática el trabajo asalariado en sus propiedades agrícolas (López, 1989, pág. 62).

El populismo ruso desapareció a inicios del siglo XX del escenario histórico, condicionado por la lucha de Lenin y el partido bolchevique. ¿Pero de dónde vino la palabra-concepto populismo? ¿Por qué se denominaba a los dirigentes de este movimiento “populistas” y se engloba a todos sus partidarios bajo este concepto? Robles responde:

Por la sencilla razón de que los jóvenes intelectuales de la década del 70, partidarios de las concepciones democráticas de Herzen y Chernishévski y no procedentes de la nobleza rusa, se desplazaban a las aldeas y “pueblos”, convocando a los campesinos para que se sublevaran contra el cruel zarismo. De ahí viene entonces lo de “Naródnichestvo” que significa “Populismo” y “Narodnik” cuyo significado es “Populista”, que tiene una raíz común “Narod” “pueblo” (López, 1989, págs. 62-63).

Para Robles, es imposible encontrar similitud entre este populismo y el velasquismo, por lo que, si se siguen los esquemas marxistas, no se puede hablar de un “populismo” velasquista tal como lo hace Cueva, ya que, para él, no hay fundamento para trasladar mecánicamente el estudio del populismo ruso y de la democracia campesina pequeño-burguesa durante la época prerrevolucionaria rusa al estudio del velasquismo en el Ecuador (López, 1989).

Robles también critica la utilización que Cueva hace del término “caudillo carismático” para referirse a Velasco Ibarra, aunque Cueva aclara que lo de “carismático” lo utilizó a nivel descriptivo, no como concepto o categoría teórica. Para él, este argumento no es muy convincente porque la descripción sociológica y filosófica “entraña la preparación del paso o peldaño a la investigación teórica del objeto o fenómeno de la ciencia, a más de que la descripción y la explicación se hallan estrechamente concatenadas una con otra” (López, 1989, pág. 63). De modo que sin descripción de los hechos es imposible explicarlos, es por ello que, para Robles, la justificación de Cueva de que utilizó el término “carismático” a nivel meramente descriptivo, no termina de ser convincente.

Para Robles no es adecuada la utilización del término “caudillo carismático” si se reivindica la praxis del marxismo, ya que el carisma es un concepto fundamental de la Sociología de Max Weber, y de la construcción de los tipos ideales. En su opinión, este concepto es diametralmente opuesto al concepto marxista de formación económico-social (López, 1989). Asimismo, Robles aclara que:

Este enfoque justamente prepara el camino para la arbitrariedad subjetiva de los apologetas del capitalismo. Me explico: M. Weber esgrime los conceptos “dominio” y “tipos de dominio”, entendiendo por el primero la capacidad de hacerse obedecer mediante órdenes y distinguiendo: 1. Dominio de carácter “racional”; 2. Dominio “tradicional” (relacionado con la idea del carácter sacrosanto de las tradiciones); 3. Dominio “carismático”, basado sobre la fe en las facultades extraterrenales o, mejor expresado, celestiales del caudillo. Confidencialmente; Cueva Dávila opera con este concepto para encontrar una racional explicación del fenómeno del velasquismo (López, 1989, pág. 63).

En Cueva encontramos una explicación del velasquismo como un fenómeno mágico-religioso, recalando el “carisma” de Velasco con el que se conjugan política y religión. “Coincidiendo en este aspecto con el idealismo subjetivo y el agnosticismo de Weber, conforme anotamos en líneas anteriores” (López, 1989, pág. 64). Por lo que, hay la utilización de conceptos weberianos en la interpretación sociológica del velasquismo de Cueva.⁵³ El propio Cueva al final de su vida recalca que las reflexiones de Weber no dejaron de seducir a los marxistas: “Y seducen sobre todo sus finas reflexiones sobre el poder y la política, que incluso algunos marxistas han intentado utilizar para colmar las “lagunas” o insuficiencias de Marx (o las suyas propias con respecto al materialismo histórico)” (Cueva, 1995, pág. 452).

Sin embargo, Robles está de acuerdo con que en el estudio del velasquismo no puede prescindir de la figura central de José María Velasco Ibarra; pero tiene que abordarse su figura desde una perspectiva acorde con el marxismo. Si se toma en cuenta el conservadurismo de Velasco, su habilidad demagógica a través de un lenguaje paradójico y aforístico, que sirvió a las clases dominantes y oligarquías más voraces, no hay necesidad de hablar del “carisma” de Velasco, basta con analizar las condiciones socio económicas que articulan su figura. Así, Robles establece que:

Pero todo su conservadurismo, su entrega a las clases dominantes del país, supo encubrirlo con la demagogia, se sirvió de ésta, no del indefinido y esotérico “carisma”, como argumenta el Sr. Cueva, para alcanzar sus fines políticos. Con el lenguaje de falsas promesas, de halagos dirigidos a lograr egoístas objetivos de los sectores explotadores que financiaban sus campañas, Velasco tuvo éxito en sus propósitos. Justamente la demagogia, ese cúmulo de recursos y artimañas a los que recurren muchos ideólogos y políticos burgueses, particularmente durante las campañas electorales para embaucar a las masas populares y alcanzar los objetivos planteados, es lo que Velasco Ibarra dominaba a la perfección y que deslumbraba a nuestro Sociólogo en la interpretación del velasquismo, conduciéndole a denominar “carisma” para explicar lo que fue Velasco y el fenómeno que

⁵³ Tal vez cuando Cueva dijo que no hizo suya ninguna “doctrina weberiana”, lo dijo debido a la adscripción de la Sociología de Weber a la Sociología funcionalista. La Sociología funcionalista había hecho de Weber un pensador anti marxista. Sin embargo, Cueva en su ensayo de interpretación del velasquismo hizo uso de la figura del “carisma” y de otras categorías weberianas como la de “profeta” en eso tiene razón Robles, pero lo hizo sin referencia alguna a la Sociología funcionalista. Si después Cueva nos dice que hizo uso del carisma a nivel meramente descriptivo pudo haber sido para que a su Sociología no se la relacione con la Sociología funcionalista, ya que en los años setenta y ochenta la Sociología de Weber en América Latina se encontraba en medio de una disputa entre posiciones marxistas y antimarxistas, ya que la obra de Weber a través de las traducciones de Parsons era leída en América Latina en enclave funcionalista.

el dimanó en años pasados, tratando sin debida profundidad las cuestiones económico-sociales realmente medulares (López, 1989, pág. 64).

De este modo, Robles apeándose a la tradición marxista, critica los planteamientos de Cueva y su lectura marxista del fenómeno velasquista. Niega que el velasquismo haya sido un populismo tal como Cueva lo planteaba, y que la figura de José María Velasco Ibarra pueda ser entendida como la de “caudillo carismático”. Para él, Velasco Ibarra fue un hábil demagogo que supo enmascarar los reales intereses de clase a los que servía.

3.10. Crítica de Cueva al populismo de Laclau

A finales de los años setenta se publica el libro de Ernesto Laclau *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo y populismo*. En este libro Laclau, realiza un desplazamiento analítico de la Sociología Política hacia el discurso. Abandonó por un lado la problemática de la Sociología funcionalista que había centrado el análisis del populismo en la teoría de la modernización, y por otro lado abandonaba la problemática de la Sociología marxista que había centrado su análisis del populismo en las categorías de dominación y clases sociales.⁵⁴ Laclau disuelve por un lado a la Sociología funcionalista y por otro lado a la Sociología marxista y traslada el análisis del populismo al plano ideológico-discursivo, en el que el populismo es entendido como forma de interpelación a los sujetos sociales. Para Laclau: “el populismo surge históricamente ligado a una crisis del discurso ideológico dominante que es, a su vez, parte de una crisis social más general” (Laclau, 1986, pág. 205).

Laclau, proveniente de la tradición marxista, dirige su crítica al reduccionismo economicista de clase. Para el marxismo el lugar en el proceso de producción marca el lugar social objetivo y la división económica genera una división social en clases y una lucha política. Pero en el populismo para Laclau opera una tensión dialéctica entre el pueblo y las clases que determinan la forma de la ideología y del discurso político. La tradición marxista había dado muy poca importancia teórica al pueblo que aparecía disuelto en las clases sociales. Laclau sitúa al pueblo como elemento central en el populismo y plantea que: “La metamorfosis del pueblo consiste en sus diversas formas de articulación con las clases. En tanto pueblo y clases constituyen polos de

⁵⁴ Para Laclau el populismo no está ligado a determinado momento del desarrollo económico y social de América Latina, ni es la “expresión del atraso ideológico de una clase dominada”, sino, por el contrario, es la expresión del momento en que el poder articulador de esa clase se impone hegemónicamente sobre el resto de la sociedad (Laclau, 1986).

contradicciones diferentes, pero igualmente constitutivas del discurso político, ambos están presentes en el mismo” (Laclau, 1986, pág. 228). El populismo para Laclau rechaza las determinaciones económico estructurales de la clase social, y pone en primer plano al sujeto popular, que se va a constituir en “pueblo” en la medida que logre articular demandas clasificadas como democráticas y populares, que se enfrentan al bloque de poder en su conjunto (Laclau, 1986). Así, Laclau con su teoría del populismo abrirá lo que posteriormente se denominará el posmarxismo.⁵⁵

En el libro *La teoría marxista. Categorías de base y problemas actuales*, Cueva realiza una reformulación de las problemáticas de la sociología marxista y respondiendo a la exigencia del combate político advierte de los “peligros” del abandono de la interpretación materialista de la historia latinoamericana y de una lectura no clasista del fenómeno populista, que arranca toda raíz económico-social (Cueva, 1990). El abandono del materialismo histórico operado por Laclau significa para Cueva un “rebrote del neopopulismo en el plano teórico” (Cueva, 1987, pág. 28). Por lo que es pertinente precisar que el concepto pueblo en el materialismo histórico:

Se refiere al conjunto de clases y capas subordinadas que, por el mismo hecho de serlo poseen fundamentales intereses en común, constituyendo por lo tanto los protagonistas de lo que podríamos denominar el bloque popular. Entre nosotros, latinoamericanos, este bloque incluye por regla general al proletariado, el campesinado, la pequeña burguesía, las capas medias y el subproletariado (Cueva, 1987, págs. 28-29).

El problema para Cueva radica en que las categorías “pueblo” y “popular” no pueden suplantar teórica, ni políticamente a las clases sociales, en ningún nivel. Cueva insiste en no franquear la frontera entre el marxismo y el populismo y cita a Rosa Luxemburgo, quien recalca: “en una sociedad de clase, el pueblo, como un todo homogéneo, no existe, mientras que sí existen en cada nación las clases sociales con sus intereses y derechos antagónicos” (Cueva, 1987, pág. 29). Por lo que, si se utilizan categorías como “pueblo” o conceptos como “sociedad civil” sin referencia a una estructura de clase y poder, (tal como lo hace Laclau abandonando el marxismo),

⁵⁵ Posteriormente con la publicación del libro de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe *Hegemonía y estrategia socialista* en 1985 se abrirá un proyecto de análisis de la realidad social posmarxista, en el sentido de abandonar la lógica clasista (el reduccionismo economicista de clase) que en las interpretaciones marxistas equiparaba la dinámica del conflicto social a la lucha de clases.

se emprende el regreso del materialismo al idealismo sociológico, apoyado en la muletilla: “lucha contra el reduccionismo economicista o clasista” (Cueva, 1987, pág. 86).

Así, Cueva realiza una crítica a la teoría del populismo de Laclau desde un punto de vista teórico-político. Laclau había planteado que en el populismo coinciden las formas más altas de socialismo, que no hay socialismo sin populismo, y que las formas más altas de populismo solo pueden ser socialistas. Así, el socialismo sería una suerte de fase superior del populismo (Laclau, 1986). Cueva identifica un problema en la teoría de Laclau del populismo al pretender meter en el mismo saco a fenómenos políticos tan dispares como el fascismo, el populismo y el socialismo (Cueva, 2012). Y plantea que hay que poner en claro una cuestión:

la construcción de las categorías para el análisis político es en sí misma un acto político que, al menos desde un punto de vista marxista, no puede menos que tender a establecer distinciones inequívocas entre las diversas articulaciones y orientaciones de la lucha de clases. En este sentido, nos parece que una conceptualización que llega a homologar con la categoría de populismo a expresiones tan disímiles como las representadas por Hitler, Mao, Perón, Tito y el Partido Comunista Italiano, es de entrada una conceptualización cuestionable, por muy “coherente” y “lógicamente construida” que pueda parecer (Cueva, 2012, pág. 222).

Laclau califica de populistas a la vez a Hitler, a Mao y a Perón, para él esto es posible porque sus discursos ideológicos son interpelaciones populares que aparecen bajo la forma de antagonismo al bloque de poder y a la ideología dominante, no porque la base social de sus movimientos fuera similar, ni porque sus ideologías expresan los mismos intereses de clase (Laclau, 1986). Para Cueva no es posible homologar estos tres movimientos a la categoría de populismo, solo por el hecho de que en el discurso ideológico de los tres movimientos aparecen interpelaciones populares bajo la forma de antagonismo y no solo de diferencia (Cueva, 2012). Para Cueva, este es un planteamiento meramente *formalista* del problema, que construye a las categorías del análisis sociológico y político, “sin tomar en consideración el sentido verdaderamente histórico de ese discurso, es decir, sus determinaciones objetivas” (Cueva, 2012, pág. 223). Las peculiares concepciones teóricas de Laclau, plantean para Cueva una serie de problemas teóricos absolutamente artificiales, que buscan resolver la problemática del populismo a un nivel teórico, impidiendo captar las determinaciones que la esfera política-ideológica tiene en cada etapa del desarrollo de una formación social (Cueva, 2012).

El propio concepto de pueblo que maneja Laclau, posee para Cueva, una elevada dosis de ingravidez social, ya que el pueblo no existiría a nivel de las “relaciones sociales de producción”, sólo existiría al nivel de un discurso ideológico que logra articular demandas populares. Este abandono de la teoría materialista del populismo, operado por Laclau, pretende: “buscar una justificación teórica al populismo de aparente estirpe marxista, a la vez que realiza una “lectura” netamente populista del marxismo” (Cueva, 2012, pág. 223). Además, para Cueva, Laclau actúa de mala fe al pasar por alto todas las interpretaciones marxistas del populismo latinoamericano, y plantea que:

Aun a riesgo de recaer en los supuestos pecados del “economicismo” y el “reduccionismo clasista”, conviene recordar que el populismo latinoamericano no surgió en cualquier momento histórico ni en un contexto carente de determinaciones estructurales. Uno puede criticar, con sobrada razón como lo hace Laclau, los fundamentos teórico-metodológicos en que se basan autores como Gino Germani y Torcuato di Tella para formular sus conocidas tesis sobre el populismo como un fenómeno político correspondiente a una fase de transición desde la “sociedad tradicional” hacia la “sociedad moderna” (industrial); más ello no autoriza a suprimir de un plumazo la problemática a la que aluden, aunque en términos ciertamente funcionalistas, los mencionados sociólogos (Cueva, 2012, págs. 225-226).

No es posible, para Cueva, abandonar la problemática que abrió sobre el populismo la Sociología marxista latinoamericana, a través de autores como Ianni, Weffort y Marini, tal como lo plantea Laclau, ya que para Cueva desde un enfoque histórico solo existe espacio estructural para el desarrollo del populismo durante la fase de transición entre el derrumbe del Estado liberal oligárquico y la constitución de un Estado capitalista, expresado en una nueva articulación política y económica (Verdesoto, 1993).

Cueva distingue entre el populismo de los países más avanzados, del área latinoamericana como Argentina y Brasil, donde el populismo aparece como fenómenos de manipulación de masas proletarias, “en la medida en que los intereses de la burguesía industrial moderna logran adquirir hegemonía sobre los movimientos populistas, lo cual permite al Estado articular un proyecto más o menos coherente de desarrollo económico (industrialización con ampliación del mercado interno, absurdamente conocido como de “sustitución de importaciones”)” (Cueva, 2012, pág.

232).⁵⁶ En estos países las viejas oligarquías quedan desplazadas por una burguesía industrial moderna, antioligárquica y nacionalista. En cambio, en los países más atrasados, como Perú y Ecuador, donde el populismo aparece como movimiento de manipulación de masas predominantemente subproletarias, el populismo tiene un perfil más ambiguo, ya que no existe embrionariamente una burguesía industrial moderna que sirva de base objetiva para un proceso de industrialización. A decir de Cueva:

Por esto, y a diferencia del peronismo o el varguismo, el aprismo ni siquiera llegó a convertirse en gobierno durante su larga fase propiamente populista (el APRA, recuérdese, es actualmente un partido socialdemócrata, lo que no le quita, por supuesto, ciertos rasgos populistas). Y en cuanto al velasquismo ecuatoriano, apenas si cumplió con algunas tareas burguesas: impulso ciertamente importante a la conformación de una infraestructura física que sirva de base para la creación de un circuito interno de acumulación; obras destinadas a lograr una mejor reproducción de la fuerza de trabajo, sobre todo urbana y suburbana; contribución ideológico- “moral” para la conversión de los antiguos grupos “estamentales” en ciudadanos nacionales (Cueva, 2012, pág. 233).

Por último, es pertinente comprender las razones del agotamiento y la crisis del populismo en cierto momento histórico en América Latina. Una vez que se ha cumplido la tarea de la “revolución pasiva” por parte de la burguesía nativa, contra la matriz oligárquico-dependiente, las reformas populistas antioligárquica y nacionalistas tocan un límite, “más allá del cual se verán afectado el funcionamiento del sistema capitalista; quienes las siguen defendiendo, pasan por ello a formar parte del ala radical, eventualmente revolucionaria del populismo” (Cueva, 2012, pág. 233). El populismo termina de entrar en crisis, para Cueva, en la medida en que la conciencia de las masas se desarrolla con mayor *autonomía y organicidad política*, hasta el punto en el que el modelo populista, ya en crisis, no puede satisfacer sus demandas, “hecho que termina por poner en cuestión todos sus mecanismos de manipulación y control” (Cueva, 2012, pág. 233).

Así pues, Cueva con estas precisiones conceptuales intenta evitar que la categoría de populismo se convierta en una categoría en donde cabe más o menos todo, sin que en realidad se diga nada (Cueva, 2012). Plantea que se debe distinguir y deslindar *lo populista de lo popular*

⁵⁶ Cueva se refiere al modelo promovido en América Latina en países como Argentina y Brasil en el período de la posguerra de la Segunda Guerra Mundial, denominado ISI “industrialización por sustitución de importaciones”. El economista argentino Raúl Prebisch tras asumir la dirección de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) en 1948 sentó las bases teóricas del modelo ISI. “En los años sesenta tomó el nombre de Teoría de la dependencia. Según está, la estructura del intercambio internacional era la causa de la desigualdad entre el centro y la periferia del sistema económico mundial y de la brecha que tendía a ampliarse cada vez más” (Zanatta, 2012, pág. 143).

democrático, que no deben ser confundidos, tal como lo hace Laclau, ya que lo primero es una manifestación distorsionada de lo segundo. “Para Cueva, el populismo conlleva una recomposición del principio general de dominación en el Estado, y se sostiene en una hegemonía poco plural u organicista, definitivamente alejada de una concepción radical / popular de democracia” (Fernández & Puente, 2016, págs. 9-10). Cueva termina diciendo sobre el texto de Laclau que:

Por esta misma razón hemos tomado como punto de partida el ensayo de Laclau, que es quien seguramente ha ido más lejos en el fomento de aquella confusión. porque, ¿en qué consiste finalmente su supuesta “aportación” a la teoría política marxista, como no sea en tratar de derribar la barrera que separa al populismo de lo popular democrático, suprimiendo mediante una serie de artificios teóricos todo el problema de las tareas objetivas que cumplen las diversas fuerzas políticas, con los contenidos de clase respectivos? (Cueva, 2012, pág. 234).

Al final, para Cueva no es posible realizar un “discreto alejamiento” del marxismo tal como lo hace Laclau con su teorización del pueblo y lo popular. El pueblo no es una entidad ahistórica o susceptible de ser moldeado por cualquier tipo de “interpelación”. El pueblo para Cueva es una entidad histórica que tiene que ser entendida en tanto conjunto de clases y capas subordinadas que constituyen el bloque popular. Ni lo popular es una entidad metahistórica, sobredeterminada en el mejor de los casos por la lucha de clases (Cueva, 2012).

Cueva se opone a la propuesta teórica de Laclau, no sólo en el plano teórico-metodológico, sino también en el plano político. Para él, la propuesta de Laclau significa un retroceso a posiciones premarxistas, debido a que la construcción discursiva de las “interpelaciones populares”, no toma en cuenta las determinaciones objetivas de clase. Esto es un sinsentido político para Cueva, ya que: “el antagonismo sólo es comprensible en cuanto es dependiente de un tipo específico (histórico) de relación social de producción” (Cueva, 2012, pág. 222). Así, el sociólogo brasileño Nildo Ourques en el prólogo a la edición brasileña del libro *El proceso de dominación política en el Ecuador*⁵⁷ argumenta entorno a la crítica de Cueva del populismo de Laclau que:

Desde luego, la crítica no fue dirigida solamente contra la derecha tradicional, sino también a determinada versión de la izquierda como aquella representada por el argentino radicado en Londres, Ernesto Laclau para quien el socialismo sería una especie de estación final de la forma populista. La impugnación a Laclau es clara y directa, pues según Agustín la

⁵⁷ Prólogo a la edición en portuguesa del libro *El proceso de dominación política en el Ecuador*, de Agustín Cueva, publicado por Editorial IELA/Insular como Vol.5 de la Colección Patria Grande, el año 2016.

defensa del populismo en la obra del argentino era, en la práctica, una “lectura” populista del marxismo en lugar de realizar una interpretación materialista del populismo. Ahora es más fácil percibir, mucho tiempo después aquella certera crítica, que la posición de Laclau evolucionaría sin alteración sustancial cuando publicó *La razón populista*, en una clara tentativa de otorgarle matriz clasista a los gobiernos de ciertas extracción popular y matriz radical, que emergieron en América Latina como respuesta a los horrores del neoliberalismo (Ouriques, 2016, pág. 85).

La crítica de Cueva a las limitaciones teóricas e intenciones políticas de Laclau muestra que la sofisticación de Laclau termina por “reducir el fenómeno del *populismo* a un plano meramente *discursivo*, de simple forma de interpelación a los sujetos sociales” (Cueva, 1990, pág. 172). Posteriormente con la publicación de su libro *La razón populista*, Laclau toma, en búsqueda de mayor “solicitud teórica”, los postulados del psicoanálisis lacaniano, tal como lo hace Žižek en su obra, y termina por comprender al populismo en un “nivel tan etéreo que por definición le impide captar las determinaciones que la esfera político-ideológica recibe en cada etapa del desarrollo de una formación social. Y en ese plano, claro está, tampoco le es posible ubicar correctamente la cuestión del populismo (Cueva, 2012, pág. 225).

3.12. Entre una categoría analítica y concepto histórico político fundamental

Como hemos visto a lo largo de esta tesis, la discusión entre populismo y velasquismo en Ecuador ha oscilado entre dos posiciones antagónicas. En primer lugar, la de Agustín Cueva, quien introdujo el término populismo para dar cuenta de un nuevo fenómeno político, el velasquismo, que surgió históricamente como una experiencia inédita de dominación. En segundo lugar, la de Rafael Quintero, quien niega la validez del populismo como categoría analítica para comprender el surgimiento del fenómeno velasquista. El desacuerdo y la polémica entre Quintero y Cueva se centra en torno a, ¿cuál habría sido la verdadera base social del velasquismo? Pero los dos concuerdan en que el velasquismo fue un instrumento de dominación funcional a las clases dominantes, y en que Velasco no representaba una amenaza al sistema vigente de dominación de clases. Tal como lo apuntan Manguashca y North:

El desacuerdo en este punto parece ser más una cuestión de énfasis, ya que ambos autores conciben al velasquismo como el instrumento político a través del cual, los intereses terratenientes dominantes de la Sierra “tradicional” y la Costa “capitalista” se aliaron para defender sus intereses comunes, en un contexto de protesta de masas y, aún, de rebelión. (Manguashca & North, 1991, pág. 91).

En este sentido, la disputa se mueve en el plano de la teoría sociológica y se expresa como aceptación o no del populismo como categoría analítica. Sin embargo, es pertinente desplazar la discusión del plano teórico al plano histórico conceptual y plantear nuevas preguntas de investigación. La discusión sobre el “populismo velasquista” oscila y se desplaza entre dos registros teóricos y conceptuales: 1) La del uso del populismo como una categoría analítica construida desde la Sociología Política; y 2) La de la praxis histórica que constituye un concepto que es índice y factor de la realidad (Villacañas, 2005). Desde la Historia Conceptual podemos analizar al populismo en Ecuador como un concepto histórico y preguntarnos, ¿cuál es la historia del populismo en Ecuador?, ¿por qué esta palabra aparece en el contexto ecuatoriano? El populismo es un concepto viajero que apareció en distintos contextos históricos:

el concepto de populismo es anterior: surgió entre los siglos XIX y XX para calificar tres experiencias históricas. La primera es el *narodnitchestvo* ruso, un movimiento que aboga, en los años 1860-90, por una democratización de la sociedad rusa mediante la movilización de las masas campesinas; la segunda es el movimiento campesino del *Midwest* y del sur de los Estados Unidos, a finales del siglo XIX, que llevó a la creación efímera del *People's Party*; la tercera es la oleada de regímenes nacional-populares en América Latina, entre 1930 y 1960, cuyo prototipo fue el peronismo argentino (Tarragoni, 2020, pág. 1139; énfasis del original).

En el contexto ecuatoriano la palabra populismo fue introducida de manera ambigua por Agustín Cueva en el lenguaje político de la Sociología ecuatoriana y a partir de esa introducción se desplegó toda un debate y una polémica que tiene en su base la discusión sobre el estatus teórico del populismo como categoría analítica. Quintero niega la existencia del fenómeno populista en el caso ecuatoriano y del valor analítico del populismo como categoría teórica. Por su parte Cueva, si bien en un momento dudó del estatus teórico del populismo como categoría analítica, en un segundo momento y después de todas las críticas y discusiones que produjo su interpretación del fenómeno velasquista, como un populismo, finalmente retuvo la palabra e intentó darle un estatus teórico para que el populismo se convierta en una categoría analítica explicativa de una determinada experiencia histórica.

La Sociología marxista y sus categorías teóricas fueron la base del trabajo intelectual de Cueva, y partir de esas categorías buscó comprender cómo el fenómeno populista había surgido en Ecuador en un momento de crisis de hegemonía al interior del pacto de dominación que sostenía al Estado y la república oligárquica-liberal (Fernández & Puente, 2016). Así, desde Cueva, el

populismo se convirtió en una categoría analítica insoslayable de la Sociología Política ecuatoriana.

Uno de los elementos centrales para comprender la emergencia del populismo como categoría analítica es la cuestión del bonapartismo. Cueva aclara que la base teórica de su interpretación del velasquismo fue el estudio de Marx sobre la coyuntura histórica en la que surgió la figura de Napoleón III en Francia, en el libro *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. El bonapartismo ha sido una categoría central en la tradición marxista para pensar la evolución de los regímenes políticos y las tendencias autoritarias en las democracias burguesas. Cueva se sirve del análisis de Marx para desplegar su interpretación del velasquismo, y toma la figura del bonapartismo y la hace equivalente a su categoría de “solución populista”. El velasquismo, como “solución populista”, surge en un contexto de crisis política y económica del modelo de acumulación que no puede articular un nuevo proyecto hegemónico. Categorías como cesarismo y bonapartismo fueron utilizadas en el siglo XX, por Sociólogos marxistas como Cueva, para entender y teorizar y los fenómenos populistas y darle así un estatus teórico al populismo como categoría analítica.⁵⁸

En Cueva, sin embargo, hay que relacionar a este bonapartismo-populismo con la estructura de clases en Ecuador. El populismo viene a ser para él expresión de una “situación de masas”, en la que hay un rápido crecimiento del subproletariado urbano, producto de la migración de masas campesinas y de la crisis socio-económica de pequeños propietarios urbanos, y esto genera “una condición social y política general de dispersión y disgregación social de las clases o grupos” (Fernández & Puente, 2016, pág. 4). El populismo velasquista aparece en este momento histórico como una forma política y social inédita de dominación, que integra y subordina al subproletariado urbano-marginal a un proceso de unificación de carácter ideológico en torno a un liderazgo carismático-autoritario que promueve la redistribución y el tutelaje estatal, a la vez que evita la autonomía de clase de las masas populares que tiene una presencia activa pero *inorgánica*

⁵⁸ La categoría de bonapartismo surgió en Francia a mitad del siglo XIX para hacer referencia a los seguidores de Napoleón Bonaparte. Esta categoría ha sido utilizada en la tradición marxista para describir formas políticas autoritarias y dictatoriales. Se entiende cómo la fórmula del “equilibrio de las fuerzas de clase” y está íntimamente ligada a la reflexión sobre la naturaleza del Estado, tanto desde una óptica histórica como teórica. El bonapartismo dentro de la tradición marxista se ha usado para comprender la emergencia de fenómenos autoritarios como el fascismo y el nazismo, por distintos autores (Gramsci, 1979; Poulantzas, 1973 y Antonini, 2020).

en el escenario político.⁵⁹ Así, desde la lectura marxista de Cueva, el populismo velasquista ecuatoriano es próximo al bonapartismo, antes que a un genuino proyecto revolucionario de izquierda (Báez & Ouriques, 2016).

Otro de los elementos sociológicos y políticos centrales para la construcción del populismo como una categoría analítica es el carisma. Cueva (1990) señala que nunca hizo suya la “doctrina weberiana del carisma”, y que no la utilizó “ni como una categoría, ni como un concepto dotado de poder explicativo”, sino que él habría utilizado el término a un nivel “meramente “descriptivo. Sin embargo, la presencia del elemento carismático para caracterizar el liderazgo de Velasco Ibarra es un elemento central en su interpretación del velasquismo. Cueva busca captar la dimensión mito-simbólica y mágico-religiosa del fenómeno velasquista y para esto toma el carisma de Weber y lo combina con el marxismo. Velasco Ibarra es así caracterizado, por Cueva, como un “caudillo con carisma” que moviliza símbolos, y escenifica rituales mágico-religiosos en los que se conjugan política y religión.

El elemento carismático utilizado por Cueva para comprender el discurso y la figura simbólica de Velasco Ibarra tiene sin duda una impronta weberiana. Para él, Velasco Ibarra no es simplemente un demagogo. La figura del profeta, sacerdote y redentor de los marginados tiene anclaje en la Sociología de la dominación de Weber, con la que se puede caracterizar a Velasco Ibarra desde la forma *Herrschaft* carismática, como un líder carismático-autoritario que busca legitimarse a través de su contacto con la trascendencia y por traer a la tierra, desde el Cielo, “bienes de salvación” (Weber, 2017). Velasco Ibarra logra mostrarse como un líder infalible, que se caracteriza por su ejemplaridad y su devoción al pueblo.⁶⁰ La figura simbólica tutelar de Velasco Ibarra es la expresión de la exclusión y de la cultura religiosa del subproletariado urbano-marginal, su discurso les da la ilusión de incorporarse a una sociedad que los margina y les confiere

⁵⁹ Maiguashca y North recalcan que el velasquismo: “Al contrario del –peronismo- en la Argentina y el “aprimo” en Perú, que desembocaron en organizaciones políticas y que han sobrevivido a sus fundadores el velasquismo nunca llegó a constituirse como un partido político” (Maiguashca & North, 1991, pág. 89). Por lo que, el velasquismo nunca llegó a formar un partido de masas debido a la inorganicidad de su base social. Esto hizo que el populismo velasquista apenas se cristalice en un movimiento de tipo “caudillista-personalista”. El propio Velasco Ibarra decía de su movimiento: “El velasquismo me llamó, en masa. Yo fui ahí, yo siempre he sido llamado por el pueblo velasquista, yo no he sido llamado por ningún partido político. El pueblo velasquista y los pocos dirigentes que tiene el pueblo velasquista, ellos me llamaron” (Velasco Ibarra, en Cuvi, 1977, pág. 122).

⁶⁰ Velasco Ibarra ponía como ejemplo su desapego al dinero y buscaba así identificarse con el pueblo y su pobreza, decía: “Yo soy tan pobre como vosotros y quiero quedar siempre pobre para no amar otra cosa que el ideal y el combate por el ideal”, dirá y repetirá al pueblo, asegurándose: “no busco nada para mí. no busco el bienestar y el dinero. Quiero seguir siendo pobre para tener el alma revolucionaria” (Cueva, 1990, pág. 145).

simbólicamente la “dignidad humana” que les niega la sociedad (Burbano de Lara & De la Torre, 1989). Así, Cueva hace uso de la forma *Herrschaft* carismática para darle un lugar conceptual a la figura del caudillo populista en su interpretación del velasquismo.

En la construcción del populismo como categoría analítica, Cueva da cuenta de lo que para él es el elemento central en el análisis marxista de todo populismo: su naturaleza de clase. Cueva ancla el fenómeno velasquista a las contradicciones y la lucha de clases en la sociedad ecuatoriana. Por eso Cueva insiste en que el velasquismo no es cuestión de un simple fenómeno de caudillismo, reductible a la personalidad del líder, sino que es un *hecho complejo*,⁶¹ anclado en la particularidad histórica de la formación social ecuatoriana (Cueva, 1990).

En el contexto de crisis de hegemonía y de vacío de poder, en el que surge el velasquismo, se acentúan las contradicciones de clase, propias de la *heterogeneidad estructural* de la sociedad ecuatoriana.⁶² El velasquismo se constituye así en un “equilibrio precario, como expresión de una situación en donde ni las clases dominantes podían constituir un sistema estable de dominación - surcadas al mismo tiempo por contradicciones intestinas irresolubles-, ni las clases subalternas podían ofrecer una alternativa hegemónica” (Tzeiman, 2017, pág. 52).

Sin embargo, la interpretación marxista de Cueva del fenómeno populista no deja de tener ciertos sesgos conceptuales, que se expresan para Tzeiman (2017) en la caracterización que hace Cueva de ese sector social de la clase obrera denominado subproletariado. Para Cueva, el problema del Movimiento Popular en Ecuador ha sido la composición netamente subproletaria de los sectores populares, un grupo que carece de organización y de politización en el sentido revolucionario. La preponderancia del subproletariado se contrastó con un débil proletariado y un campesinado igualmente carente de perspectiva revolucionaria. Esto ha tenido como consecuencia que “el control del Estado se haya desplegado a nivel de las contradicciones secundarias (oposición entre terratenientes y burguesía, emergencia de la clase media, movilización) (Tzeiman, 2017, pág. 54). Para Tzeiman, “Cueva incurre en esas conceptualizaciones en cierto reduccionismo teórico

⁶¹ En la caracterización que hace Agustín Cueva del fenómeno velasquista como un *hecho complejo* podemos ver una impronta claramente durkheimiana e incluso podríamos remitirnos a pensar al velasquismo con la categoría de hecho social total desarrollada por Marcel Mauss, ya que Cueva piensa al velasquismo desde la totalidad.

⁶² Dentro de la teoría y la metodología marxista Agustín Cueva construyó una categoría esclarecedora sobre la evolución-involución de las naciones latinoamericanas que es la de *heterogeneidad estructural* con la cual buscó y refutó la Teoría de la Dependencia en la versión Cepalina de Enrique Cardoso y Enzo Falletto, y a otras figuras de la Sociología crítica del capitalismo como Ruy Mauro Marini y Vania Bambirra (Báez & Ouriques, 2016).

que le impide pensar en las disímiles articulaciones que puede significar la construcción de un movimiento popular” (Tzeiman, 2017, págs. 54-55). Cueva es absolutamente pesimista con respecto al subproletariado urbano-marginal en el plano de la política y de la lucha de clases, ya que esta clase subalterna está integrada y sometida a un mecanismo de manipulación de masas por parte del bloque en el poder. En este sentido, Tzeiman plantea que en la interpretación de Cueva:

es escasa su indagación en el papel desempeñado por las organizaciones de izquierda a la hora de constituir un movimiento de masas capaz de aglutinar a los distintos sectores de las clases subalternas. Contrasta con ello el apego por momentos a un lenguaje que prefiere inclinarse hacia una mirada peyorativa del fenómeno *velasquista*, antes que tratar de encontrar los motivos del desencuentro entre socialismo y movimiento popular en Ecuador. La idea acuñada por el autor de un régimen de *manipulación de masas*, probablemente no resulte el modo más adecuado de conceptualizar el *velasquismo*, el cual según las características señaladas por el propio autor -y eso es precisamente lo paradójico de este *reduccionismo teórico*-, merece mayor complejidad y rigurosidad (Tzeiman, 2017, pág. 55; énfasis del original).

Pero hay que entender que la interpretación de Cueva del fenómeno populismo corresponde a un país como el Ecuador, en el que no existió un movimiento popular vigoroso, ni sindicatos, ni fuertes organizaciones de izquierda que marquen el rumbo de lo nacional-popular. La interpretación de Cueva está marcada por su experiencia de vida y por el desencanto respecto de las posibilidades de un Movimiento Popular Revolucionario en Ecuador, que represente una alternativa política con verdadera vocación de poder (Tzeiman, 2017; Fernández & Puente, 2016).

Tzeiman sostiene con su crítica que la idea del *velasquismo* como un régimen y un mecanismo de manipulación de masas, “impide comprender los desafíos de un movimiento popular en el marco de las condiciones sociales realmente existentes” (Tzeiman, 2017, pág. 57). Además, la aproximación del *velasquismo* al bonapartismo que hace Cueva no ayuda a superar ese sesgo conceptual: “en la medida en que la figura de Velasco entendida como un árbitro grotesco ubicado excepcionalmente por encima de las clases no resulta del todo suficiente para una dilucidación de aquel fenómeno político” (Tzeiman, 2017, pág. 57).

Por otro lado, la conceptualización de Cueva del fenómeno *velasquista* también tiene ciertas ambigüedades teóricas que son señaladas por Maiguashca y North en su estudio *Orígenes y significado del velasquismo*. Para los autores la teorización y el uso de las categorías de clase social y lucha de clases en Cueva es ambiguo, así como la de Quintero es ahistórica. Esto lleva a

interpretaciones equivocadas, ya que la sociedad ecuatoriana durante el período velasquista “no es una sociedad capitalista, y, por lo tanto, no puede ser una sociedad de clases plenamente conformada” (Maignashca & North, 1991, pág. 93). Sin embargo, desde las lecturas marxistas, tanto de Cueva como de Quintero, se utilizan categorías que implican la presencia de clases conformadas. Los autores señalan que para evitar las ambigüedades y los anacronismos es pertinente realizar un análisis socio-económico regional y utilizar el concepto de “lucha de clases” tal como lo concibe E.P. Thompson (Maignashca & North, 1991).

El análisis regional permite sacar a la luz el fraccionamiento de los sectores dominantes, y de los sectores subordinados en el territorio ecuatoriano. Esto evita suponer la existencia de clases nacionales plenamente constituidas durante el período velasquista. En general, no se puede hablar de una clase terrateniente, ni de una burguesía agromercantil, como hacen Cueva y Quintero, ya que el fraccionamiento regional y local de la dominación han sido un elemento constante en la historia política del Ecuador. En cuanto al concepto de “lucha de clases”, los autores mencionan que para el caso de sociedades precapitalistas, o en transición al capitalismo como el Ecuador del período velasquista, el análisis histórico de E.P. Thompson es pertinente para evitar caer en conceptualizaciones ahistóricas, deterministas y estáticas de las clases y de la lucha de clases.⁶³ Así, plantean que: “Recurrimos, entonces, tanto al análisis regional como al concepto de “luchas de clases” porque nos permiten evitar el apriorismo y nos llevan a hacer una investigación empírica del proceso de formación de clases y su relación con el velasquismo” (Maignashca & North, 1991, págs. 93-94).

Con todos los sesgos conceptuales y las ambigüedades teóricas, el populismo como categoría analítica en la interpretación marxista de Cueva, del fenómeno velasquista, busca captar una experiencia histórica, que habría surgido en el caso ecuatoriano durante una crisis política muy profunda, “como una fórmula de “transacción” entre una burguesía agromercantil en crisis y una aristocracia terrateniente todavía poderosa, y, en otro plano, como un medio de manipulación de

⁶³ Maignashca y North hacen referencia a los estudios históricos de E.P. Thompson sobre *La formación de la clase obrera en Inglaterra* y plantean en su estudio que: “En resumen, nos proponemos ofrecer un nuevo enfoque para la interpretación del velasquismo. Siguiendo a Thompson, este paradigma es fundamentalmente histórico. Para él, y para nosotros, las clases son el producto de un proceso histórico capitalista avanzado y no entidades que le preceden. Durante el período de transición, preferimos hablar de lucha de clases en formación, luchas que no dependen exclusivamente de condiciones objetivas; cuando hombres y mujeres entran en determinadas relaciones de producción, las viven y las interpretan a partir de patrones culturales heredados” (Maignashca & North, 1991, pág. 95).

unas masas predominantemente subproletarias” (Cueva, 1990, pág. 147). Estas masas subproletarias irrumpen en la vida política conducidas, manipuladas y encarnadas por un caudillo “populista” con carisma. Todo esto se combina a nivel ideológico con elementos estructurales heterogéneos, amalgamado al calor de una demagogia mistificadora (Cueva, 1990).

El populismo como categoría analítica construida desde la Sociología Política marxista, representa a nivel conceptual una nueva forma inédita de dominación política. “El autor, elige identificarla como "populismo", una forma de dominación que apareció en Latinoamérica durante la transición de una sociedad oligárquica a una sociedad burguesa” (Maiguashca & North, 1991, pág. 91). Así pues, en la obra de Cueva el populismo como categoría analítica y el velasquismo como una experiencia histórica, conjuga tres elementos: 1) El régimen bonapartista, 2) El caudillo carismático, y 3) Las masas subproletarias.

Desde la *Begriffsgeschichte*, podemos plantear que Cueva introduce la palabra “populismo” entre comillas, en su *Ensayo de interpretación del velasquismo*, y luego la palabra se transformó y circuló en el campo intelectual ecuatoriano como una categoría analítica construida desde la Sociología Política marxista. A su vez la palabra se carga de sentido y se convierte en un concepto histórico y sociopolítico, que contiene historias que lo definen y lo limitan temporalmente, ya que, como suele repetir Koselleck (2009) los conceptos históricos no tienen historia, pero la contienen, y sólo puede definirse aquello que no tiene historia.

El populismo se constituye como categoría analítica, pero si lo planteamos como concepto histórico y sociopolítico fundamental tiene que ser índice y factor de una estructura histórica. “La palabra deviene en concepto porque sintetiza una estructura histórica nueva, que ninguna otra palabra puede designar” (Ingerflom, 2017, pág. 26). La palabra populismo en el caso ecuatoriano, introducida por Cueva, define una nueva estructura histórica en transición, que puede ser sintetizada por el populismo como concepto histórico al adquirir su significado por la articulación de una nueva red conceptual, de una novedad histórica: una nueva forma de dominación de “transición”, que reemplaza a las formas tradicionales de ejercer el dominio, con la “irrupción” de un nuevo actor social, las masas subproletarias en la vida política, y un caudillo carismático, o un hombre-pueblo en palabras de Rosanvallon (2020) que actúa como principio de encarnación-representación política del pueblo.

El populismo puede ser tomado como un concepto guía del movimiento histórico y de movimientos políticos, que permiten comprender la estructura histórica y el contexto de grandes acontecimientos (Koselleck, 2009). El concepto populismo permite la aprehensión conceptual de una nueva estructura histórica, que registra un proceso de transformación política y social. Así, el populismo puede pasar de ser una categoría analítica a convertirse en un concepto histórico y sociopolítico fundamental. Refleja una ambivalencia: dominación oligárquica y legitimación popular.

El concepto populismo se democratiza, se expande y circula como categoría analítica y se incorpora, con Germani (1971), al lenguaje político y social de la Sociología Latinoamericana junto con la oleada de regímenes nacional-populares en América latina.⁶⁴ Además, se temporaliza, ya que el concepto populismo plasma nuevas experiencias históricas, se dota de expectativas y se vuelve un ismo, promotor e indicador de un proceso histórico. En el caso ecuatoriano el concepto de populismo tiene una estructura temporal, una estratificación temporal: el pasado oligárquico que persiste al mismo tiempo que es indicador y factor de algún nuevo: el advenimiento de la era de las masas.

El populismo como concepto viene a ser índice y factor de la modernidad política en América Latina. Es índice de la crisis de la dominación oligárquica y de las repúblicas oligárquicas liberales, y factor de cambio e institucionalización de la política moderna de masas. Es un concepto crítico y clasificatorio de experiencias que surge, no de los actores sociales, sino de los intelectuales que como actores políticos a través de su aprehensión conceptual de los movimientos políticos dan sentido a una experiencia y a una estructura histórica. Además, alrededor del concepto populismo aparecen varias disputas semánticas y discusiones que cargan de sentido al concepto. “La *quaestio* populista es objeto de una controversia fundamental -ontológica, se podría

⁶⁴ “Entre los años 30 y 60, todos los países latinoamericanos tuvieron una experiencia populista: el peronismo argentino (1946-1955), el varguismo brasileño (1930-1935; 1950-1954), el cardenismo mexicano (el sexenio de L. Cárdenas de 1934 a 1940), el adecismo venezolano (llamado así por el partido Acción democrática, que estuvo en el poder entre 1945 y 1948 y entre 1959 y 1968), el gaitanismo colombiano (llamado así por J. E. Gaitán, políticamente activo entre 1933 y 1948, año de su asesinato), el ibañismo chileno (llamado así por C. Ibañez del Campo, cuya presidencia “social” tuvo lugar entre 1952 y 1958), el aprismo peruano (llamado así por el APRA, la Alianza Popular Revolucionaria Americana, el partido de V. R. Haya de la Torre que se mantuvo en la oposición), el movimentismo boliviano (llamado así por el Movimiento Nacional Revolucionario, que estuvo en el poder entre 1952 y 1964), el velasquismo ecuatoriano (llamado así por J. M. Velasco Ibarra, cinco veces presidente entre 1934 y 1972), los gobiernos de J. Bosch en la República Dominicana (1961-1963), de J. J. Arévalo Bermejo y J. Arbenz en Guatemala (1944-1954) y de O. Torrijos en Panamá (1969-1981)” (Tarragoni, 2020, págs. 1148-1149).

decir- sobre la definición de su objeto” (Tarragoni, 2020, pág. 1136). La historia del populismo tiene su experiencia sedimentada en los conceptos, los debates y las polémicas entre los intelectuales. La genealogía del populismo empieza por la experiencia originaria rusa, pasando por Estados Unidos para luego aterrizar en América Latina. Como señala Ingerflom, el populismo en su génesis:

Si bien fue un *resultado* de la modernidad política, el populismo sin embargo entró en escena precisamente con el objetivo de *conquistar* la modernidad política, democracia social incluida, en ese inmenso territorio ruso, imperial autocrático y *exterior* a la modernidad. Al mismo tiempo, el populismo se desplegaba y sigue haciéndolo, en la red conceptual de la modernidad política a la que pertenece, signada por la soberanía popular. Es hijo, padre y esposo de la política moderna... (Ingerflom, 2021, pág. 379; énfasis del original).

El estudio detallado de la génesis y la lógica del concepto de populismo, en el caso de Ecuador, nos ha permitido comprender que este fenómeno político surge como una respuesta a la búsqueda de la modernidad política y la democracia social. Por lo que podemos concluir que la modernidad política surge en Ecuador y América Latina con el populismo.

Conclusiones

Una vez que hemos vuelto a las fuentes y a los autores que han marcado el debate sobre el populismo en el Ecuador, al reconstruir la génesis y la lógica del concepto, es necesario completar el movimiento triádico con la explicación de las aporías que subyacen al concepto. La primera de ellas aparece en relación a la teleología histórica. El concepto populismo, en su intento por captar las experiencias de los populismos clásicos latinoamericanos, se encasilló en la teleología histórica de la Teoría de la Modernización desarrollada por Germani (1971), desde la Sociología funcionalista. Se asumía que el populismo como fenómeno histórico, pensado como un híbrido de tradición-modernidad, desaparecería una vez que se completara el proceso de transición de una sociedad tradicional a una sociedad industrial moderna. Se pensaba y se sigue pensando que, en países como Ecuador, un moderno sistema de partidos políticos, que logre canalizar las demandas de la sociedad civil, hará desaparecer a lo que se asumen como “prácticas populistas” demagógicas, clientelares y autoritarias. Lecturas marxistas como las de Cueva también comparten la teleología histórica. Desde estas lecturas se pensaba que una vez que se agote la coyuntura histórica, que engendró al populismo clásico, y que se eleve el nivel de conciencia y organización de las masas, el populismo desaparecería. Las experiencias históricas populistas mostraron los sesgos y las incongruencias de la Teoría de la Modernización y de la Teoría Marxista de la Revolución y del sujeto revolucionario. El populismo como forma política no desapareció, y en la actualidad la palabra, la categoría y el concepto se han expandido y marcan el debate sobre lo político, el pueblo, y la democracia entre los intelectuales alrededor del mundo.

Si vamos a la experiencia histórica, en el caso ecuatoriano, aparecen algunas aporías en torno a la conceptualización del populismo velasquista. Se le atribuye a este fenómeno político un doble carácter, a la vez que incorpora a las masas a la vida política, las somete a un mecanismo de manipulación y mistificación demagógica. El populismo velasquista es conceptualizado como una nueva forma política de dominación, que tiene un doble carácter: perpetúa las condiciones de la dominación al menor costo, y es a la vez un elemento perturbador del sistema de dominación. Estas aporías en la conceptualización del populismo en el caso ecuatoriano muestran el carácter aporético y polisémico del populismo como concepto.

Una segunda aporía presente en el populismo que podemos rastrear a partir del caso ecuatoriano es la de la política moderna y la dominación. En los conceptos políticos modernos la

dominación está excluida. El dispositivo lógico de la ciencia política moderna busca neutralizar lo político. En cambio, la sociología vuelve a introducir a la correlación de fuerzas y al conflicto constitutivo de lo político. El populismo pone en tensión al dispositivo lógico moderno y muestra a los conceptos políticos modernos en su núcleo aporético y en su carácter partisano y polémico.

En tercer lugar, otra aporía es el lugar del liderazgo en la forma política moderna. Desde los conceptos políticos modernos el poder se ejerce de forma anónima e impersonal. Sin embargo, el populismo, como concepto político, pone de manifiesto al liderazgo carismático donde el poder vuelve a estar encarnado en la figura del líder que encarna la voluntad popular. De modo que, el poder se personaliza. Así pues, cabe preguntarse: ¿qué se hace con la figura de Velasco Ibarra? Cueva gira al caudillismo para contener esta problemática, pero justamente esto pone en tensión la aporía entre lo tradicional y lo moderno, entre lo rural y lo urbano. El líder populista no es ni tradicional ni moderno, ni rural ni urbano, es un híbrido que se conjuga para Cueva en el: “caudillo populista”. A su vez, esto nos lleva a la ambigüedad temporal que pone en tensión la relación con el pasado y el presente. El caudillismo es representado como algo premoderno y el populismo como algo moderno, y que se conjuga en lo que Koselleck (1993) denomina “la contemporaneidad de no contemporáneo”.

El estudio del concepto de populismo, en el caso ecuatoriano, nos remite a la manera en cómo un concepto desde la praxis histórica se establece como índice y factor del cambio histórico-político. La interrogación establece hasta qué punto el populismo puede ser considerado un concepto histórico y sociopolítico fundamental, que condensa dentro de sí un contexto de experiencias y significados sociopolíticos (Koselleck, 2009). Mediante la diferenciación entre la categoría, el concepto y la experiencia, acentuando la relación entre saber y política, el concepto de populismo se muestra en el caso ecuatoriano como un factor que pone de manifiesto constantemente las aporías de la dominación política, y a su vez como un indicador de los límites y de la crisis de la dominación política moderna.

Así pues, es necesario pasar de la sociología a la historia conceptual para comprender por qué el concepto de populismo en América Latina aparece siempre a caballo de una polémica sobre la experiencia histórica. En el caso ecuatoriano el populismo es un concepto político polémico porque lo que está en disputa es la clasificación del fenómeno político del velasquismo y la validez de la categoría. A su vez, esto arma la secuencia de un campo semántico vinculado al velasquismo

a una estructura temporal que se expresa mediante las categorías: bonapartismo, caudillismo y clientelismo político.

El velasquismo ha sido uno de los temas más controversiales en la historia política del Ecuador y su interpretación ha sido objeto de controversias en las ciencias sociales ecuatorianas. El fenómeno velasquista, como hemos visto a lo largo de esta tesis, fue calificado de distintas maneras por los intelectuales que buscaron comprender esta experiencia sociopolítica. Velasco Ibarra fue calificado de populista, caudillista, líder carismático o demagogo. La diversidad de interpretaciones, y las controversias en torno al concepto de populismo en Ecuador, dan cuenta del carácter heterogéneo del fenómeno político protagonizado por Velasco Ibarra y del significado plurívoco del populismo.

La discusión sobre el velasquismo aparece en las ciencias sociales ecuatorianas ligada a la crisis de la sociedad oligárquica y al surgimiento de las masas populares, que se convierten en nuevos actores sociales de la vida política ecuatoriana. Para Cueva, el velasquismo aparece como una nueva fórmula de dominación producto de una crisis de hegemonía tras el fracaso de las fórmulas de dominación liberales, conservadoras, y los primeros intentos de modernización institucional introducidos por la revolución juliana.

La discusión entre Cueva y Quintero gira en torno a comprender cuál fue el rol de Velasco Ibarra en la historia política ecuatoriana, y cuál fue la base social que movilizó. Para Cueva, el velasquismo es la expresión política de un nuevo sujeto social, el subproletariado urbano-marginal del cual Velasco Ibarra es su “profeta” y “apóstol”. Para Quintero, el velasquismo es la rearticulación del poder de la clase terrateniente serrana.

Las diferencias son sustanciales. Para Cueva, el velasquismo es un fenómeno que redefine las relaciones de poder entre los sectores dominantes y su relación con las clases subordinadas, fenómeno que termina por transformar el campo de lo político en el Ecuador, instituyendo la política moderna de masas. Pero Quintero, rompe con esta interpretación de Cueva. Para él, el velasquismo no es un fenómeno que se mueve entre la ruptura y la continuidad, es la reafirmación del pasado oligárquico, la recuperación del poder que había perdido la clase terrateniente serrana frente a los grupos oligárquicos agroexportadores costeños. Esto permite establecer un equilibrio de poder entre los sectores dominantes, que constituye lo que Quintero denomina un Pacto oligárquico, consumado por el ascenso de Velasco Ibarra al poder en 1934. Sin embargo,

coinciden, más allá de la polémica sobre el uso de la categoría populismo, en que el velasquismo es una forma bonapartista o cesarista de dominación.

La polémica entre Cueva y Quintero ha sido la base de las principales posiciones en el campo disciplinar de la sociología en el Ecuador, oscilando entre el “ensayismo” y la “sociología científica”. La discusión de estos dos autores, en torno al velasquismo, genera tensiones y desacuerdos dentro del campo intelectual ecuatoriano, lo cual, lejos de agotar la interpretación, permite desplegar diversos tipos de análisis que van desde el populismo, el caudillismo, el clientelismo, el carisma, el bonapartismo y el cesarismo. Así pues, el campo sociológico ecuatoriano termina por constituirse como un diálogo/desencuentro (*mésentente*) en torno al velasquismo y la categoría de populismo.

Pese a tener sus sesgos teóricos e imprecisiones empíricas, el ensayo de interpretación sociológica que hace Cueva del velasquismo ha sido el estudio más reflexivo y sensible del fenómeno. Él no agota ni reduce el fenómeno velasquista, tal como lo hace Quintero, a un movimiento electoral, sino que busca comprender tanto la dimensión objetiva-estructural como la dimensión subjetiva mítico-simbólica y mágico-religiosa de la figura de Velasco Ibarra. Esto último con el fin de entender cómo el discurso velasquista se compenetra con los contenidos y las representaciones simbólicas de la sociedad ecuatoriana. Además, si bien Cueva partió de la teoría marxista agregó e integró elementos de los otros dos paradigmas clásicos: Weber (carisma) y Durkheim (hecho social).

El análisis de Cueva fue el punto de partida del estudio sobre el populismo en el Ecuador. Fue él quien introdujo la palabra populismo en el lenguaje político ecuatoriano para clasificar al velasquismo. Así, Cueva nos ofrece una construcción sociológica del populismo como forma de dominación en Ecuador a partir de su interpretación de la experiencia velasquista. Además, el concepto aparece, en su libro *El proceso de dominación política*, como hilo conductor para comprender la historia política ecuatoriana del siglo XX, la cual estuvo atravesada por el múltiple resurgimiento del velasquismo. No sólo resurge el populismo como solución a la crisis de hegemonía, sino que esta solución conlleva la vuelta al poder del líder originario de las masas

Con las herramientas de la historia-conceptual que utilizamos para analizar el concepto de populismo, en el Ecuador, pudimos constatar que la utilización del concepto como categoría analítica dio lugar a una polémica sobre su validez sociológica entre Cueva y Quintero. Además,

de que el populismo tiene su polémica de origen dentro del marxismo: la discusión sobre el populismo ruso. Lenin en su momento polemiza y confronta las posiciones de los populistas rusos desde el marxismo.

El enfoque histórico-conceptual nos permitió en el primer capítulo de esta tesis rastrear la aparición del concepto de populismo que coincide con la génesis de las ciencias sociales en Ecuador. Es específicamente la obra de Cueva la que da la clave de la modalidad de aparición del debate sobre el populismo en Ecuador. Debate en el que se conjugan saber y política, ya que se considera el conocimiento no como una contemplación pasiva, sino como un examen crítico de categorías que anudan un posicionamiento político.

En el segundo capítulo de la tesis se analizó las teorías sobre el velasquismo y sus diferencias: Cueva (Populismo) y Quintero (Pacto Oligárquico). En las dos teorías aparece la problemática de la ruptura y la continuidad. Para Quintero, no hay ruptura por lo tanto no hay populismo. Para Cueva hay ruptura, pero también continuidad con el pasado. Desde su teoría se movilizan distintos estratos semánticos, así como una temporalidad que se integra en un pasado que continúa operando en el presente. Cueva lo sintetiza mediante la fórmula “caudillismo populista”.

Por último, en el capítulo tres se analizó cómo se construyó el concepto de populismo en Ecuador como categoría sociológica, y a su vez cómo esto dio lugar a una polémica, en la que intervinieron distintos intelectuales, en torno a la validez de la categoría para estudiar la experiencia velasquista. Destacamos la polémica entre Cuví y Cueva sobre populismo o caudillismo velasquista.

Al final pudimos constatar que el populismo tiene una estructura temporal. El pasado oligárquico y caudillista persiste al mismo tiempo que es indicador y factor de algo nuevo: la era de la política de masas. A su vez, el populismo es la palabra clave para pensar la modernidad política ecuatoriana y latinoamericana, que tiene sus experiencias sedimentadas en conceptos históricos como Estado, soberanía y pueblo. Estos dan cuenta de las transformaciones, tensiones y conflictos que estructuran a un tipo de modernidad dependiente y periférica. Así, en Ecuador la palabra se transformó en categoría y se hizo insustituible en el lenguaje sociológico y político.

De este modo, respondimos a la pregunta de investigación de esta tesis, analizando cómo la construcción del concepto de populismo está anudada a la génesis de las ciencias sociales en Ecuador. Por otro lado, retomando la hipótesis logramos dar cuenta del carácter polémico del populismo. Además, rastreando la génesis y la lógica del concepto pudimos establecer sus aporías estructurantes. Por último, en la tesis se buscó recuperar el proyecto de Cueva de plasmar una *sociología del populismo como forma de dominación*.

Así pues, pudimos constatar que el populismo es un concepto híbrido que oscila entre lo urbano y lo rural, entre lo moderno y lo no moderno. El populismo como concepto histórico no es una creación subjetiva, no es algo que se le haya ocurrido a alguien en particular y que luego se haya difundido por la sociedad. Esto debido a que el surgimiento de un concepto histórico supone un cambio de la experiencia histórica, una transformación objetiva y subjetiva de lo que Pierre Bourdieu llama “mundo social”.

Bibliografía

Fuentes Primarias

- Alicia Ortega Caicedo, e. (2007). *Sartre y nosotros*. Quito: Editorial El Conejo.
- Báez, R., & Ouriques, N. (2016). *Agustín Cueva: ciencia y rebeldía*. Quito: Centro de Pensamiento Crítico.
- Burbano de Lara, F., & De la Torre, C. (1989). *El populismo en el Ecuador (Antología de Textos)*. Quito: Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS).
- Campuzano, Á. (2005). Sociología y misión pública de la universidad en el Ecuador: una crónica sobre educación y modernidad en América Latina. En B. L. P. Gentili, *Espacio público y privatización del conocimiento* (págs. 401-462). Buenos Aires: CLACSO.
- Cueva, A. (1986). Veinte años después. Introducción a la 5a. edición de *Entre la ira y la esperanza*. En A. Cueva, *Entre la ira y la esperanza* (págs. 7-24). Quito: Editorial Planeta.
- Cueva, A. (2009). *Literatura y sociedad en el Ecuador*. Quito: Colección Memoria de la Patria.
- Cueva, A. (1965). Mito y verdad de la cultura mestiza. Quito: *Indoamérica*.
- Cueva, A. (1976). Notas sobre el desarrollo de la sociología ecuatoriana. *Revista de Ciencias Sociales N°1*, 23-32.
- Cueva, A. (1990). *El proceso de dominación política en el Ecuador*. Quito: Planeta.
- Cueva, A. (1979). *Teoría social y procesos políticos en América Latina*. México: Edicol.
- Cueva, A. (1995). La crisis de los años 60. En R. Baez, *Ecuador: pasado y presente* (págs. 153-168). Quito: LIBRESA.
- Cueva, A. (1987). *La teoría marxista, categorías de base y problemas actuales*. Quito: Planeta.
- Cueva, A. (2012). El populismo como problema teórico-político. En A. Cueva, *Ensayos Sociológicos y Políticos* (págs. 221-234). Quito: Ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizados.
- Cueva, A. (1995). Reflexiones sobre la sociología latinoamericana. En R. M. (compiladores), *La Teoría Social Latinoamericana. Textos escogidos. Tomo III: La centralidad del marxismo* (págs. 379-397). México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México (CELA).
- Cuvi, P. (1977). *Velasco Ibarra: el último caudillo de la oligarquía*. Quito: Instituto de Investigaciones Económicas.
- De la Torre, C. (1993). *La seducción velasquista*. Quito: Ediciones Libri Mundi y FLACSO sede Ecuador.

- De la Torre, C. (2005). Estudio Introductorio. En R. Norris, *El gran ausente: Biografía de Velasco Ibarra* (págs. 9-41). Quito: Ediciones Libri Mundi.
- Estrella, U. (1965). Indoamérica: fervor por encima de las barreras. *Pucuna (Quito)*.
- Fernández, B., & Puente, F. (2016). Lecturas marxistas de la experiencia nacional popular (o del populismo) en América Latina desde la obra de Agustín Cueva y René Zavaleta. *Cuestiones de Sociología, n° 14*.
- García Freire, S. (2008). *Tzantzismo: tierno e insolente*. Quito: Libresa.
- Handelsman, M. (1987). *Incursiones en el mundo literario ecuatoriano*. Guayaquil: Universidad de Guayaquil.
- Herrera, A. C. (2018). *Antología del pensamiento crítico ecuatoriano contemporáneo*. Buenos Aires: CLACSO.
- Hurtado, O. (2019). *El poder político en el Ecuador*. Bogotá: Penguin Random House Grupo Editorial.
- López, M. R. (1989). Alucinaciones sobre el populismo. *Revista ecuatoriana de pensamiento marxista, 59-68*.
- Manguashca, J., & North, L. (1991). Orígenes y significado del velasquismo: Lucha de clases y participación política en el Ecuador, 1920-1972. En R. Q. (editor), *La cuestión regional y el poder* (pág. 89). Quito: Corporación Editora Nacional-FLACSO-CERLAC.
- Moreano, A. (1980). Benjamín Carrión: el desarrollo y la crisis del pensamiento democrático nacional. *Argumento, Revista Cultural de la Universidad Central del Ecuador, 27*.
- Moreano, A. (1984). *La escuela de sociología y la realidad nacional*. Quito: Revista Ciencias Sociales N°15-16, 277-281.
- Moreano, A. (2015). Agustín Cueva hoy. En A. Cueva, *Entre la ira y la esperanza: y otros ensayos de crítica latinoamericana* (págs. 9-28). Buenos Aires: CLACSO.
- Norris, R. (2005). *El gran ausente: Biografía de Velasco Ibarra*. Quito: Ediciones Libri Mundi.
- Ouriques, N. (2016). Cueva y la sociología crítica latinoamericana. En R. Báez, *Agustín Cueva: ciencia y rebeldía* (págs. 65-95). Quito: Centro de pensamiento crítico.
- Tinajero, F. (2012). Agustín Cueva, o la lucidez apasionada. En A. Cueva, *Ensayos Sociológicos y Políticos* (págs. 9-33). Quito: Ministerio de Coordinación de la Política.
- Polo, R. (2002). *Los intelectuales y la narrativa mestiza en el Ecuador*. Quito: Ediciones Abya-Yala.
- Polo, R. (2012). *La crítica y sus objetos: historia intelectual de la crítica en Ecuador (1960-1990)*. Quito: FLACSO, Ecuador.

- Quevedo, T. (2015). *Agustín Cueva: nación, mestizaje y literatura*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Quintero, R. (2004). *Nueva Crítica al Populismo*. Quito: Abya Yala.
- Quintero, R. (1997). *El mito del Populismo*. Quito: Ediciones Abya-Yala.
- Sarzosa, G. (2016). *Emergencia de la sociología en el Ecuador a mediados del siglo XX*. Quito: FLACSO Ecuador.
- Tzeiman, A. (2017). Agustín Cueva en la década de 1960: dilemas acerca de cultura e identidad ecuatoriana. *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*. Num. 57, Quito, enero 2017, 95-113.
- Tzeiman, A. (2017). *Agustín Cueva Marxismo y política en América Latina*. Quito: Ediciones Abya-Yala.
- Velasco, F. (1972). *Para una Historia de la Dependencia*. Quito: Rev. "ProContra".
- Verdesoto, L. (1993). Hacia una relectura de Agustín Cueva. En *550 años, historia, actualidad, perspectiva* (págs. 19-34). Cuenca: Facultad de Filosofía, Letras y Educación de la Universidad de Cuenca.

Fuentes secundarias

- Bendix, R. (2000). *Max Weber*. Buenos Aires: Amorrortu/editores.
- Biset, E. (2010). Conceptos, totalidad y contingencia Una lectura de Reinhart Koselleck. *Res publica*, 23, 123-143.
- Bourdieu, P. (1991). *La ontología política de Martin Heidegger*. Barcelona: Paidós.
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Bourdieu, P. (1999). *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba Universidad de Buenos Aires.
- Chignola, S., & Duso, G. (2009). *Historia de los conceptos y filosofía política*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- Duso, G. (2016). *La representación política. Genesis y crisis de un concepto*. Buenos Aires: UNSAM EDITA.
- Duso, G. (2009). Historia conceptual como filosofía política. En S. Chignola, & G. Duso, *Historia de conceptos y filosofía política* (págs. 159-189). Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- Duso, G. (2009). El poder y el nacimiento de los conceptos políticos modernos. En S. Chignola, & G. Duso, *Historia de conceptos y filosofía política* (págs. 197-233). Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.

- Durkheim, E. (2012) *Las formas elementales de la vida religiosa*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Farinetti, M. (2020). Democracia y trabajo en los movimientos populares. *Conceptos Históricos*, 92-120.
- Germani, G., Di Tella, T., & Ianni, O. (1973). *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*. México: Serie popular Era.
- Germani, G. (1973). Democracia representativa y clases populares. En O. Ianni, *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*. (págs. 12-37). México: Ediciones Era.
- Germani, G. (1971). *Política y sociedad en una época en transición*. Buenos Aires: Ediciones Paidós.
- Ingerflom, C. S. (2017). *El revolucionario profesional. La construcción política del pueblo*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- Ingerflom, C. S. (2021). La legitimidad de la lógica populista en clave histórico-conceptual. En J. V. Berlanga, & A. (. Garrido, *Republicanism, Nacionalismo y Populismo como formas de la política contemporánea* (págs. 373-416). Madrid: Dado Ediciones. Filosofía y Sociedad 4.
- Ingerflom, C. S. (2006). Cómo pensar los cambios sin las categorías de ruptura y continuidad. *Res Publica, Revista de Filosofía política*, 129-152.
- Karsenti, B. (2009). *Marcel Mauss: el hecho social como totalidad*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Karsenti, B. (2017). *De una Filosofía a otra: Las Ciencias Sociales y la Política de los Modernos*. Buenos Aires: UNSAM edita.
- Koselleck, R. (1993). *Futuro pasado: Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Koselleck, R. (2012). *Historia de conceptos: Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Madrid: Editorial Trotta.
- Koselleck, Reinhart. (2009). Un texto fundamental de Reinhart Koselleck: la Introducción al Diccionario histórico de conceptos político-sociales básicos en lengua alemana, seguida del prólogo al séptimo volumen de dicha obra. *Anthropos*, 223, 92-105.
- Laclau. (1986). *Política e ideología en la teoría marxistas: capitalismo, fascismo y populismo*. Madrid: Siglo XXI.
- Lenin, V. (1974). *Contenido económico del populismo y su crítica al libro del señor Struve*. Madrid: Siglo XXI Editores S.A.
- Lévi-Strauss, C. (2014). *El pensamiento salvaje*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mannheim, K. (1987). *Ideología y Utopía*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

- Marx, C. (2010). *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. Caracas: Fundación Editorial El perro y la rana.
- Rosanvallon. (2020). *El siglo del populismo. Historia teoría y crítica*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, S.L.
- Sapiro, G. (2017). *Los intelectuales: profesionalización, politización, internacionalización*. Buenos Aires: Eduvim.
- Schmitt, C. (1991). *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza Editorial.
- Tarragoni, F. (2020). La cuestión populista. Una nueva historia conceptual. *Revista de la Facultad de Derecho de México*. Tomo LXX, Número 277, 1129-1164.
- Villacañas, J. L. (2005). *Populismo*. Madrid: La Huerta Grande Editorial.
- Weber, M. (2017). *Sociología de la religión*. Madrid: Akal.
- Wilkis, A. (2009). Prólogo: La persistencia de Marcel Mauss en las ciencias sociales. En B. Karsenti, *Marcel Mauss: el hecho social como totalidad* (págs. 7-17). Buenos Aires: Antropofagia.
- Zanatta, L. (2012). *Historia de América Latina: De la Colonia al siglo XXI*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores S.A.